LOPE DE VEGA

—

LA

DRAGONTEA

VOLUMEN

I

Ayuntamiento de Madrid

BURGOS 1936

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

LOPE DE VEGA

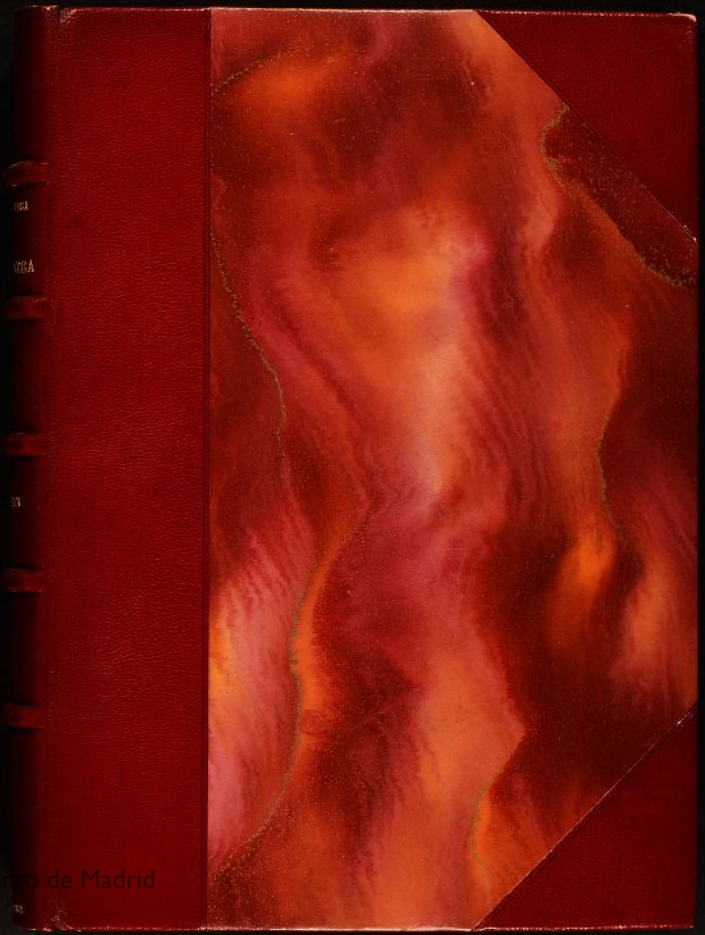
—

LA DRAGONTEA

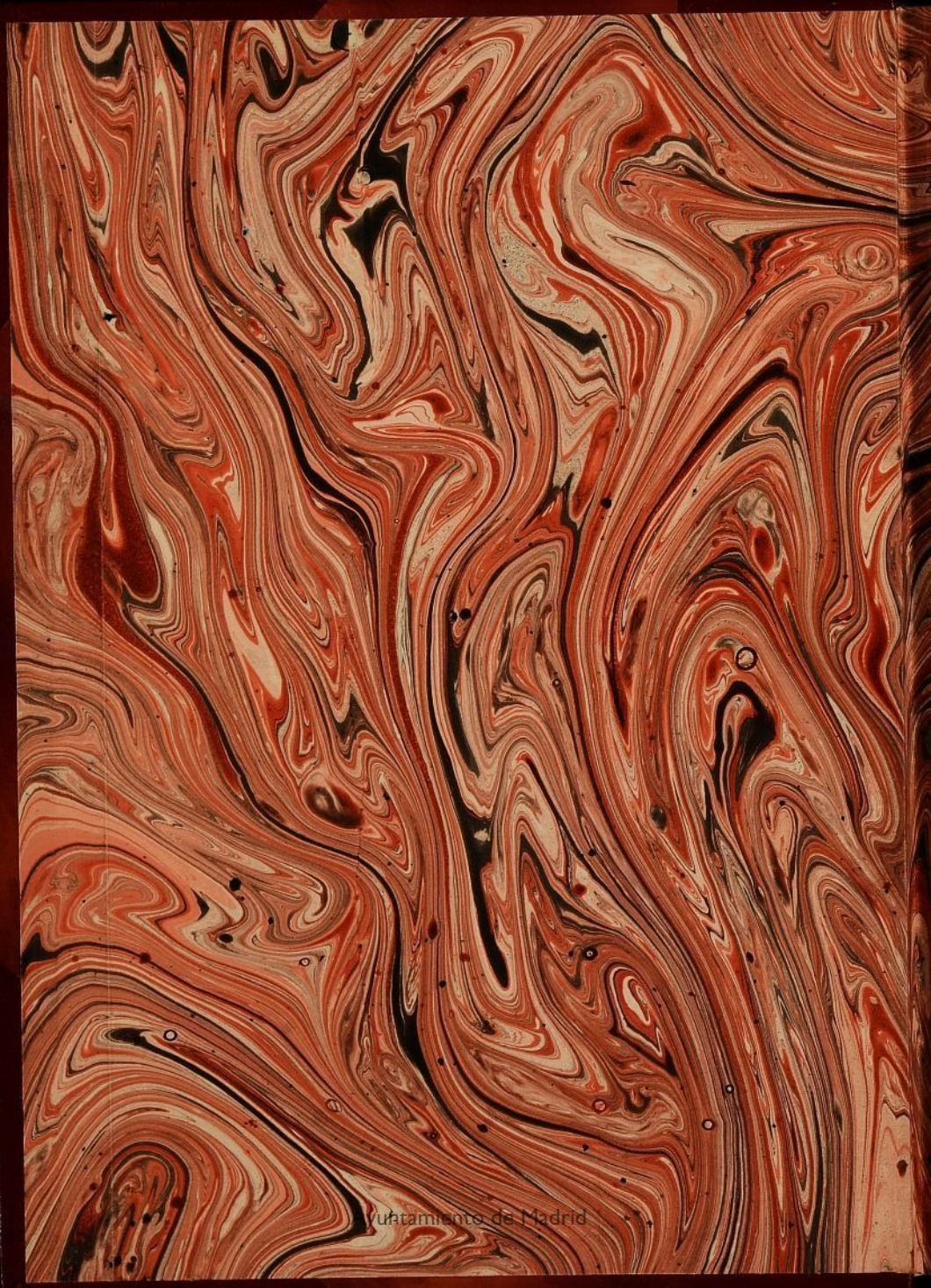
VOLUMEN I

Ayuntamiento de Madrid

BURGOS 1935


Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid


Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

L
322

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

LA DRAGONTEA
DE LOPE DE VEGA CARPIO.

Al Principe nuestro Señor.

& conculcabis leonem & draconem. Psal. 90.

En Valẽcia por Pedro Patricio Mey. 1598

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

LA DRAGONTEA

Ayuntamiento de Madrid

Consta esta edición, con la que el *Museo Naval* contribuye al estudio de Lope de Vega en su III Centenario, de tres tomos, a saber:

I.—La Dragontea, texto del poema, con prólogo del doctor Marañón.

II.—Repertorio de documentos existentes en las colecciones de manuscritos del *Museo Naval* y que se refieren a las empresas del Drake contra España.

III.—El vocabulario marítimo de Lope en La Dragontea, por Cástor Ibáñez de Aldecoa y Julio F. Guillén, del *Museo Naval.*

Estos tres tomos, editados en sendos volúmenes, no se venden sueltos. De ellos se han impreso 400 ejemplares, numerados.

Ayuntamiento de Madrid

De los tres volúmenes de que iba a constar la serie de LA DRAGONTEA, dos de ellos—reproducción del poema de Lope, el uno; el otro, repertorio de documentos, redactado por el Sr. Fernández Asís—estaban ya impresos y encuadernados, cuando sobrevino el Glorioso Alzamiento Nacional: el manuscrito del tercero se perdió durante la revolución roja.

Sin abandonar el propósito de rehacerlo en momento oportuno, preferimos no demorar más la entrega al lector de los dos ya editados, decisión a que nos anima la certeza de que ambos constituyen unidad no perjudicada con la desaparición del volumen tercero.

LA DRAGONTEA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

La publica el Museo Naval
en conmemoración del III Centenario
del Fénix de los Ingenios

Prólogo de D. Gregorio Marañón

BIBLIOTECA MUNICIPAL MADRID
R/74488

1935

Ayuntamiento de Madrid

PRINTED IN SPAIN

IMPRENTA ALDECOA - BURGOS 13133

Ayuntamiento de Madrid

PRÓLOGO

Lope de Vega, para serlo todo, fué también marino. Casi ninguno de los grandes e inquietos españoles de su época dejaron de serlo en alguna ocasión. El poeta, aún mozo, se alistó en la expedición a las Azores a las órdenes del insigne almirante don Alvaro de Bazán, en 1582, cuando sólo tenía veinte años; y, seis más tarde, estuvo en la ocasión famosa, y trágica para España, de la Armada Invencible. De ambos trances guardó, en su imaginación y en su memoria, imágenes que, luego, a través de la vasta obra, surgen aquí y allá. Para un poeta, creador de formas, nada hay que pueda compararse a la vida del mar, pródiga en peripecias, sujeta a la influencia directa y a veces terrible de las fuerzas naturales, y llena de palabras y de expresiones de maravillosas resonancias literarias y emotivas. Ninguna técnica posee un vocabulario tan humano, tan tradicional y tan noble como la de navegar; aun hoy, en los tiempos de las fortalezas de acero y de

Ayuntamiento de Madrid

los grandes palacios flotantes; pero, sobre todo, entonces, cuando la vida del marino era un juego prodigioso del ingenio y de la experiencia, sobre navíos frágiles, cara a cara, entre el hombre y la naturaleza.

Sin embargo, a juzgar por la relativa pobreza de la huella que ambas aventuras dejaron en Lope, es evidente que éste iba a bordo demasiado distraído del ambiente afanoso y múltiple de la vida del mar. Fué el monstruo de nuestras letras, desde que tuvo conciencia hasta que murió, un prisionero de la sensualidad. Su alma, arquetípica del alma renacentista, era un inmenso pozo de pasiones, pozo siempre repleto, de donde extraía la vena de sus comedias y de sus versos, no como el jardinero que riega sus flores, sino, casi siempre, con la prisa y casi con la angustia del que achica el caudal que amenaza desbordarle y hundirle. Se ve bien claro que, sin el milagro de su inmensa obra literaria, aquel hombre, de tremendos apetitos y de tan escaso temple moral, hubiera sido, en lugar del Fénix de los Ingenios, quién sabe lo que: un condotiero audaz, un agitador del arroyo, un peligroso aventurero.

Los hombres de esta traza espiritual suelen ser insensibles a todo lo que en la naturaleza no es humanidad directa. A Lope sólo le interesaban en torno suyo los hombres y las mujeres; y aun aquéllos, a través de éstas. De sus jornadas en las Azores apenas surge una referencia vaga entre la catarata

Ayuntamiento de Madrid

de sus versos y de sus documentos confidenciales; por ejemplo, cuando dice que vió

> *"con la espada desnuda*
> *al bravo portugués en la Tercera".*

La misma sobriedad, en sus recuerdos de la funesta expedición a Inglaterra. Le vemos llegar a Lisboa, "el arcabuz al hombro", y embarcar en el galeón San Juan. *Pero su alma estaba presa y absorta en los lances de amor que dejaba en tierra.*

En las Azores soñaba, mirando al mar, hacia la línea de España; y, ya en España, en aquella Dorotea ardiente: en el "talle, en el brío, en la limpieza, en el habla, en la voz, en el ingenio, en el danzar, en el cantar y tañer diversos instrumentos", de la mujer adúltera y sabrosa; y la maniobra de los marineros y el estruendo del cañón y de los arcabuces eran apenas fantasmas que, en torno de su mocedad, representaban una comedia menos real que la pasión que no le dejaba dormir.

Y, camino de los mares del Norte, en la Armada Invencible, que pronto sería un montón de pavesas flotantes y un cementerio de españoles debajo del mar, mientras los soldados se preparaban para el combate y las velas se hinchaban con el viento de tempestad, el poeta, ausente de todo, "forzado de su inclinación, ejercitaba la pluma"; y así, leemos en el prólogo de La Hermosura de Angélica: *"Allí, pues, sobre las aguas, entre jarcias del galeón* San

Ayuntamiento de Madrid

Juan *y las banderas del Rey Católico, escribí y traduje de Turpino estos pequeños cantos...*"; *y añade en otra ocasión*:

> "*Allí canté de Angélica y Medoro*
> *desde el Catay a España la venida,*
> *sin que los ecos del metal sonoro*
> *y de las armas el furioso estruendo*
> *perdonasen mi Euterpe.*"

Nadie diría, leyendo este poema de Angélica, *que parece escrito en el retiro de un gabinete o de una floresta, que, sin duda, se compuso entre gritos de guerra, y que el taco del cañón, como él mismo nos dice, le llevó más de una vez los papeles.*

¡Qué maravilla la vida interior de un hombre así, a los veinticinco años! Todo el mundo, la inmensidad del orbe, está entonces dentro del alma del mozo. El resto, por trágico que sea, se borra de su conciencia; y, asomado a ésta, le basta, para sentirse dueño de todo, contemplarla, como quien contempla el reflejo profundo de un pozo desde su brocal. A veces, es cierto, "los tronadores bronces" hacían pasar a Lope "no escasas congojas". Pero duraban tanto como el eco del estallido de las descargas, al morir sobre las olas. Y volvía a soñar en la dulce Angélica de su poema, que era Dorotea todavía, y la esposa Isabel, que le esperaba en tierra, y tantas más, mujeres de todas las calañas, que había conocido, amado y abandonado ya. Y, sobre ellas, otras que

Ayuntamiento de Madrid

presentía su carne mortal, aún aniñada, pero ya curtida en la pasión.

Es curioso anotar que, cuando Lope se embarcaba en Lisboa, en la trágica escuadra, con veintiséis años apenas cumplidos, estaba todavía imberbe. Expresamente lo dice en sus conocidas octavas reales a la muerte de María Estuardo:

> *"Ceñí en servicio de mi Rey la espada*
> *antes que el labio me ciñese el bozo."*

Algunos de sus biógrafos se extrañan de esta tardanza en el brote de la barba, símbolo de la madurez viril, en fecha en que Lope tenía ya en su haber aventuras suficientes para una cátedra indiscutida en las artes del amor. Pudiera pensarse en una poética licencia para exagerar el aire romántico de su guerrera aventura; que al vate le está todo permitido; y no sería más exagerado el describir su propia cara despoblada de barba y de bigote, si era ya barbado, que el pintar, poco después de la aventura militar, su entrada en Toledo colocando a éste entre fragosas "selvas y montañas"; cuando, por entonces, los alrededores de la Imperial Ciudad estaban seguramente más pelados que ahora. Pero, sin duda, se atenía a la verdad en la descripción de su aire adolescente, pues en otros versos, hablando de la misma ocasión, insiste en que su "exento labio apenas de un cabello se ofendía".

Recuerdo todo esto, porque es típico de los hombres

Ayuntamiento de Madrid

muy halagados por el amor, como lo fué, y en grado superlativo, Lope de Vega, este retardo en el advenimiento de la plenitud física. De Lope se enamoraban las mujeres mucho más que él las deseaba: actitud claramente donjuanesca, bien distinta de la del varón muy especificado, que ha de ganarse las victorias a pulso, rindiendo a fuerza de tenacidad la fortaleza sitiada; y que, por ello, no gusta de contar sus hazañas a los cuatro vientos, como esos otros que encuentran siempre la puerta abierta o, a lo sumo, entornada. Ya el mozuelo imberbe nos cuenta, con peculiar cinismo de donjuán, que, al llegar a Lisboa, "cuando la jornada de Inglaterra, se apasionó una cortesana de mis partes". Y una de estas partes sería, sin duda, el aire aniñado. Después fué bien barbado; pero conservó siempre el sentido pasivo, característico de los grandes polígamos, frente a la mujer.

En este mundo infinito y ardiente del amor, henchido de realidad pretérita y colmado de promesas futuras, iba el joven e imberbe soldado. Y así nos explicamos la poca sustancia que para su obra extrajo de la vida azarosa y magnífica en el mar. ¡Cuán diferente de otro hombre simpar de su tiempo, de Cervantes! Cervantes, sí, fué un hombre cabal. A Lope los hombres de hoy le admiramos, pero no le podemos querer. A Cervantes, con ser tan hondo nuestro fervor ante su obra, le amamos ante todo, con ternura que anega la misma admiración y que da a ésta, sin duda, sus más nobles quilates.

Ayuntamiento de Madrid

Cervantes era todo renunciación y generosidad —las virtudes del varón perfecto—; y atraviesa por el mundo—por España y por las tierras y los mares lejanos—desbordado hacia los hombres, fuera de sí, por humildes que los hombres fuesen; inclinado siempre hacia las cosas, hasta las más pequeñas. La naturaleza era una maravilla entrañable para los ojos de este hombre que pasó por la vida sin fausto, como soldado raso, como alcabalero inhábil, como escritor sin fortuna; pero vestido con esa púrpura de los seres universales que los contemporáneos no aciertan a distinguir cuando cubre un traje raído y un continente famélico.

Como Lope, conoció Cervantes la vida ruda, pintoresca y varia de galeras y galeones. Su alma, triste y segura, no tenía, como la alborotada del Fénix de los Ingenios, "la quilla de ovas llena": es decir, de pecados y apetitos. Y podía, por eso, saltar sobre la espuma y no tocar en los bajos de la pasión. Su alma no estaba tanto dentro de sí, como en las cosas. He aquí por qué su obra, aun la de la madurez y la ancianidad, lejanas ya las horas de aventura, está llena de alusiones frecuentes y expresivas a la actividad y al vocabulario de la marinería; y tan exactas, que, a veces, basta una frase para evocar una maniobra o el paisaje, cargado de olores fuertes, de los puertos.

Habían pasado diez años desde el desastre de la Invencible, cuando Lope escribe y publica su obra más próxima a la experiencia del mar: La Dra-

Ayuntamiento de Madrid

GONTEA. *En 1598, en efecto, aparece el poema unido a otro*: La Arcadia. *Refiere en él, como es sabido, las gestas terribles del pirata inglés Francisco Drake, tan temido en los pueblos costeros de España, que todavía en muchos de ellos se recuerda, para aterrarlos, su nombre a los niños. Drake—el Dragón—y su hijo Ricardo atacaron, en los años de 1595 y 1596, los puertos de Canarias, de las Antillas y de las costas de la América Central, apoderándose de las ciudades de Nombre de Dios y de Portobelo. Los españoles lucharon heroicamente contra el corsario y contra el almirante Vasvile, con fortuna varia. Al fin, la escuadra inglesa fué derrotada por Avellaneda, y Drake murió en Portobelo, a manos de sus mismos hombres. Este es el argumento del largo poema. El estro, un tanto mortecino, del Fénix mientras escribía* La Dragontea, *sin duda distraído en aventuras y en creaciones más gratas, se exalta, no obstante, en algunos momentos, y, a veces, alcanza su vuelo caudal. Tal, por ejemplo, al pintar la lucha agónica del capitán feroz "en su negro camarote", con el mortal veneno que lentamente le paralizaba.*

"Ya voy, ya voy, ¡oh sombras espantosas!"

exclama el pirata retorciéndose en el camastro; y, al fin, muere:

"Y con ello quedó la lengua helada;
paráronse las niñas temerosas

Ayuntamiento de Madrid

y la cárdena boca traspellada
a que la eterna del Infierno ocupe
el alma pertinaz, del pecho escupe."

No sin alguna fatiga leemos en el poema lances guerreros increíbles, prodigiosos esfuerzos de aquellos hombres escuálidos que parecían titanes; y de aquellas mujeres de temple de roble, castellanas secas, de fecundidad inaudita, que acompañaban a nuestros guerreros, y, cuando era preciso, les servían de ayuda directa en la gesta descomunal. Pasan, por las tiradas de octavas reales, flúidas hasta el enojo, amores cortesanos y pasiones del trópico, calientes y bravías. Y, de tiempo en tiempo, escenas de la vida a bordo, unas, de evidente origen literario, extraídas del almacén inmenso de las lecturas del poeta; pero, otras, vivas y directas: recuerdos que quedaron hundidos en su memoria desde los días juveniles, y que, ahora, con la pluma ante el papel, salían a flote, acaso inéditas para su propia conciencia, distraída en el sempiterno juego de amar y crear.

Leamos otra vez La Dragontea. *La gloria de Lope no necesita las adulaciones sin tino que tanto se le han prodigado en este centenario de su muerte. No cometeremos, pues, la insinceridad de poner el poema guerrero y marino entre las obras de la primera línea de este monstruo de la inspiración y de la facilidad, genio inigualado del idioma, cuya profunda humanidad está hecha, en lo mortal y en lo*

Ayuntamiento de Madrid

literario, con la misma mezcla de grandezas sublimes y de sombras tras las cuales se adivina el cieno, que forman el esquema eterno de la mayoría de los hombres. La Dragontea *pertenece a aquellas obras de Lope cuya mediocridad sirve de contraste a la perfección de las demás. Ya Góngora la sentenció en su tiempo:*

> *"Para ruido de tan grande trueno*
> *es relámpago chico; no me ciega;*
> *soberbias velas alza; mal navega;*
> *potro es gallardo; pero va sin freno."*

El veredicto es justo. La nave lleva tendidas las velas soberbias del genio; pero navega mal, a veces; otras, se rehace y salta, llena de gracia y de ímpetu, sobre el mar de octavas reales. Nuestro Museo Naval, atento a todas las palpitaciones de la vida de España, ha querido, no obstante, reimprimir estos versos, porque en ellos se evoca, como en ninguna otra de las producciones lopistas, la vida en el mar del inmortal creador. Nada puede hoy empañar el lustre de su nombre. Hoy, tres siglos después de su tránsito, hasta sus defectos forman parte de su gloria.

El 27 de agosto de 1635 murieron con Lope de Vega sus pasiones broncas y sus pecados humanísimos. Y este mismo día volvió a nacer, ya purificado para la inmortalidad. Él lo sabía mejor que nadie,

Ayuntamiento de Madrid

y, sin duda, pensaba en sí mismo al escribir en LA DRAGONTEA:

"...para morir nacemos
y después de la muerte, viviremos".

G. MARAÑÓN

Toledo, junio 1936.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

I

LA DRAGONTEA

TEXTO DEL POEMA

SEGÚN LA

EDICIÓN DE PEDRO PATRICIO MEV,

VALENCIA, 1598

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

AL PRINCIPE
NUESTRO SEÑOR.

DOS cosas me han obligado a escribir este libro, y las mismas a dirigirle a V. Alteza: la primera que no cubriese el olvido tan importante victoria: y la segunda que descubriese el desengaño lo que ignoraba el vulgo; que tuvo a Fran cisco Draque en tal predicamento, siendo la verdad que no tomó grano de oro que no le costase mucha sangre. En la una verá V. Alteza que valor tienen los Españoles: y en la

Ayuntamiento de Madrid

otra como acaban los enemigos de la Iglesia; y en entrambas lo que debe a quien le ofrece su vida. La de V. Alteza guarde el Cielo para bien nuestro.

Lope de Vega Carpio.

Ayuntamiento de Madrid

PROLOGO DE DON FRANCISCO DE Borja Comendador mayor de Montesa.

SON recibidas general y particularmente con tan justo título las obras que con mediano estudio ha hecho el autor deste libro hasta aquí, que es imposible dejar de ser agravio, querer mi corto discurso hacerle en abono o admiración de obra tan trabajada, y que tan bien se echa de ver, como es esta relación de la jornada que Francisco Draque hizo con la armada Inglesa a la ciudad del Nombre de Dios. Cuanto a lo primero se ha de notar, que en la poesía hay dos estilos, el uno se llama Lírico; escribieron los primeros en él, Pindaro, Lino, Orfeo, Anacreonte, y Horacio, que aunque en la orden le doy el postrero lugar, por deuda debida tiene el primero entre todos los

Ayuntamiento de Madrid

desta profesión. El otro estilo se llama He roico; este nombre heroico es nombre ge nérico, por respeto de tres estilos específi- cos que abraza, es a saber obra heroica, co mo la de Homero, y Virgilio, y el Tasso, que tratando de gente célebre, ni en lo princi- pal, ni en los episodios y digresiones no in- troducen personas que sean menos que las que son el asunto del libro. Otro se llama Épico, que en rigor es, quando cosas muy humildes se tratan heroicamente, como el Vatracomiomacia de Homero. Y el otro se llama Mixto, y los Italianos le llaman Romanci; en él escribió Lucano, aunque tan atado a la verdad de lo que contó, que más es historiador en verso que poeta, aunque entrambas cosas tuvo con estremo. Otros muchos también podría referir, pero el que mas usó del fué Ludovico Ariosto, pues aunque su obra fué entre personas heroi- cas, introduce en el discurso del libro per- sonas desiguales; sobre esto hay tanto escri- to en sus objeciones y defensas, que es lar- go de referir. Esta poesía es la mas licencio sa de todas, porque debajo de estilo heroico

Ayuntamiento de Madrid

no obliga a cosa particular. Segun esto, si Virgilio escribió heroico en todo rigor, y Homero parte heroico, y parte épico, y Lucano y el Ariosto lo mixto: el autor deste libro en mediano sugeto tomó el estilo de Virgilio, lo heroico en su dulzura; y agradó lo épico de Homero en escribir verdad desnuda, el de Lucano en agradables episodios, lo mixto del Ariosto. Esto hay en lo que toca al libro; mas del sugeto dirá alguno, que si los Ingleses han tenido felices sucesos en nuestras Indias y flotas ¿porque se hace historia en España deste vencimiento? a esto se responde, que nunca los Ingleses sinó es por inclemencia del mar, o por grandes desigualdades en la gente, han tenido buen suceso, o por haber venido estando las costas seguras, o viniendo las flotas desarmadas, y que esta vez que llegaron a las manos, cien hombres desbarataron mil, y mataron trescientos, fuera de las honradas resistencias que les hicieron Canaria y Puerto rico, en que les mataron otros tantos: y no es esta victoria tan pequeña, que no sea de mucha consideración, pués detuvo su fu-

Ayuntamiento de Madrid

ria con tan felicísima osadía Española, y acabo sus dos Generales de mar y tierra, destruyendo su armada, de suerte que de cincuenta y cuatro velas que salieron de Ingalaterra, volvieron cinco: todo lo cual re sulta en honra de nuestra nación, como se podrá ver en estos diez cantos, sacados de la relación que la Real Audiencia de Panamá hizo, y autorizó, con fidedignos testigos.

Ayuntamiento de Madrid

EL DUQUE DE OSUna y Conde de Ureña, al Príncipe nuestro Señor.

COrrida de ofreceros plata y oro,
Porque a vuestro valor más se debía,
Aqueste nuevo don hoy os envía
La India de su fe rico tesoro.

Es el cuerno de aquel soberbio toro
Que con tanto furor la perseguía;
En tierra sepultada su osadía,
Lleno de flores por el sacro coro.

Y para presentarle a vuestra Alteza
Entre fértiles Vegas, ha escogido
La de fruta y de flor más abundante.

Y aunque es humilde don a tal grandeza,
Siendo de vos, señor favorecido,
Hasta los hombros llegará de Atlante.

Ayuntamiento de Madrid

Frey Miguel Cejudo del hábito de Calatrava.

FAuce Draco igniuoma, nautas dum deuorat omnes,
Huic nouus Alcides amputat iste caput.

Hoste procul dempto, male tutum findere rostris,
Non timet Hispana puppe uiator iter.

It, redit, et fluctus spumanti classe fatigat,
Quasque uehit, tellus Indica ductat opes.

Haec ducis ingenuae si danda est gloria dextrae,
Non minor est uati gloria danda suo.

Hic canit, ille facit, calamo uolat unus, et alter:
Dux decus egregium, praemia uates habet.

Ayuntamiento de Madrid

DEL MISMO.

Quiso la inglesa nación
Dejar a España ultrajada,
Y a tan altiva intención,
Vuestra pluma, y una espada
Le dan la satisfacción.
El fiero orgullo reporta,
Y España, porque le importa,
Por su defensa recibe,
Pluma que tan bien escribe,
Y espada que tan bien corta.

Ayuntamiento de Madrid

DEL LICENCIADO Carrillo Triviño, del hábito de Calatrava.

VUestra pluma eternizáis
Vega, en esta breve suma,
Porque si escribís con pluma,
Con pluma también voláis.
A ser inmortal llegáis;
Pues siendo todos mortales,
Saca vuestros versos tales,
Que mostrando estremos dos,
Inmortal os hace a vos,
Haciendo mil inmortales.

Ayuntamiento de Madrid

CANTO I

LA RELIGIÓN CRISTIANA se queja a la Providencia divina de los cosarios, moros, y herejes que afligen a España, Italia, y las Indias. La Codicia en sueños aparece a Francisco Draque, donde con la relación de sus empresas le anima a proseguirlas

1

CANTO las armas y el león famoso
Que al atrevido Inglés detuvo el paso,
Aquel nuevo Argonauta prodigioso
Que espantó las estrellas del ocaso.
Canto el esfuerzo y brazo belicoso
De un español en tan difícil caso,
Que en la furia mayor de su discurso
Detuvo como rémora su curso.

Ayuntamiento de Madrid

2

Ahora es tiempo que su nombre vaya,
Musas del Tajo, desde Batro a Tile,
Y desde Manzanares a la playa
De Tierra Firme y del remoto Chile.
La voz del nombre del famoso Amaya
Las esperanzas corte y aniquile
Del protestante pirata de Escocia,
Que como en tierra en nuestro mar negocia.

3

Para que vea un nuevo Horacio España
Que como en Roma defendió su puente,
Don Diego Suárez con igual hazaña
Detuvo el mismo número de gente.
La India a quien el mar de perlas baña,
Medrosa dama del Dragón de Oriente,
Hidra de Alcides y Fitón de Febo
Hoy libra de su furia un Jorge nuevo.

4

Vos heroico Filipo que el tercero
Os cupo en suerte del mayor segundo,
A quien obliga tanto un caballero,
Que os pudo asegurar un nuevo mundo.
Si ver queréis en el rigor postrero
Aquel dragón de la Escritura inmundo
Que ansí alteró la margen española,
Y cuanto el sol poniéndose arrebola.

Ayuntamiento de Madrid

5

Oídme ahora en tanto que anticipo
Vuestra dichosa edad a la dorada,
Con el pincel de Apeles y Lisipo
En otra tabla de laurel cortada.
Que espero, serenísimo Filipo,
Ver el águila vuestra coronada
Del mismo sol, y que a sus plantas bellas
Estén del otro polo las estrellas.

6

Déjeme un rato amor, afloje el arco,
Esté en su fuerza un hora el albedrío,
No demos con el roto humilde barco
En la arena cruel de algún bajío.
Enfrene sus malicias Aristarco
Sabiendo que vos sois Mecenas mío;
Que quien en casa ajena ofensa intenta
Más al señor que al acogido afrenta.

7

Una dama divina, hermosa y bella
Más qu'el aurora, y de la luz vestida
Del rubio sol, como la blanca estrella
Que asiste a ver su vuelta y su partida,
Con otras tres bellísimas con ella,
No menos cada cual enternecida
Llegaron a las puertas del Oriente,
Llamando con su llanto al sol ausente.

Ayuntamiento de Madrid

8

Traía la primera por adorno
Cercado de castillos el cabello,
Y un mundo de marfil labrado al torno
Entre las plumas del extremo bello:
Aguas, columnas, y plus ultra en torno,
Con una gola de diamante al cuello,
Y el manto de Leones guarnecido,
Todo en cinco jirones dividido.

9

Mostraba la segunda en el tocado,
Los jardines de Hibla, o los Pensiles;
Y un vestido de letras adornado,
Hebreas, griegas, propias y gentiles.
Cruza dos llaves un pendón nevado
En dos cendales rojos y sutiles,
Coronados de aquella ilustre y clara
Pontifical crucífera tiara.

10

Con algodones de diversas tintas
Vestida se mostraba la tercera,
De plumas varias de color distintas,
Como si el fénix del Arabia fuera.
Perlas y piedras en diversas cintas,
Y por tocado una dorada esfera,
Que con la línea equinoccial mostraba
Que un antípoda rico la habitaba.

Ayuntamiento de Madrid

11

Abrió la puerta el sol viendo su llanto,
Donde por otra cándida lactea
Llena de estrellas, anduvieron tanto
Que no lo alcanza la mayor idea.
Oyeron que cantaban Santo santo,
Ciertas aves de altísima ralea,
Y vieron unos rayos celestiales
Sobre cuatro divinos animales.

12

Estaba en un espejo que impedía
La vista al Querubín más alto y puro,
De manera que ver no se podía
Presente lo pasado y lo futuro.
Al fin donde la clara voz se oía
Quitándose del rostro un velo oscuro,
Indicio de su pena, la primera
Al trono trino habló de esta manera.

13

Autor del cielo, inescrutable, eterno,
Del Iris, de esmeraldas adornado,
Y el aspecto de jaspe sempiterno
Entre los viejos cándidos sentado.
A cuyo fiat para tu gobierno
Angel, cielo, hombre, tierra fué criado,
Padre del siglo, Rey, principio, extremo
Y Dios de los ejércitos supremo.

Ayuntamiento de Madrid

14

Al trono de Zafir, de Electro y fuego
Ya de tus claras lámparas vestida
Sin negro luto, aunque le traje, llego
Acompañada de quien soy servida.
Mira en mi rostro de mi llanto ciego,
La religión Cristiana perseguida,
A España, a Italia, a América turbadas
De propias y de bárbaras espadas.

15

Si son castigos que a la tierra envías
Con el poder inmenso de tu vara,
¿Hasta cuándo, diré con Jeremías:
Oh lanza del Señor, descansa y para:
Y aquellas afligidas hijas mías
Verán serena tu divina cara?
Mira que de tu Cristo soy hechura,
Y tengo el nombre de su sangre pura.

16

Y desde que le tuve de cristiana,
Que en el mejor que en los demás me fundo,
Y viniendo la gracia soberana,
Fué predicado el Evangelio al mundo.
La sinagoga de la gente vana
Fué mi primero encuentro, y al segundo
El mancebo de Tarso se anticipa,
Y luego el matador de Diego Agripa.

Ayuntamiento de Madrid

17

Pedro en Roma con sangre me autoriza,
Pablo con cartas a diversas gentes,
Andrés en Nicomedia evangeliza,
En Asia Juan por partes diferentes.
Diego el mayor mi nombre inmortaliza
En España y sus claros descendientes,
En Judea el menor: Tomé en diversas
Naciones de Indios, Medos, Partos, Persas.

18

Felipe en Scitia, en Hiérico Tadeo,
Matía el de las Suertes en Judea,
En la Armenia mayor Bartolomeo,
En el Nilo Simón su voz emplea.
En Macedonia predicó Mateo,
Marcos a Egipto combatir desea,
En Chipre Bernabé: Lucas divino
De Milán a Bichinia peregrino.

19

Costó sus vidas esto, inmenso Padre,
Pero fué menester, pues se confirma
Con esta sangre la divina madre
Que de la vuestra tiene sello y firma.
Que esta persecución convenga y cuadre,
El mismo aumento de la fe lo afirma:
Pasó Nerón, y Domiciano fiero,
Decio, Aureliano y el cruel Severo.

Ayuntamiento de Madrid

20

Pero vuelve a mirar a Ingalaterra,
Que tan presto te amó cuan presto vino
San Lucio a convertir su Rey y tierra,
Y aquel San Lope Obispo Tricasino:
Verás de qué manera me destierra,
Puesto que por tu fe y nombre divino
Tantos mártires tiene Jesuítas,
Cartujos, Sacerdotes y Levitas.

21

¿Qué Atila, qué varones igualaron
A Enrique octavo, cuya muerte lloro?
Y cuyas manos fieras acabaron
Aquel mártir Tomás Cristiano y Moro.
Pues mira las reliquias que quedaron
De aquel Perilo el inventor del toro,
Mira la Reina del Dragón Medea
Que las costas de América pasea.

22

¿Ha de arrojar este Dragón el río
Como el que desde el cielo vino al suelo
Contra mujer que tiene el nombre mío,
Inmenso Padre de la luz del cielo?
¿No basta de Mahoma el señorío
Que causa a Italia, a España tal desvelo,
También quieres que crezca y se derrame
La vil simiente de Lutero infame?

Ayuntamiento de Madrid

23

Mira las almas que perdidas lloran
Italia triste, España miserable,
Cautivas de los Bárbaros que adoran
La rapiña de cuerpos lamentable.
Los cuatro que en Argel cosarios moran
Con daño mío y perdición notable,
Chafer, Fuchel, Mamifali y Morato,
De Tripol, Túnez y Bizerta el trato.

24

Eliz, Caratali, Mami, Arnaüto,
De aquestas dos destruyen las riberas,
Tomando como mísero tributo
Barcas, tartanas, zabras y galeras.
Hacen los que las guardan poco fruto,
Que tienen por reparo y ladroneras
Astrangol, Finicu, Poncia y Linosa,
Las islas Sabiñana y Lampadosa.

25

Con esto sus mazmorras y fagenas,
Donde se olvida mi divino nombre,
Tienen de esclavos y de llanto llenas,
Que al cielo mueva y a la tierra asombre.
Si el Pontífice siente aquellas penas,
Que un mármol mueve cuánto más un homb
Si Filipo de España, bien lo veo,
Pero sin vos, ¿qué importa su deseo?

Ayuntamiento de Madrid

26

Ansí viven los siervos de Mahoma,
Los de Lutero y su Dragón caminan
Al puerto que del vuestro el nombre toma,
Por donde a Panamá su armada inclinan.
Del Moro, Italia, y su cabeza Roma,
España de cosarios que la minan,
América de aqueste Dragón fiero
Se quejan al remedio verdadero.

27

Por las puras entrañas de María
Que a vuestro hijo carne y sangre dieron
Y por el sacramento de aquel día
Que humano y Dios los Angeles le vieron,
Que detengáis su bárbara osadía,
Siquiera porque al nombre vuestro fueron,
Que lugar que de Dios Señor se nombre,
No es justo que le ofenda ningún hombre.

28

Dijo, y fué oída de la inmensa y trina
Unidad del gran Dios que es trino y solo,
Y con las tres la religión divina
Salió por el balcón del rojo Apolo.
Esto en la parte que del sol vecina
Hace más claro aquel cenit y polo
Pasaba así, y en su nadir derecho,
Lo que para cantar me anima el pecho.

Ayuntamiento de Madrid

29

Aquel Dragón de la cruel Medea
Francisco Draque de correr cansado,
Los mismos paralelos que pasea
Del Aries de oro al pez el sol dorado.
O cuando cierta fama y verdad fea
En odio de la Reina retirado,
Tenía en ocio su mayor fortuna
Menguando envidias su creciente luna.

30

Que al fin le acumulaban que pudiera
Tomar a Cádiz cuando en ella estuvo:
Cuyos deseos, y arrogancia fiera
Mejor entonces que después detuvo.
O porque viendo a España la ribera,
Tan a su costa en ella se entretuvo,
Que de veintidós mil hombres de guerra
Volvió con cinco mil a Ingalaterra.

31

Que el gran Marqués difunto en Cataluña
Honor de los Pachecos y Cerralvo,
Contra el orgullo inglés la espada empuña
Dejando el puerto y mar tranquilo y salvo:
Que entonces de la Corte a la Coruña
Por la ocasión que como el tiempo calvo
Suele ofrecer las hebras de la frente,
Iba la juvenil ilustre gente.

BIBLIOTECA MUNICIPAL MADRID

Ayuntamiento de Madrid

32

Cubre el valor de España, el curso impele
Por las ásperas sendas de Galicia,
Como la procesión de hormigas suele
Buscar la parva que robar codicia:
Pero que por mucho que a la impresa vuele
La heredada virtud, gloria y milicia
De un Duque de Alba, cuyo grande abuelo
Le influye fuerza desde el quinto cielo.

33

Ni aquel famoso Conde de Salinas
Con tantas gracias por el cielo infusas,
Que entre las armas de su nombre dinas
Hace cantar las Españolas Musas:
En quien las partes del olvido indinas
Que entre las armas fieras y confusas
De Escaldi, y Lisa con su hermano muere
Mientras crece su Fénix vida adquieren.

34

Ni aquel Girón de Osuna descendiente
De tantos valerosos Capitanes,
A quien España coronó la frente
Contra los Moros de Jerez galanes:
Sin otro ilustre número de gente,
Cerdas, Mendozas, Laras y Guzmanes,
A cuyo miedo, fama, nombre y loa,
Desamparó la impresa de Lisboa.

Ayuntamiento de Madrid

35

Pues retirado el Draque como digo,
Colgada ya la espada sanguinosa,
Al pie de un olmo que del agua amigo
Todo se veía en una fuente hermosa:
La envidia sola ya por enemigo
Una siesta de Junio calurosa
Daba su inmenso pensamiento al sueño,
De más oro que Craso entonces dueño.

36

Cuando una dama, cuyo rostro bello
Resplandecía con afeite hermoso,
Suelto el cendal y trenzas del cabello
Velo del cuerpo flaco y monstruoso:
Cubriendo hasta la planta desde el cuello
El Cerbero trifauce fabuloso
La quimera poética, y la esfinge
Que la gran Tebas de cien puertas finge.

37

Con el cáliz dorado Babilonio
Que puso en otras manos Hieremías,
Y la corona misma del demonio
Que al dormido Efraím daba Esaías:
Para dar de quien era testimonio,
Y animarle con falsas profecías,
Quiso en el alma del Dragón Francisco
Infundir por sus ojos basilisco.

Ayuntamiento de Madrid

38

No le contó del gran Filipo Augusto
Los pensamientos altos y profundos,
Ni que por armas, obediencia, y gusto
Es legítimo dueño de dos mundos.
No le dijo que ya temer es justo
Un tercero y segundo sin segundos,
Y que miraba al sol recién nacido
El Aguila de Carlos en el nido.

39

No le contó que al Turco riguroso
El heroico Don Juan venció en Lepanto,
Ni del Adelantado victorioso
Valor, virtud, y entendimiento tanto:
Ni que muriendo aquel Marqués famoso
Que con la santa Cruz les daba espanto,
Agora vive un claro descendiente,
A quien se humilla el húmido tridente.

40

No le contó que nuestra madre España
En tierra y mar Toledos producía,
Que en el estanterol y la campaña
El Angel de su timbre relucía,
Que nunca el que aconseja cuando engaña
Desnuda muestra la verdad tardía,
Y siempre ha sido el arte adulatoria
Deleite de la humana vanagloria.

Ayuntamiento de Madrid

41

Con fábulas, con sombras, con engaños
Le refirió sus hurtos y blasones,
Sus provechos también, y nuestros daños,
Buscados por tan ásperas regiones.
Encubriéndole al fin los desengaños,
La capa de retóricas razones
Dió con alborotar su pensamiento,
Esta imagen al sueño, y voz al viento.

42

¿Qué haces, Capitán Dragón famoso,
Cuyas alas a un tronco están asidas,
Como el Lacedemonio prodigioso
Que a la llave revuelto vió Leonidas?
Agora es tiempo de civil reposo,
Agora es tiempo de tener dormidas
Las grandes fuerzas que tu nombre ha puesto
Deste frío Cenit al contrapuesto.

43

Agora por envidia o por pereza,
Que esto debe de ser, pues que no acudes
Sino a tu obligación, a tu nobleza,
De tu amiga fortuna es bien que dudes.
Agora desarmada la cabeza
De la celada la cerviz sacudes,
Y enseñada a la tabla de un navío,
La inclinas a la yerba deste río.

Ayuntamiento de Madrid

44

Agora es bien pedir auras suaves
Orientos fuertes de la gran Montaña,
Cárcel de Eolo, Rey no ves, no sabes
Que al paso que tú duermes duerme España.
La poca nieve juzgas canas graves,
Ya el blanco pelo tu valor engaña,
Florece el ámbar cuando está guardado,
Tú por estar ocioso estás nevado.

45

Vuelve los ojos al honor y ultraje
Que has tenido, y tendrás, porque tú fuiste
El primero que ha honrado tu linaje,
De quien tan pobre y sin favor naciste.
Tu pirata cosario de un Pataje,
Con él las playas de Occidente viste,
Llevándote el amor del viento y agua
A las prósperas minas de Veragua.

46

En un puerto sin gente conocido
El pobre leño entre una y otra ola
De la orilla dejaste, y atrevido
Pusiste en tierra tu persona sola:
Y conformando el Español vestido
Con la lengua que sabes Española,
Fuiste a Nombre de Dios cubriendo el tuyo,
Mas El conoce a quien le niega el suyo.

Ayuntamiento de Madrid

47

Tanteando la tierra, y conocidos
Los pasos del camino áspero y fuerte,
A Panamá los tuyos atrevidos
Llevó la estrella de tu buena suerte:
Donde entre sus vecinos divertidos
Juraste en el delito de una muerte
Que a tus ojos pasó, sin ver los suyos,
La que dió el basilisco de los tuyos.

48

Volviendo al leño y mar, con voz altiva
Fué una fragata tu primera presa,
Que de Veragua al Nombre de Dios iba,
A quien dijiste tu atrevida empresa.
Viendo después que la fortuna estriba
En los ejes del ánimo, y que cesa
En el termor, a sus riberas anchas
Segunda vez volviste con seis lanchas.

49

Viendo los negros de las dos ciudades,
Nombre de Dios, y Panamá, atrevidos,
Del monte a las confusas soledades
Huídos, rebelados, y escondidos:
Fiado en su ignorancia y libertades
De esclavos a sus dueños forajidos,
Llamados en las Indias Cimarrones,
Bárbaros en las obras y razones.

Ayuntamiento de Madrid

50

Osaste ver de Sardinilla el río,
Y pisando su arena hablar con ellos
Cuando la noche sobre el manto frío
Peina la oscuridad de su cabellos.
Y al tiempo que el aljófar del rocío
El sol deshace con los suyos bellos,
Tu libre gente el monte ocupa y cierra,
Cosario de la mar y de la tierra.

51

Y como al puerto de traición remota
Iba la recua y gente con la plata
Donde esperaba la Española flota,
Rompe, derriba, corta y desbarata.
Ni el nombre de Filipo le alborota,
Ni del respeto de las armas trata:
Desquicia, saca, carga, roba, corre,
Y huyendo llega al mar que le socorre.

52

Este fué saco sin romper los muros
De Troya por pregón de bando y cajas,
Y no con deshacer mármoles duros,
Pues una tabla débil desencajas.
La gente por los árboles seguros
Viendo el nombre real partido en rajas,
La plata por la tierra y por los senos
No del trabajo, y del provecho llenos.

Ayuntamiento de Madrid

53

Parte a Nombre de Dios, y dando aviso,
El vulgo sale al justo seguimiento:
Rompe la fama el viento de improviso,
Y sientes sus pisadas en el viento:
Donde el que con abrazo estrecho quiso
La plata al parangón del mismo aliento
Para tenelle, huyendo la desprecia,
Que ya la vida, y no la plata precia.

54

Cual suele el cazador que en brazos lleva
Los tiernos hijos de la Tigre Hircana,
O el Castor perseguido hasta su cueva,
Entre inhumanos condición humana.
Tú entonces por el monte (cosa nueva)
Sembraste plata, y esperanza vana:
Mas no lo fué, pues que te dió tal fruto,
Y millones de barras en tributo.

55

Salieron veinte lanchas y chalupas,
Que al río de Francisca entonces fueron;
Mas viendo ya que a Sardinilla ocupas,
Su engaño lamentaron y sintieron.
La fama de otros hechos desocupas
Luego que en el altar mar tus lanchas vieron,
Rogando a Dios que nunca tierra pises,
Como miraba Polifemo a Ulises.

Ayuntamiento de Madrid

56

Mas mira que gallarda la fortuna
La proa de tus leños gobernaba,
Pues que tus islas sin desgracia alguna
Viste a pesar de quien con él quedaba.
Las Ninfas de la mar, sin faltar una
De cuantas su cristal sustenta y lava,
Aliviando los leños por las quillas
Cogían barras para hacer manillas.

57

Mira después aquel heroico hecho
De tu viaje célebre en el mundo,
Cuando pasaste aquel famoso estrecho,
Siendo de Magallanes el segundo.
Bien conoció la Reina tu gran pecho,
Que pudo hacer temblar el mar profundo,
Cuando te dió los tres navíos solos,
Que vieron de un viaje los dos polos.

58

Quien como tú se opuso al fuerte paso
Que antes de entrar en él perdiste el uno
Otro en entrando, cuyo triste caso
Terror pusiera de la fama alguno:
Pasaste al fin, y viste del Ocaso
El mar con nuevo espanto de Neptuno,
Viendo rompida la carrera angosta,
Y correr del Perú la fértil costa.

Ayuntamiento de Madrid

59

Donde un navío que iba desde Lima
A Panamá sin armas y soldados,
Tomaste con la rica presa opima
De un millón y seiscientos mil ducados:
Donde España ha tenido en más estima
Aquellos tus donaires celebrados,
Cuando al Maestre y del navío ministro
Pediste de la plata el gran registro.

60

Las márgenes del cual por recebidas,
Satisfaciendo con extrañas veras
Firmaste de tu nombre las partidas,
Como si el dueño de la plata fueras.
Hasta las letras hoy están corridas
De que esta burla a su registro hicieras:
Volviste el libro que fué en tanto estrago
Para el dueño gentil recibo y pago.

61

Y porque el campo de tus hechos borden
Las orlas de piedad, la furia afloja
Con algunos entonces su desorden,
Que no venció del trance la congoja.
A don Francisco Zárate del orden
Militar Español de la cruz roja,
Por su valor su hacienda le volviste,
Que siempre en el rigor piadoso fuiste.

BIBLIOTECA MUNICIPAL MADRID

Ayuntamiento de Madrid

62

Temiendo el enemigo y el estrecho
Hasta las Filipinas caminaste,
Y dando al mar de Trapobana el pecho,
La China, el Aurea, Quersoneso entraste.
Luego el León y su furor deshecho
Del Océano la esperanza hallaste
Puesto en su cabo a tu esperanza cabo,
Y a la fortuna de oro hartado un clavo.

63

Tras esto por la costa de Guinea
Al Africa pasaste, ¡extraño vuelo!
Que el mundo quen un año el sol pasea,
Viste en la mar, como él corriendo el cielo.
¿Quién hay que vuelto a Ingalaterra crea
Tu viaje, tu grande empresa y celo?
Mas poco entonces de contarla trata,
Ocupada en contar tanto oro y plata.

64

Pues mira si es razón que se te acuerde
Cuando robaste con tu Inglesa armada,
Y con tanto valor a Cabo Verde,
Antiguamente Hespérida llamada,
Que de Santo Domingo no se pierde
La memoria en las Indias lamentada,
Y el robo de la nueva Cartagena,
Que de Inglés Cipion estaba ajena.

Ayuntamiento de Madrid

65

De la Coruña el cerco, y de Lisboa
Conducido del triste Don Antonio,
Que si esta hazaña no se estima y loa,
De tu valor ha dado testimonio.
¿Dónde has puesto jamás la vista y proa,
Oh tú, nuevo Alejandro Macedonio,
Que no te siga próspero suceso?
Hércules eres ya del Inglés peso.

66

Deja la sombra de este ameno chopo
Dragón de Palas Reina esclarecida,
No estés siempre en la tierra como el topo
Pasando ociosa y descansada vida:
Que no nace en la India el filantropo,
Yerba que cura del dragón la herida,
Para curar las muchas que hacer puedas,
Que no hay Alcides para tal Diomedas.

67

Si el poder de Filipo soberano
Temes, como el gigante que suspira
Probando a levantar el monte en vano,
Donde le sepultó de Dios la ira,
No presumas, Francisco, que su mano
Alcanza adonde el pensamiento mira:
Desde su mundo al mundo que te digo
Se ablanda entre las aguas el castigo.

Ayuntamiento de Madrid

68

Para pasar el mar se atan las varas,
Como en Roma otro tiempo los lictores,
Golpes en agua enturbian las más claras,
Pero sin ofender los nadadores.
¿Qué piensas, qué imaginas, qué reparas?
No escuches a Solón, ni a Creso llores,
Oro busca, oro roba, oro desea,
Que esta fruta es la copia de Amaltea.

69

Tú eres el dragón que vió Calcante
Allá en Aulide puerto de Beocia
Comiendo el niño a Troya semejante,
Y aquí las Indias que devora Escocia.
Empresa fué de gloria militante,
Dichoso agüero que tu bien negocia,
La estatua eres de Fidias que tus alas
Guardan la Reina semejante a Palas.

70

Los Griegos que sus puertas componían
Mejor que de sus armas generosas
Con la cabeza del dragón, decían
Que eran por ellas casas venturosas.
Y los que sombras y fantasmas vían
De noche imaginadas espantosas,
Con sus ojos curaban sus [illegible]

Ayuntamiento de Madrid

71

La Reina es Luna que hoy te da veneno
Para el Indiano y Español estrago:
Porque si no es teniendo el rostro lleno,
No tiene fuerza, ni ponzoña el drago.
Si de la vigilancia estás ajeno,
A tu ventura das ingrato pago:
Dragón le llama el Griego porque vela,
Que fué su hieroglífico recela.

72

Si por la antigüedad tu nombre esfuerzas,
¡Que Capitán le tiene semejante!
Los Dragones de Ceres son tus fuerzas,
La Diosa es Isabel Reina abundante:
Porque el camino militar no tuerzas,
Empresa fué de César arrogante;
Porque el dragón con Roma y la victoria
Puso en una medalla por memoria.

73

Fué hallado de los fuertes Atenienses
En una nave junto a Salamina,
Y sagrado a los héroes porque pienses
Que fué su imagen de los templos dina.
Y porque más su gente recompenses,
Que de interés llamarla determina
[illegible] fueron llamados

Ayuntamiento de Madrid

74

Con oro y perlas a las lanzas juntas
En su triunfo llevaba Constantino
Dragones enlazados en las puntas,
Tanto de estimación fué entonces dino.
Si de partos notables me preguntas,
Cuando cerca del suyo Olimpia vino,
Que paría un dragón soñó; no en vano
Rey fué del mundo, fué Alejandro Mano.

75

Julia soñó lo mismo de Severo
César supremo de la gente Ausonia.
Hacer a Escocia e Inglaterra quiero,
Julia Romana Olimpia Macedonia.
Tú serás el Dragón horrible y fiero,
Nacido de la Silva Caledonia
Antiguas armas sin por qué se engaña
Cuando de tu invención se alaba España.

76

En tiempo del Pontífice Romano
Dámaso, de Madrid dicen que dieron
Armas a los que al bárbaro Africano
Como Españoles ínclitos vencieron.
Pero las manos de Alejandro Mano
Primero a los atletas las vistieron
Por consejo del sabio Estagirita,
A quien Jerusalén por dicha imita.

Ayuntamiento de Madrid

77

El mismo un Rey en campo azul ponía,
Y en él sus tres coronas de oro Arturo,
En pie dos Leones de oro Héctor traía
En rojo acero de su temple duro:
Tres verdes aves Josué ponía,
David la lira de oro en rojo obscuro;
Mas para ti del Macabeo escojo
En escudo de plata dragón rojo.

78

Estas fueron sus armas, las segundas
Son tuyas por tu nombre de justicia,
Como las trujo un tiempo Epaminondas,
Que empresa fué el dragón de su milicia.
Ahora es bien que en ese pecho infundas
Mi espíritu de guerra y de codicia,
¡Al arma, al arma, al oro, al oro, Draque,
Si hay tanto junto que la tuya aplaque!

Ayuntamiento de Madrid

CANTO II

DESAPARECIDA LA Codicia, pide Francisco Draque a la Reina navíos y gente para robar a Panamá. Elígele por general de la mar; y a Juan Achines de la tierra. Cuéntase la jornada que su hijo Ricardo intentó a la mar del Sur por el Estrecho de Magallanes

79

DIJO, y rompiendo con sus alas fieras
El aire que dejó caliginoso,
Abrasando su aliento las riberas
Del claro río, y del jardín hermoso:
Y como herida el agua forma esferas
Del centro de la piedra al plano undoso,
Cayó por las espaldas de aquel monte
En medio de las aguas de Aqueronte.

Ayuntamiento de Madrid

80

Al estupendo son, al golpe fiero,
Mil almas las cabezas levantaron,
Y las manos del mísero barquero
Dejando el remo, al árbol se abrazaron.
Alzó las tres gargantas el Cerbero,
A Tántalo las ramas se inclinaron,
Y del golpe creciendo el agua inferna,
Comió y bebió contra la ley eterna.

81

La sombra entonces al sitial ardiente
Del Angel atrevido y Cherub sabio,
Del que cayó del Sol resplandeciente,
Vanaglorioso de su mismo agravio:
Toda la turba mísera presente
Llegó moviendo el espantoso labio
Y refiriendo la oración propuesta,
Fué recibida con aplauso y fiesta.

82

Los espíritus negros infernales
Que jamás merecieron desengaño,
Hablaban en corrillos desiguales
Unos con otros del futuro daño:
Y como por las casas principales
Cuando la primavera alegra el año
Chillan las golondrinas por los techos,
Cubren los nidos, de tinieblas hechos.

Ayuntamiento de Madrid

83

La desorden vestida de un cambiante
De más colores que del cielo el Iris,
La guerra con sus armas de diamante,
Y la crueldad en forma de Bufiris:
La venganza furiosa y arogante
Con la sangrienta espada de Thomiris;
La confesión con su vestido extraño,
Y cubierto de rostros el engaño.

84

La libertad, la gula y la herejía
El venidero fin pronosticaron,
Y en noche eterna, el resto de aquel día
En ardides y máquinas gastaron:
Mas cuando ya del vínculo salía,
Adonde con el sueño se ligaron
Los sentidos suspensos, Draque airado
Se levantó colérico y turbado.

85

Abraham, Jacob, José, David soñaron
Por excelencia suya meritoria:
Nabuch y Faraón, porque ensalzaron
Con su interpretación de Dios la gloria.
Los presos de José, y otros que hallaron
Tales visiones en la sacra historia,
Por presagio que Dios enviarles quiso,
O para darles de su daño aviso.

Ayuntamiento de Madrid

86

Pero el sueño animal procede y nace
De la solicitud del pensamiento,
Que a cada cual su instinto satisface;
Sueña el Juez la ley, el reo el tormento:
Hace el avaro, el liberal deshace:
Marte pide armas, y Neptuno viento;
Pero hay también naturales sueños,
Como las complexiones de sus dueños.

87

Sueña el sanguíneo cosas agradables;
El flemático nieves y aguas frías:
Casos el melancólico espantables,
El colérico guerras y porfías.
Destas solicitudes variables
Desde el cerebro al corazón las vías
A nuestro inglés pudo ocupar Morfeo,
Que siempre sueña el hombre su deseo.

88

Creyó su daño, no creyó al Psalmista,
Que dice que durmieron, y despiertos
No hallaron la riqueza en sueños vista,
Que son los sueños de la vida inciertos.
Porque la multitud que a Sión conquista
Será como el que sueña bienes ciertos;
De quien dice Isaías, que ha de hallarse
Vacía el alma en lo que piensa hartarse.

Ayuntamiento de Madrid

89

Fuese a la Reina haciendo los extremos
Que el ligero creer al alma ofrece,
Que así del Eclesiástico sabemos
Que al imprudente el sueño ensoberbece:
Y dejado llevar a vela y remos
Del oro que en las Indias resplandece;
A quien la imán del pensamiento aspira,
Así la dice, y libremente mira.

90

¿Podrá la envidia más que mis deseos?
¿Vencerán mis servicios mis contrarios?
¿Derribará su furia los trofeos
Que cuelgan de la fama en templos varios?
¿Dejará mi valor de hacer empleos
A tu dichoso aumento necesarios?
¿Cesó ya el curso de mi buena suerte,
Y el ejemplo de hallarse mujer fuerte?

91

¿Soy por ventura aquel Inglés famoso
Que con sola una *nave,* en doce lunas
Toqué del mundo el círculo espacioso
A pesar del estrecho y sus fortunas?
Y en el Sur apartado y caluroso
Coloqué tus británicas colunas,
Admiración del Alcides, y de Carlos,
Que si no los vencí, pude imitarlos.

Ayuntamiento de Madrid

92

¿Ha puesto alguno de la edad pasada
Desde el famoso Arturo al docto Herrico
Las armas de su rosa coronada
En el indio cruel, desnudo y rico?
¿Ha llegado jamás inglesa espada
A la parte del mar que significo?
¿Quién, sino mi Dragón, ofende y daña
La sierpe imagen de la antigua España?

93

¿Dormir ocioso tengo, y ver en sueños
Que me ofrecen las Indias su tesoro,
Y que me niegas tú los mismos leños
Que te suelo volver cargados de oro?
¿Y tan alegres sus cobardes dueños,
Que contra mi opinión y tu decoro
Pase la flota de la India a España,
Que apenas un soldado la acompaña?

94

¿Así permites que Sevilla vea
En su Contratación el oro y plata
Del mundo que Filipo señorea,
Que el viento apenas ofender la trata?
No hay para el cielo condición tan fea
Como la que a su bien se muestra ingrata;
La ocasión despreciada, si se aleja,
De corrida no vuelve a quien la deja.

Ayuntamiento de Madrid

95

Perdona, que el furor justo me ha dado
Licencia injusta en lo que fuí atrevido,
Que como el parlamento no es pensado
De sano corazón sale rompido.
Poco tengo de Ulises heredado,
Puesto que dicen que su cifra he sido;
Mi exordio, mi discurso, mis figuras,
Y mi epílogo son, mis armas duras.

96

Que si fuera verdad lo que decía
El antiguo filósofo preciado,
De que el aliento y alma que tenía,
En Troya fué primero de un soldado:
Esta que me gobierna, esta alma mía
En Achilesio Pirro hubiera estado;
Pero cual sea si a servirte allego,
Excederá al Epirota y al Griego.

97

Dame cincuenta velas, que con ellas
Haré temblar el mar cuando me importe,
Aunque me falte el viento y las estrellas,
Que bastas tú que reinas en el norte;
Del mar del Sur hasta las playas bellas
Haré que el escuadrón lucido corte;
Aunque si digo la verdad que creo,
Tomar seguro a Panamá deseo.

Ayuntamiento de Madrid

98

Yo sé la tierra toda, y he medido
Los pasos que he de dar por ella ciertos,
En Santiago del Príncipe surgido
De negros mis amigos encubiertos.
No hay río que no tenga conocido,
Para el Nombre de Dios seguros puertos;
Que desde su arrecife al río de Campos,
Yo pasaré los montes y los campos.

99

No me espanta la sierra de Capira,
Las Lajas, paso peligroso ahora;
Capireja y su loma no me admira,
Ni el río Pequenil mi nombre ignora.
Sé los llanos que Chagre baña y mira,
Y los que ve la tierra de Pacora:
Si dejando la tierra al mar me inclino,
Bien sabe el mismo mar que sé el camino.

100

Las islas y el Manglar me ofrecen paso
A la Buenaventura y Puerto Belo
Por la boca de Chagre, donde acaso
Pise una vez el arenoso suelo.
Mas si el Escudo de Veragua paso,
Veré a Granada con favor del cielo,
Cabeza principal de Nicaragua,
Por la laguna que recoge el agua.

Ayuntamiento de Madrid

101

Y digo con favor, porque podría
Temer al tiempo de doblar los cabos,
Aquel de cuya sangre bien un día
Cuatro bravos hermanos, todos Bravos:
Pedro famoso, Sancho, Luis, García;
Que ya el primero a los soberbios pavos
Que en la puente de Cádiz rueda hicimos,
Hizo mirar los pies con que volvimos.

102

Mas vencido el de Acuña, al mar de enfrente
Las lanchas pasó en hombros, y procuro
Entrar en Panamá, que hacer un puente
De aquella tierra al agua me aventuro;
Daré cual rayo en la segura gente,
Y en las parvas de plata y oro puro,
Dejando, si a su agosto me anticipo,
Burlada la cosecha de Filipo.

103

Que cuando en el Perú la fama diga
A don García Hurtado de Mendoza,
A quien la sangre y el valor obliga,
Que el Draque inglés a Panamá destroza;
Irán mis labradores de la espiga
Que siembra el español y el inglés goza,
Cargados a sus islas, y las frentes
Coronadas de granos relucientes.

Ayuntamiento de Madrid

104

Murmure el cortesano entretenido
Con su espada dorada virtuosa,
Pues que tan virgen en la vaina ha sido,
Que darle este atributo es justa cosa:
Que yo te cumpliré lo prometido
Mientras pase contento vida ociosa;
Que yo conquisto tierras, oro y fama,
Y él duerme en blanda y regalada cama.

105

Yo traeré el oro que servirle pueda
Para costosa gala y guarniciones,
Que él le traerá sobre la blanda seda,
Y yo sobre las armas y pendones.
Si a Cádiz no tomé, dile que exceda
Con un flaco poder las municiones
De las galeras que en defensa había,
Que desde Londres él miró aquel día.

106

Lo que una libertad y atrevimiento
Fuera de la esperanza mover suele,
Levantó de la Reina el pensamiento,
A quien del oro la codicia impele.
Propone su intención al Parlamento,
Para que el rayo de sus manos vuele,
Y a pesar de los émulos burlados,
Salen dos generales decretados.

Ayuntamiento de Madrid

107

Francisco Draque de la mar elige,
Juan Achines de tierra; y desta suerte
Su cargo cada cual de los dos rige,
Y embarca gente veterana y fuerte.
También se apresta en el horrendo Estige
El que conduce a sempiterna muerte
Las condenadas almas, porque espera
Colmar para el pasaje su ribera.

108

Húndese el puerto de contento y grita,
Este calafatea, aquen enjarcia,
Cuál lastra, carga, sube, pone y quita
La vela nueva o la defensa Marcia.
Este el bizcocho, el agua solicita,
Repara el árbol o la rota jarcia,
Aquel, salada carne guarda en partes
Para el viernes, mejor que para el martes.

109

Ya embarcan las trompetas y clarines,
A cuyo son se anima y se recuerda;
Ya su música alegra los delfines,
Y con los ecos de la mar concuerda:
Ya embarcan los Guzmanes traspontines,
Ya los soldados cateres de cuerda,
Van y vienen esquifes y barcones,
Ya con sustento, ya con municiones.

Ayuntamiento de Madrid

110

Ya tremolan al viento y dan vislumbres
Con sus colores varios a las olas
De las entenas, gavias, y altas cumbres
Flámulas, gallardetes, banderolas.
Ya aderezan faroles para lumbres
La Capitana y Almiranta solas,
Llevando, porque el cargo se adelanta,
La Capitana tres, dos la Almiranta.

111

Ya los bizarros jóvenes vestidos
De diferentes sedas y colores,
Dando en ellas indicios y sentidos
A la diversidad de sus amores;
Leonardo, ausencias, pardo a los olvidos,
Azul a celos, rojo a los favores,
Pajizo a los desdenes, blanco al alma,
Entre la tierra y mar están en calma.

112

Quién se despide de mujer, o amigo,
Quién del hermano, primo y del pariente
Quién hace al mar de su valor testigo,
Y en su imaginación rinde el Poniente.
No estaba contra Paris, su enemigo,
Más arrogante la greciana gente,
Ni más llena de agüeros en Aulides
Que ésta la arena de la playa mide.

Ayuntamiento de Madrid

113

Prometen a sus damas los amantes
Del oro por labrar grandes cadenas;
Otros toman a precios semejantes
Vestidos, que les dan a manos llenas.
¡Ay de los tristes que tocaron antes
De las remotas playas las arenas,
Y por los nunca vistos horizontes
Abrieron las entrañas a los montes!

114

Parten los barcos para la alta empresa
Con verdes ramos y almagrados remos,
Y desembarcan en la armada inglesa,
Cubriendo desde el agua a los extremos.
Todos con el orgullo, que no cesa,
Están como si fueran Polifemos,
En los hombros paternos de Neptuno,
Tal es que piensa que le oprime alguno.

115

Y a sus bramidos espantables, sordos,
Los mozos más bisoños y noveles
Se arriman atrevidos por los bordos,
Más que sus aguas túmidas, crueles:
Como se mira el escuadrón de tordos
Sobre los elevados chapiteles,
Así los corredores y jaretas
Cubren con plumas, bandas y escopetas.

Ayuntamiento de Madrid

116

Ya con la ronca salva, y la zaloma,
Dispara a leva el General, y zarpa,
Neptuno el peso entre los hombros toma
Más blando que el delfín oyendo el harpa.
Cuando desde la tierra alguno asoma
Parece al que le ve pequeña carpa;
Mas ya desde la *nave* de armas llena
Parece el pez más mínimo ballena.

117

Levantadas las áncoras despliegan
Las velas blancas en quien hace empleo
Un viento alegre, al son del cual navegan
Alargado el trinquete, asido el treo.
Céfiros mansos con las jarcias juegan,
Y suspiros también de algún deseo;
Dejando de las naves la gran suma
Un largo rastro de salada espuma.

118

Huye la tierra y todos sus despojos;
La playa, el puerto, y gente conocida,
Los árboles se pierden a los ojos,
Y la costa, de niebla revestida:
Ya nacen de la vuelta los antojos
Apenas engendrada la partida:
Y tanto cuanto más de ellos se ausentan,
Tanto mayores nubes se presentan.

Ayuntamiento de Madrid

119

Hacen las velas círculos preñados,
Atadas por las puntas las escotas:
Neptuno de sus campos alterados
El aire cuaja de saladas gotas:
Los espolones al romper ferrados
Las lunas del espejo dejan rotas,
Asiendo las nereidas las orillas
De las cartingas y lastradas quillas.

120

Reparten munición, y ordenan puestos;
Que de cabos y gúmenas trinchean:
Aquéllos limpian armas, prueban éstos
Las que ya limpias emplear desean.
Los diestros de la mar discurren prestos,
Duermen los que se cansan y marean;
Y en camarotes y pequeños ranchos
Los sitios más estrechos juzgan anchos.

121

Ya se aumentaba el tiempo riguroso,
Y el escorpión meridional salía
En la casa de Marte sanguinoso,
Con su naturaleza húmeda y fría:
Cuando el cosario, pirata famoso
La derrota marítima seguía,
Dejando a Londres, y a Isabel, y al puerto
Ricos de la esperanza y oro incierto.

Ayuntamiento de Madrid

122

Pero a veces el lobo se promete
Que está el pastor dormido, y disimula:
O en la fingida trampa los pies mete,
Donde muerte y sepulcro halló la gula.
Achines le parece que acomete
Tanto el pasado enojo le estimula,
Con que de Nueva España se querella,
Y don Martín Henríquez, virrey della.

123

Que antes de esta ocasión la persuadía
A la Reina Isabel le diese armada,
Con que vengar su agravio pretendía,
Y levantar contra el virrey la espada:
Mas nunca hasta el efecto de aquel día
Fué su querella pública escuchada,
De que se vió tan próspero y contento,
Que velas y amenazas daba al viento.

124

Porque del puerto de San Juan de Lúa
Salió sin honra y con violenta huída,
Que lo que por ardides se efectúa
Llamaba fe jurada, y fe rompida:
Apenas una lancha, una falúa
Sacar pudo a Isabel por la ofrecida
Empresa de correr a Nueva España
En la venganza de la justa hazaña.

Ayuntamiento de Madrid

125

Dadme licencia, gran Señor, que os diga
El efecto que hizo su deseo,
Antes que del Dragón cruel prosiga
La jornada que ya prevenir veo.
Si el agravio del padre al hijo obliga,
Que en el paterno honor es caso feo
Sufrir cualquiera mancha, o detrimento,
De un mancebo escuchad el sentimiento.

126

Un hijo que Juan Achines tenía,
Mozo de treinta y tres años gallardo,
Que Richart en su lengua se decía,
Y que nuestro español llama Ricardo;
Viendo que se quejaba noche y día
Como robado tigre, o herido pardo,
Su viejo padre del agravio hecho
A la justa venganza puso el pecho.

127

En los brazos estaba de su esposa,
Que había sido de la Reina dama,
Más que se puede encarecer hermosa
(Si fe se debe a la extranjera fama):
Cuando con ella plática amorosa,
Que así la pena del partir se llama,
Le descubre del alma lo secreto
Entre uno y otro regalado efeto.

Ayuntamiento de Madrid

128

Muchas veces habéis, señora, oído,
Que un don Martín, virrey de Nueva España,
Como Henríquez hidalgo, y atrevido
Como español, para cualquier hazaña:
Tiene mi padre airado y ofendido,
No porque el militar ardid engaña;
Aunque se queja de la fe rompida,
Mas por el daño y vergonzosa huída.

129

Yo por vengarle prevenidos tengo
Cuatro navíos de la Reina y míos,
Con que si a ver el Occidente vengo,
Nunca a su norte volverán vacíos.
Sospecho que decís que me detengo,
Si quedan aprestados los navíos,
Según es el valor de vuestro pecho,
En dejar a mi padre satisfecho.

130

Que no es posible, mi esperanza y vida,
Que pueda más el tierno sentimiento
De mi honrosa y legítima partida
Que vuestro soberano entendimiento:
La empresa es alta, noble y preferida
A todo regalado pensamiento;
Bien daba de su fuerza testimonio
En brazos de Cleopatra, Marco Antonio.

Ayuntamiento de Madrid

131

Yo parto como debo, enternecido,
Aunque por más razones lo estuviera,
Si no os dejara la que en fin ha ido
De nuestro amor imagen verdadera:
Y pues que de dos almas me despido
Mayor es mi dolor, y el que me espera:
Mi hija os dejo, y mi retrato, y solo
Me parto en fin los tres al otro polo.

132

Mas espero sin duda que volviendo,
Será por más dolor mayor mi gloria;
Donde haceros señora y dueño entiendo
Del provecho y honor de las victorias:
Que esa cabeza coronar pretendo
Por lo que me tuviere en su memoria,
Del oro occidental, aunque con ello
No sufra diferencia su cabello.

133

Ya las conchas del Sur, que por cogerlas
Tantas vidas costaron de españoles,
Crían para ese cuello blancas perlas
En nácares de varios tornasoles.
Yo pienso entre su aljófar escogerlas,
Por dicha en menos de cincuenta soles
Colmando aquesas manos, pecho y haldas
De diamantes, rubíes y esmeraldas.

Ayuntamiento de Madrid

134

Asida al cuello la llorosa dama
Del atrevido mozo, en dulce enredo,
Como el niño a los pechos de su ama
Cuando le espanta el recibido miedo:
¡Ay!, dice, entre las perlas que derrama,
Que pudiera escoger estando quedo,
Porque sus ojos Occidente hacía,
Pues en ellos su sol obscurecía.

135

¿Cómo es posible que dejarme puedas,
Ricardo mío, y el rigor no domas,
Si en la crueldad del abrazarme excedes
Al que lo hiciera de infinitas Romas:
Que con victoria y con venganza quedes,
Mejor de mí que del virrey la tomas;
¿Qué injuria te hice yo, que tan injusto
Vas a robar las Indias de mi gusto?

136

Esos navíos para mí se aprestan
Pues por el mar de caudalosos ríos
De las lágrimas tristes que me cuestan
Anegaré llorando tus navíos:
Pólvora y municiones poco prestan
Humedecidas de los ojos míos,
Solamente Troyano en las cautelas
Mis suspiros ayudan a tus velas.

Ayuntamiento de Madrid

137

Tormenta correrás de mi tormento
En este de mi amor mar Oceano,
Adonde con las velas das al viento
Mis esperanzas y tu intento vano:
Del fausto matrimonio el fundamento
Por su autor sempiterno muestra llano
Del mundo en el principio que le ofendes,
Pues que tu padre, y no mi honor, defiendes.

138

¿Por mí no dice Dios que dejar debes
Tu padre y madre? Luego bien te arguyo,
Pues si le ofendes, su justicia mueves,
En bien del español, contrario tuyo:
Ya te parece que los mares bebes
Tan libre del poder del dueño suyo;
¿Así consienten sus ministros graves
Que los azoten extranjeras naves?

139

Así pudo salir aquel Francisco
Que contra España tanta espada empuña
De Cádiz: cuando entre uno y otro risco
El valor le arrojó del grande Acuña:
Pues aunque contra tanto basilisco
Pocos bravos tan bélicos acuña
España, como aquel don Pedro advierte
Que es hidra invicta y que cabezas vierte.

Ayuntamiento de Madrid

140

Ya comienza el heroico descendiente
Del gran Bazán a levantar las cruces
De la divina suya en nuestro Oriente,
Sin otros castellanos y andaluces:
Y aquel Toledo que la turca gente
Con los faroles solos de sus luces
Ciega, y hace temblar, para que cuadre
Su vivo acero al de su muerto padre.

141

Ya del Príncipe de Oria el fénix sale
Carlos duque de Turfis valeroso,
Que es bien que en Tebas Alejandro iguale
Igual en años y en valor famoso:
Tanto de España el tronco herido vale.
Que hasta en Italia unida al ramo hermoso
Cría cabezas tales como aquesta,
Sin las que propias propagando apresta.

142

Mira el peligro y el consuelo mira,
Que es el retrato mismo que me dejas;
Que sin saber su mal llora y suspira
De ver que de los dos tu rostro alejas.
Diciendo así para llorar respira,
Y por doblar las lágrimas y quejas,
La furia eclipsa, que al inglés dispone,
La niña entre los dos llorando pone.

Ayuntamiento de Madrid

143

¿Serás tan fiero, dice, que le niegues
Lo que te pide, sin hablar, llorando?
¿Que así nos dejes, y a la mar te entregues
Enseñado del mar que estás mirando?
¡Oh! esposa, le replica, no me ruegues,
Que es ir mi honor y triunfo dilatando,
Que este pequeño pez es caso grave
Que pueda detener mi honrada nave.

144

Imito (aunque piadosa), le responde,
A Medea arrojando al fiero abuelo
Los pedazos del hijo en parte donde
Mueva tus pies echados por el suelo:
Donde tu amor el sentimiento esconde
Es posible que ya tus pies de hielo
Osen pisar del alma los pedazos
Que pongo entre mis pechos y tus brazos.

145

Esto diciendo la apretaba, a efeto
De que llorase, y del dolor lloraba
La tierna niña que lo más secreto
Del orgulloso padre lastimaba.
Sintióse enternecer, y en tanto aprieto
Le puso el gran dolor, que ya dejaba
Naves, venganza, honor, todo en el puerto
Burlándose del agua y viento incierto.

Ayuntamiento de Madrid

146

Pero cual suele el agraviado amante
Que a la satisfacción se está rindiendo,
Que con engaño y llanto semejantes
Su enemiga y su bien le está diciendo:
Así saltó furioso en el instante
Que vió su obligación enterneciendo.
Atajando al amor la oculta mina
Que al edificio del honor camina.

147

Deja la ociosa cama el mozo honroso,
Previene sus soldados y navíos,
Y por salir al mar tempestuoso
Deja de su mujer los tiernos ríos:
Soñándose del mundo victorioso
Con verdes años y robustos bríos,
Para vengar la de San Juan de Lúa,
Parte alegre del puerto de Plemúa.

Ayuntamiento de Madrid

CANTO III

PASA RICARDO EL estrecho. Roba a Chile. Envía el Virrey del Perú en su seguimiento a don Beltrán de Castro: pelea con él; y véncele; llevándole preso a Lima. Corre don Francisco Coloma una áspera tormenta, y arriba Sancho Pardo Osorio a Puerto Rico. Acomete a Canaria Francisco Draque: de donde sale huyendo con pérdida de sesenta ingleses

148

YA del mozo orgulloso los Titanes
Con sus carros del agua, otro Faetonte,
Por el estrecho mar de Magallanes
Alargan riendas a Flegon y Ethonte:
Mas de los cuatro fuertes capitanes
Salió su galeón, como isla, o monte;
Y los tres que perdieron su gobierno,
Por el agua bajaron al infierno.

Ayuntamiento de Madrid

149

Dejando los amigos sumergidos
Del agua al fuego en la tremenda boca,
Y de Lothos eterno adormecidos,
La furia del estrecho desemboca:
Al fin por tal fortuna conducidos
Los que del resto a la ocasión provoca,
En Chile surgen, dando a Chile espanto,
Chile, de Ercilla celebrado tanto.

150

Allí quemó gran suma de navíos
Por vengar a los tres Ricardo airado,
Robando haciendas, que otros seis vacíos
Pudiera (si llevara) haber cargado;
Con tal furor, que aventajó los bríos
De la primera vez que fué robado
De aquel Thomas Gandir, Thomas que ha sido
Incrédulo, mas nunca arrepentido.

151

Sale de Arauco entonces bien domadas
De Tucapel y Rengo las cervices
Con fuego inglés mejor que con espadas,
Un bergantín de tantos infelices:
Llega al Perú las velas destrozadas,
Y sin vanos retóricos matices,
Cuenta llorando el mísero suceso,
Y de Ricardo el atrevido exceso.

Ayuntamiento de Madrid

152

Viendo el Virrey la tierra, que a su invicto
Pecho famoso tanto había costado
Como lo sabe Arauco y su distrito,
Con sangre propia y bárbara comprados,
Castiga de Ricardo el gran delito,
Y con presteza y militar cuidado
Apresta en ocho días seis navíos
De gente llenos, de temor vacíos.

153

Sigue su curso don Beltrán de Castro,
Nombrado General de aquella empresa:
Y si en la mar las proas dejan rastro,
Corre el que lleva la derrota inglesa:
Ricardo, que a las manos de alabastro
De su esposa, cumplida la promesa,
Llevaba perlas y oro en copia tanta,
Cual águila del robo se levanta.

154

Treinta leguas de Lima, o treinta y siete
El General del gran Marqués cuñado,
Junto a la fortaleza de Cañete,
Lugar que de su padre fué fundado:
Mira al inglés Ricardo, que promete
Rendir el mundo de soberbia armado,
Pero tuvo el aviso por novela,
Que siguiendo una armada halló una vela

Ayuntamiento de Madrid

155

Estando, pues, mirándose, en un punto
Tan recio temporal las aguas mueve,
Que se pudo enmarar Ricardo, y junto
Parece que la mar le sorbe y bebe.
Húyese el miedo de color difunto,
Y con sus alas a engolfar se atreve;
Queda el de Castro en la mayor fortuna,
Sin ver del enemigo sombra alguna.

156

Ronca el hinchado mar, silban las velas,
La pesadumbre y tablazón desquicia,
El que lloró del griego las cautelas,
Y de Eolo su Rey la sinjusticia:
Gruñen la trabazón y aferra-velas,
Y de azotada el agua cinericia,
Llora y se queja, que la rompe el hombre
Desde que Tiphis y Argos tienen nombre.

157

¡Oh mar! ¿De qué se queja tu elemento?
¡Si ha más tiempo que sufre el corvo arado
La madre tierra, y es el claro viento
De las aves volátiles cortado!
Ni pienses que es el mismo fuego exento,
Por ser puro e hidalgo reservado,
Que amor le rompe, y se sustenta dentro,
Que dicen que es su verdadero centro.

Ayuntamiento de Madrid

158

Bóreas en fin entre las velas brama
Pegándolas al árbol, Austro luego
Por la contraria parte las derrama,
Que no las deja un punto de sosiego:
Del cielo que se enluta, y que se inflama,
Ya con agua furiosa, ya con fuego
Bajan rompiendo el manto de zafiros
Balas de nieve de sus negros tiros.

159

Las grupadas del túmido Nereo,
Los topes de las gavias alcanzando,
De su venganza muestran el deseo,
Las escalas y velas derramando.
Rompe a la Capitana el masteleo
De Orithia el amador, y quebrantando
Las jarcias que derriba y desbarata,
La obencadura al árbol arrebata.

160

Al galeón *San Juan*, que fué este santo
De los desiertos amador tan cierto,
Por imitar sus soledades tanto
Dejó de velas y árboles desierto:
Rasga a Neptuno su cerúleo manto,
Para que viese el fondo el cielo abierto,
Y conociesen las arenas bellas
Si más o menos son que las estrellas.

Ayuntamiento de Madrid

161

Entumécese el piélago y el cielo,
Así del Orión juega la espada,
Que la nave no juzga en tanto duelo
Sobre cuál de los dos está sentada;
Pero bajando con fenicio vuelo
La que de sus espumas fué engendrada,
Por don Beltrán al dios Neptuno ruega,
Que su hermosura la enamora y ciega.

162

Al fin volver los deja al puerto mismo
Sin árboles, señor, ni masteleos,
Escapados del fiero barbarismo,
Del mar que oprime Scilas y Thipheos:
Porque en la confusión del propio abismo
De poco sirven armas ni deseos.
Sabe el Virrey que es una vela sola,
Y quiere combatir a la española.

163

Vuelve con otra en busca del cosario
El valiente gallego, flor de España,
Y por la gruesa nave del contrario
Juan Martínez de Leyva le acompaña.
Era por su grandeza necesario
Algún socorro en la naval campaña;
Y ansí le dan al fuerte vizcaíno
Gentil soldado, y de alabanza dino.

Ayuntamiento de Madrid

164

Sigue al inglés el español mancebo,
La tierra con las áncoras tocando
Por que si no desvara en rumbo nuevo,
Le parece que en ella ha de ir varando.
En el espejo de las aguas, Febo,
Tranquilo sus cabellos contemplando,
Prospera el viento, y con tan fértil aura
Pasa el de Lemos a Chanchay y a Gaura.

165

Después de tantas puntas y recodos,
Senos y calas, toca en la bahía
De Tacamez, que por diversos modos
El protestante bárbaro seguía.
Así le alegran y saludan todos,
Como después de la tiniebla fría
Las bachilleras aves, cuya salva
Es la primera voz que escucha el alba.

166

Mas de doscientas leguas costeadas
Del terrible y frenético resurto
De la tormenta, vieron amainadas
Las altas velas del autor del hurto.
Pero apenas las nuestras divisadas,
Levóse del lugar que estaba surto,
Creyendo que volviera las espaldas,
Al confín que se llama de Esmeraldas.

Ayuntamiento de Madrid

167

Don Beltrán le acomete y a su lado
Se pone el navichuelo vizcaíno
Contra aquel monte de árboles armados,
Que como a pollos águila se vino.
Mirad, señor, qué fuerza de soldado,
Y qué valor de España peregrino,
Pues que duró sin descansar de dalla
Tres soles y tres lunas la batalla.

168

Derríbale el trinquete de un balazo
Al vizcaíno, y no fué injuria sola,
Que tantos recibió que en breve espacio
Pensó cubrirle de una y otra ola:
Pero ayudado del amigo brazo
Pudo, señor, poner una ventola,
Con que vuelto a seguirle al fin se halla
A celebrar el fin de la batalla.

169

La cual cómo pasó nadie se atreva
Contar mejor en verso castellano,
Aunque parezca en Chile cosa nueva,
Que Pedro de Oña, aquel famoso indiano:
Este día mejor de vuestra cueva
Que es monte de Helicona soberano,
Gran don Beltrán, que no mi vega humilde,
Que apenas soy de aquellas letras tilde.

Ayuntamiento de Madrid

170

Allí veréis asido al estandarte
Aquel D. Diego de Avila valiente,
Y como Juan Manrique en otra parte
Causó temor en la britana gente:
Don Juan Velázquez valeroso Marte,
Con Pedro de Reynalte indeficiente:
Y cómo en la toldilla entra la bala,
Y otra en la amura de babor resbala.

171

Veréis un artillero que zallando
Una disforme y gruesa culebrina,
Otra al soslayo del contrario bando
El vientre con furor desintestina.
Y que las tripas en un lienzo atando,
La misma pieza a la venganza inclina:
Que con la diferencia de mi intento
Conviéneme que siga mi argumento.

172

Ríndese, gran señor, aquel mancebo
Que airado en Londres prometió a su esposa
Perlas del mar del Sur, y el oro nuevo
Para las manos y garganta hermosa.
Así se queda el pez asido al cebo
Y el pájaro a la liga pegajosa:
Repárase el navío que iba a fondo,
En remolino y círculo redondo.

Ayuntamiento de Madrid

173

Tenía, que entre muchos celebrados
No le vió tal Florencia ni Lisboa,
Quinientas toneladas, y formados
Dos castillos en popa, y dos en proa.
A prueba de bombarda los costados
Con argamasa fuerte, que se loa
Por tal que no se ha visto otra que imite
Mejor a las murallas de Asfaltite.

174

El cuerpo en fin de aquel caballo griego
Treinta y dos piezas de metal encierra,
Armas y varias máquinas de fuego,
Y gente para mar, y para guerra,
A Cartagena los ingleses luego,
A sus galeras don Beltrán destierra;
Esta la chusma fué, que otros envía
A España por memoria de aquel día.

175

Con veinte caballeros, a Ricardo
De los más principales, lleva herido,
Donde con fiestas Don Beltrán gallardo
Fué del Marqués en Lima recibido.
Oíd, señor, que referir aguardo,
Lo que a la entrada admiración ha sido
Del general inglés, mirando el puerto,
De piezas y de naves encubierto.

Ayuntamiento de Madrid

176

Porque ciento y cincuenta en él había,
Con otras tantas en las fuertes naves,
Y la ciudad la vista suspendía
Considerando máquinas tan graves.
Mirando la defensa que tenía,
Con palabras más blandas y suaves
Que cuando se partió soberbio y fuerte,
Dijo a los circunstantes de esta suerte:

177

Engañado me había la venganza
Del agraviado padre, por quien vengo;
¿Qué menos, gran Marqués, tu fama alcanza
De la que en obras conocida tengo?
Robar la mar del Sur fué mi esperanza,
Tres galeones y el que veis prevengo,
Pero el estrecho en fin los tres me sorbe,
Quedando el que una vuelta ha dado al orbe.

178

Juan Achines, mi padre, por ser viejo,
De mi Reina jamás licencia tuvo,
O porque le importaba su consejo,
A su pesar en Londres le detuvo.
Yo, sintiendo su agravio, a Londres dejo.
¡Cuán en lo cierto mi mujer estuvo!
Esta dejó señores y una prenda,
Que estimo en más que libertad y hacienda.

Ayuntamiento de Madrid

179

¡Ay!, dulce esposa, y cómo siempre acierta
De las mujeres el primer acuerdo,
Ahora con tus lágrimas concierta,
Y de mi sueño próspero recuerdo:
Pero en esta prisión tan larga y cierta
A donde patria, y padre, y mujer pierdo,
Por consuelo me queda, y no pequeño,
Volverme a Dios por medio de tal sueño.

180

Suplícoos me digáis, don Beltrán caro,
Noble, honor de Galicia, Castro y Lemos,
Del Marqués mi señor ilustre y claro
La condición en que esperar debemos:
Que a la virtud de su glorioso amparo,
Por tan viciosos y ásperos extremos
No he venido sin causa, pues recelo
Que de mi perdición se duele el cielo.

181

Entonces don Beltrán, enternecido
Así dice a Ricardo: Escucha atento
Del valor de Mendoza esclarecido
La gloria, honor, colonia, y ornamento.
No tuvo el año diez y seis cumplido,
Cuando se vió su heroico pensamiento;
Fué soldado en Italia, que la parte
Mostró luego benévola de Marte.

Ayuntamiento de Madrid

182

Cumplidos diez y siete, gente ordena
De infantería capitán electo,
Y en la guerra de Córcega la estrena
Con raro aplauso del notable efecto.
No fué menor el de Rentín y Sena
De gran soldado y capitán perfecto,
Y en las demás que se ofrecieron grandes,
En Alemania, Inglaterra y Flandes.

183

Luego al Perú, con el Marqués su padre,
Que el César Carlos su Virrey hacía,
Parte de Italia, y de su antigua madre,
De donde a Chile en su lugar le envía.
Lo que el gobierno a los vasallos cuadre
Mostrólo por ejemplo D. García,
Que en un lustro fundó nueve ciudades
En aquellas incultas soledades.

184

Venció siete batallas, y fué visto
En ellas pelear por su persona,
Deseando ensalzar la Fe de Cristo,
Y dilatar de Carlos la corona.
Con tal valor que al Polo de Calixto
Desde la adusta y abrazada zona
Llevó la fama el nombre hurtado al templo
De la inmortalidad, por alto ejemplo.

Ayuntamiento de Madrid

185

Los indios asombró de tal manera,
Que los más indomables araucanos,
Hijo del mismo Sol pensaban que era,
Temblando de sus rayos soberanos.
Rindiéronse de paz a su bandera
Con los demás rebeldes comarcanos,
Cosa entre aquellos bárbaros no vista
Desde la obstinación de su conquista.

186

Vínose a España y de Filipo Augusto
Fué enviado al Piamonte y Lombardía;
Y volviendo después de un año justo
De hombres de armas le dió su compañía.
Con ella en Portugal, el celo y gusto
Mostró que de servir su Rey tenía;
Donde el soldado en Alba en noche ahora
Nuestros castillos de sus quinas dora.

187

Luego en las cortes de Monzón sirviendo
En cosas importantes ocupado
De su padre el oficio consiguiendo,
Volvió al Perú del mismo cargo honrado.
Fué la renta real engrandeciendo,
Y el nombre de su Rey con tal cuidado,
Como lo sabe Quito, cuya historia
Dió grandeza a Filipo, al Marqués gloria.

Ayuntamiento de Madrid

188

Finalmente, a medida del deseo
De tanto sabio antiguo en él se hallaran
Un Rómulo, y un Numa semideo
Que igualmente la guerra y paz trataran.
De cuyas manos generosas creo
Tanto las leyes de nobleza amparan,
Que te darán el bien y honor que goza,
Todo rendido al nombre de Mendoza.

189

Esto decía D. Beltrán, en tanto
Que lloraba Ricardo enternecido,
A quien movía un pensamiento santo
El corazón, del mismo Dios movido.
Y no fué vano el fruto de aquel llanto,
Que su estéril terreno humedecido
La simiente evangélica recibe,
Y en el gremio católico se escribe.

190

Pero quede, señor, cautivo ahora,
Mientras os digo la ocasión urgente,
Por que Draque dejó la blanca aurora,
Y vino el Equinoccio de Occidente.
Que si fuera el vestir Vertumnio y Flora
De verde el campo, y de cristal la fuente,
No fuera mucho; más descubre octubre
La seca tierra cuando el agua cubre.

Ayuntamiento de Madrid

191

Don Francisco Coloma, que traía
La plata de Indias (Argos cuidadoso),
Y a Sancho Pardo Osorio en compañía
De Tierra Firme general famoso,
Los galeones prósperos regía
Como caudillo fuerte y generoso,
Mostrando al mar la blanca cruz del pecho,
Bastante al golfo y al mayor estrecho.

192

Mas nunca el mar soberbio y espumoso
Ha querido sorber naves hambriento,
Ni ha mostrado tan grave y proceloso
El campo de su líquido elemento.
El piloto cobarde y temeroso,
Jamás ha visto tan airado el viento
Como en esta ocasión, cuya fortuna
A que os escriba de ella me importuna.

193

Pero en tanta desorden no se puede
Guardar orden, señor; materia es esta
Que está escrita mil veces, y que excede
De mi discurso y narración propuesta.
Mas porque en tal silencio no se quede,
Imaginad que el mar la furia apresta,
Donde Caribdis ladra y gruñe Escila,
Y que el terrestre globo se aniquila.

Ayuntamiento de Madrid

194

Nunca debajo el trópico se ha visto
De Capricornio casa infausta y triste,
Donde pierde el amante de Calixto
La hermosa luz de que su rostro viste.
Y se levanta Marte tan malquisto,
Que Venus no le aplaca ni resiste
Tan espantosa y áspera tormenta,
Donde también la corre quien la cuenta.

195

De la Habana, señor, salió Coloma
Cuando el Toisón de Carlos vuestro abuelo
(Aunque otros cuentan que el origen toma
De la Reina Cristífera del Cielo).
Al argentado pez la escarcha doma,
Y de Acuario el implacable hielo,
Y por la hierba que de nuevo nace
Canta el jilguero, el corderillo pace.

196

Pues en esta ocasión, que prado y hierba
Alegran desde el valle a la montaña,
Eolo, que a ningún tiempo reserva,
Rompe la suya con violencia extraña.
Desenfrenada el áspera caterva,
En la de Tierra Firme y Nueva España,
Que en su conserva el general traía,
Quieren ejecutar su valentía.

Ayuntamiento de Madrid

197

Mas Vesnorueste a todos se adelanta,
Embiste con las naves, y provoca
La mar a furia y a soberbia tanta,
Que en la frente de Atlante la coloca.
Cuando el nubloso viento se levanta
La Canal de Bahama desemboca,
Con veinte y ocho grados en altura,
Y muchos de trabajo y desventura.

198

Los marinos pronósticos infaustos,
De los pilotos ya reconocidos,
Los paramentos y soberbios faustos
De las naves dejaban abatidos.
Y para sacrificios y holocaustos
Estaban de Neptuno prevenidos,
Los altares de vidrios transparentes,
De tantos cuerpos de diversas gentes.

199

Como las roba su vestido el viento
No se ha visto ladrón que así desnude:
Ni queda estay, briol, ni racamento,
Que no lo rompa, tuerza y desanude.
Las brazas que al penol sirven de asiento
Con más robustos brazos las sacude,
Rompe los amantillos y destroza
Brandales, chafaldetes, triza, y troza.

Ayuntamiento de Madrid

200

El cielo, con los ojos enojados,
De ver que un viento su carrera injuria,
Arrebózase el rostro de nublados
Por no ser conocido en tanta furia.
Parece que los polos abrasados
Pueden sufrir y padecer injuria
Y por más que sus figuras se asgan,
De allí se desencajan y se rasgan.

201

Los hombres de la mar, de seso ajenos,
Confusos se revuelven y confunden,
Ya tocan los relámpagos y truenos
En el mismo lugar donde se infunden:
Ya bajan a los cóncavos y senos,
Donde con la presteza que se hunden
Vuelven como se escapa sacudida,
Vana pelota de la pala herida.

202

Ya de Atanasio, de Agustín, de Anselmo,
Se escucha el verso con gemir profundo,
Pero tiene Orión calado el yelmo,
Y está por todas partes iracundo.
Cástor y Pólux cubren a San Telmo,
Suena el tonante Júpiter, que el mundo
Como quien rompe tablazón de ripios,
Parece que le vuelve a sus principios.

Ayuntamiento de Madrid

203

Cual el torcido cáñamo trabando,
Aquello intenta, mas que no aprovecha
Cual de la amarra y del cordel colgando
Quiere atar la filásiga deshecha,
Africo de sus lástimas burlado,
Como si fuera delicada flecha
La gabia rompe, el masteleo deshace,
Y en el extremo el suyo satisface.

204

Allí la que la mar antes miraba,
En tan alto lugar desvanecida,
Debajo de las aguas que vengaba
De todo punto estaba sumergida.
Ya el pálido color del rostro lava,
De que la Armada mísera vestida
Lleva el temor el aquilón mojado,
En las olas del mar arrebozado.

205

Grita el piloto: ¡Arriba, arriba, cierra!
¡Lanza el leme a la banda!, mas ya loca,
Indómita la nave, en todo yerra,
Y tal vez el penol el agua toca.
El caballo del mar, al de la tierra
La dura inobediencia de la boca
Quiere imitar menospreciando el freno
De sacudida espuma y sangre lleno.

Ayuntamiento de Madrid

206

Ya sobre sierras de agua se aventura,
Y a la alta nave occidental espanta,
Que acompañar la de Jasón procura,
Y a su estrella de imagen se adelanta.
Cuál nave rompe la trabada amura,
Y cuál abalanzándose quebranta
Del voluble timón tres ferros corvos,
Por no tener para perderse estorbos.

207

Del que trabaja allí, del que suspira,
Suenan a un tiempo diferentes hablas:
¡Oh soberbia del mar, del viento ira!
¡Qué máquina tan fuerte desentablas!
Atruena el cielo, el vocinglero vira,
Gimen las jarcias, quéjanse las tablas,
Al mismo son de ¡larga! ¡amura! ¡a orza!
Como si fuera delicada alcorza.

208

Allí sí que los votos y promesas
Dichas tan bien pero tan mal cumplidas,
Salen del alma hasta salir impresas
Del peligroso trance de las vidas.
Como la tempestad por las dehesas
Las ovejuelas huyen esparcidas,
Así corriendo van desatinadas
Aquí y allí las naves arrojadas.

Ayuntamiento de Madrid

209

¡Qué de frailes se ven allí Franciscos!
¡Y qué de Carmelitas y Bernardos!
Que apenas de la costa ven los riscos,
Cuando otra vez blasonan de gallardos.
Y les parecen fieros basiliscos
Las capas blancas, o los sacos pardos.
¡Qué de haciendas allí restituídas
Están después al alma y cuerpo asidas!

210

Aquel volver las famas difamadas,
Mejor que con las manos, con las bocas,
Que no fueron después jamás buscadas
Porque dicen que son promesas locas.
Pues en llegando a huérfanas casadas,
Las de un lorito les parecen pocas,
Y aun eso mismo son los hospitales;
Pero después, ni aun tocan sus umbrales.

211

No hay cosa ya que el miedo no la ocupe,
Crece la tempestad, el viento crece,
Tres rayos juntos una nube escupe
A un leño que parece que perece.
No hay cosa que no rompa y desocupe
De cuanto sobre el agua se le ofrece;
Pero en llegando a su contrario sale,
Hasta que encima aquella furia exhale.

Ayuntamiento de Madrid

212

Cuatro hombres matan, dejan ocho heridos
Con extraña lesión, desdicha, y plaga.
Y casi en la fragata sumergidos
Del capitán Domingo de Insauraga.
De la de Vallejera, en que perdidos
A la deuda mortal hicieron paga
Algunos hombres, otra nave ocupa
Los que pudo escapar, una chalupa.

213

Duarte de Quirós por verla abierta
Su nave él propio con rigor despoja,
La grana y cueros a la mar incierta
Para aplacalla en sacrificio arroja.
La Almiranta Real, de árbol desierta,
De tal manera la carlinga moja,
Que a pura bomba que la ciega y baña,
Llegó con once palmos de agua a España.

214

Abriéndose la nave *Salvadora,*
Así mismo salvar no se pudiera:
Salvóse en fin su plata, porque ahora
Tan justo nombre eternamente adquiera.
De Cristóbal Ramírez hoy se ignora
El límite que tuvo su carrera,
Porque del mar fluctísono, inclemente,
Aunque Cristóbal, no pasó la gente.

Ayuntamiento de Madrid

215

San Felipe, ya entonces no dudara,
Si el pan de aquel milagro el agua fuera,
Que Cristo en el desierto un mundo hartara,
Si allí sediento su palabra oyera.
Mas como Don Francisco la repara
Que la Real entre las otras era,
Sale, sin que del daño participe
A tierra de Filipo, San Felipe.

216

La capitana de la Nueva España
Así del mar y viento combatida
Se rompe, se quebranta y enmaraña,
Que sin partido por estar partida,
La esperanza indecisa desengaña.
De rotas jarcias de la nave asida,
Llevando a piezas la del viento vana,
Bauprés, trinquete, mástil, y mesana.

217

Y a Rodrigo de Rada que venía
De general haciendo oficio en ella,
Conoce que se pierde, y que porfía
Contra su triste y miserable estrella,
Misericordia sin cesar pedía
Al rey del Cielo, y a la Virgen bella,
La gente, con mil lágrimas que vierte,
A un dedo de la vida y de la muerte.

Ayuntamiento de Madrid

218

Cuál se confiesa a prisa, cuál se abraza
Con el amigo, cuál la imagen besa,
Cuál mira si ha de haber alguna traza
Para escaparse en caja o tabla gruesa.
Ya no hay ¡bota a estribor, larga, ni caza!
Ya del reloj el armonía cesa,
Ya la luz se les muere, ya se apaga,
Y abriendo el mar la boca se la traga.

219

Trescientos hombres bajan hasta el suelo
Del arenoso mar, lástima grave;
Si las almas están gozando el cielo,
Allí desembarcó la incierta nave.
No arroja más veloz el presto vuelo
Desde las ramas a la tierra el ave,
Que a la chalupa se arrojaba gente,
Pero de tantos, se escaparon veinte.

220

Unos perdidos y otros derrotados
Por ser el viento a popa hallaron puertos,
A donde los naufragios ya pasados
Dicen que del olvido están cubiertos.
Algunos de las olas escapados
Dieron entre enemigos descubiertos,
Como fué Martín Monte, si es ventura
Trocar con la menor la desventura.

Ayuntamiento de Madrid

221

Cuando el celaje de la tierra enjuta
Descubre el verde campo que dilata
El puerto, y el lugar está en disputa,
Y hasta acercarse el que será se trata.
A Monserrate, Roma y Pie de Gruta
Se ofrecen ricas lámparas de plata,
Y tanta cera, que el altar ocupe,
A la Peña de Francia, y Guadalupe.

222

Y no menos a vos, imagen santa
De Atocha y de mi patria ofrecen cirios
Los que esa mano celestial levanta
De tan profundas penas y martirios.
Ya en fin en tierra ponen boca y planta,
Donde las algas les parecen lirios,
Unos en Cádiz, y otros en Lisboa,
Que los perdiera el viento a dar en proa.

223

Sancho Pardo, ya libre de este asedio
No pudiendo seguir la demás flota,
Sin tener con su nave otro remedio,
A Puerto Rico vuelve la derrota.
Iba de plata allí, millón y medio,
Que sólo refiriéndole alborota;
Dió aviso al gran Filipo, que por ello
Manda que corra el mar Don Pedro Tello.

Ayuntamiento de Madrid

224

Pues viendo el Draque que la nave y plata
En Puerto Rico estaban detenidas,
Salir a su pesar del tiempo trata,
Y a costa de la suya y tantas vidas.
Las verdes alas al Dragón desata
Que el Escorpión entonces tiene asidas,
Mostrándole su aspecto afortunado,
Sobre su misma casa levantado.

225

¡Con estas arrogancias sale agora
La inglesa fuerte y codiciosa armada,
Juzgándose del mundo vencedora,
A la prosecución de su jornada!
Corre el inglés de su rosada aurora
Hasta Canaria por probar la espada,
¡Como si fuera gente que pudiera
Huir el rostro a su arrogancia fiera!

226

Aquí, les dice, amigos este saco
Será para regalo del viaje,
Que de conservas dulces viene flaco
El salado y naval matalotaje.
Como blasona entre los bueyes Caco
Antes que Alcides por Italia baje;
Ya puede ser que alguno el porte pida,
Que no hay dulce sin agro en esta vida.

Ayuntamiento de Madrid

227

Su armada en luna extiende, porque arribe
Desde la fortaleza al baluarte,
En cuya lengua de la mar recibe
Daño cruel por una y otra parte.
Con gente veinte lanchas apercibe,
Y a la ciudad apercibida parte,
Donde ochocientos hombres le esperaban
Con salva, en que su gente condenaban.

228

Eran arcabuceros y piqueros,
Y jinetes de costa valerosos.
Cuarenta ingleses matan los primeros,
Retirando los otros temerosos.
Conocidos del Draque sus aceros,
Y los pasos del puerto peligrosos,
Volvió la espalda e hízose a la vela,
Que allí no le valió fuerza o cautela.

229

Cinco leguas corrió más adelante,
Mas no hay remedio aunque la isla ciña,
Para sus pretensiones importante,
Por más que sus montañas escudriña.
Determínase hacer agua bastante,
Y veinte ingleses pone en la campiña
Que llaman los isleños Melenara,
Pero vendió el agua allí cara.

Ayuntamiento de Madrid

230

Que ciertos ganaderos que a sus dueños
Guardaron más el agua que las reses,
Ya con tejidas hondas, ya con leños
Como troncos de pinos, o cipreses
Prueban los brazos rústicos isleños
En los soldados míseros ingleses,
Como ministros del ayudante en fragua,
Haciéndoles llevar sangre por agua.

231

Que como no eran de David soldados,
Ni la cisterna de Belén aquélla,
Quedaron en el campo destrozados
Sin llevar al Dragón el agua de ella.
A cuál deja los sesos machucados
La voladora piedra, que con ella
No hiciera más extraña batería
El pedrero mejor de artillería.

232

Hinchan los nervios de los fuertes brazos,
Y con rústica voz escaramuzan,
Dividiendo los cuerpos en pedazos,
Las piernas quiebran y las caras cruzan.
Al que por su desdicha viene a brazos,
Crujiéndole los huesos desmenuzan,
Y allí se vió que al fin de tantos robos
Mueren a manos del pastor los lobos.

Ayuntamiento de Madrid

233

Como suele quedar después que ha sido
Acabada la fiesta de los toros
Este desjarretado, aquél tendido,
Vertiendo sangre los abiertos poros,
Así en el campo, el escuadrón herido
Miraba el vencedor riendo a coros,
Porque de veinte los catorce tienden,
Y de seis que quedaban, los tres prenden.

234

Que los huídos se arrojaron luego
De aquellos riscos al tormento eterno,
Que aun en la mar vencidos, se dan fuego
Y se van a gozar el del infierno.
El Draque entonces de coraje ciego,
No le sonando muy alegre y tierno
De los Canarios el presente canto,
Arrojóse a la mar trocado en llanto.

235

Tuvo, señor, entonces del Audiencia
El César vuestro padre cierto aviso,
Y asiendo la ocasión la diligencia,
Hacer armada y detenerle quiso.
Muestra don Benardino su experiencia,
Y sale de Lisboa de improviso,
Pero el de Avellaneda parta ahora
Que cierta dama a su marido llora.

Ayuntamiento de Madrid

CANTO IV

LLEGAN A LONDRES las nuevas de la prisión de Ricardo. Va don Pedro Tello por la plata que traía Sancho Pardo Osorio. Quiere tomar el Drague a Puerto Rico: mátanle trescientos ingleses. Parte a Nombre de Dios, y desembarca en la Zabana

236

AMOR, hijo mayor de la Fortuna,
Hermano de sus vueltas y mudanzas,
Y más ligero en ellas que la Luna,
Como lo saben bien mis esperanzas.
¿Habrá en el mundo voluntad alguna,
De las que a ver en tu registro alcanzas,
Que haya tenido firme su alegría
Desde que nace hasta que muere el día?

Ayuntamiento de Madrid

237

¿Qué condición es esta en que nos pones?
¿Qué Argel es este en que vivir nos mandas?
¿Qué vidas son aquestas que dispones?
¿Y qué pasos son estos en que andas?
¿Qué elementos enlazas y compones?
¿Qué Olimpo humillas? ¿Qué diamante ablandas?
¿Tú tienes nada bueno, Amor? No creo
Que está en la ejecución, sino el deseo.

238

Pasó la primavera de mis años.
Lo que he dejado miro con vergüenza;
Y al blanquear los mismos desengaños
Parece que otra vez tu ardor comienza.
¿Pero dónde me llevan tus engaños?
¿Qué importa que me deje, o que me venza?
No soy yo, Amor, que una mujer hermosa
Está de tu mudanza querellosa.

239

Llegáronle las nuevas de Ricardo
A su afligida esposa, y viendo el fruto
De la arrogancia del inglés gallardo,
En vez del oro se cubrió de luto.
La prenda hermosa, y de la fe resguardo
Que dió a su Porcia el atrevido Bruto,
Quiso hacer ascuas que acabasen luego,
Con fuego artificial el propio fuego.

Ayuntamiento de Madrid

240

¡Ay!, dice, amarga prenda desdichada
De aquel dulce cautivo de mi vida,
Cuya alma de esas lágrimas bañada
No se pudo ablandar en la partida.
¿En cuál estrella fuistes engendrada,
En qué contraria conjunción nacida,
Que no conoceréis a vuestro padre,
Ni alegre eternamente vuestra madre?

241

Cuán pobre viviréis huérfana y sola,
Sino es que en los Mendozas de Castilla
La nobleza de España se acrisola,
Pues el león perdona al que se humilla.
¿Pero cómo el cólera española
Podrá tener de mi dolor mancilla?
¿Si su larga paciencia vuelve en furia
De Ingalaterra la ordinaria injuria?

242

¿Dónde fuiste, mancebo desdichado,
Con el nombre de pirata perdido,
Por el oro de España conquistado
Para mi cuello y manos prometido?
Que para la mujer el más honrado
Se hace de los brazos del marido,
No hay corona que venga más estrecha,
Ni al amor, ni al honor, ni a la sospecha.

Ayuntamiento de Madrid

243

Las perlas en nativos caracoles,
Los bucios de la mar y nácar fino
Pues que los conquistaron españoles,
De su trabajo es todo premio dino.
Mal volverás en los cincuenta soles
Del incierto marítimo camino.
Dijo: y cayendo entonces desmayada,
Pasó la voz en la garganta helada.

244

Como en las fiestas calurosas siente
La cándida azucena marchitarse
En la sazón que del León ardiente
La estrella, o corazón suele abrasarse.
O el lirio que la mano diligente
Rompió con el arado, desmayarse,
Ansí queda la dama de Ricardo,
O como el sol con el nublado pardo.

245

En tanto que la lluvia cristalina
Ofende el rostro que entristece a Apolo;
Y la desdicha a que el amor me inclina,
No quiere que su llanto vaya solo,
Draque veloz al mar del Sur camina,
No mide su codicia, mide el polo,
Que como su nadir está en las ondas,
Ni le alcanza a medir, ni bastan sondas.

Ayuntamiento de Madrid

246

Pero habiendo entendido su designio
El César vuestro padre, y que intentaban
Los monstruos de Lutero y de Calvino,
(Que ya de las Canarias se alejaban)
Ejecutar su fiero latrocinio,
Donde seguros de su furia estaban,
La referida amenazada plata
De entre sus uñas ávidas rescata.

247

Parte Don Pedro Tello valeroso
Con sus cinco fragatas bien armadas,
Corriendo el mar cerúleo y espumoso
(Colores del primero cielo hurtadas)
Para que libre del Dragón famoso
De que estaban las aguas alteradas,
Acompañase a Sancho Pardo Osorio,
Que era el peligro de volver notorio.

248

Siguiendo, pues, su curso por la plata,
Y la del mar rompiendo en blanca espuma,
Llevando cada próspera fragata
El mar y el viento como leve pluma,
Dos navíos encuentra, y desbarata
De aquella Inglesa referida suma,
Entre la Dominica y Matalino,
Islas del mar, y ventas del camino.

Ayuntamiento de Madrid

249

Huye el uno ganando el barlovento,
Y abriendo los costados las espuelas
Al caballo del mar, que iguala al viento,
Lleno de paramentos de sus velas.
Echando el otro a fondo, y siempre atento
A entender sus ardides y cautelas,
Diez y ocho ingleses que tomó pregunta,
Y el cuero y nervios con los huesos junta.

250

Al tormento confiesan los que tienen
Tan gran odio, señor, al confesarse,
Que de Plemúa con el Draque vienen,
Queriendo por su mal adelantarse,
Que los demás entonces se detienen,
Como los que pretenden ensayarse
En Canaria y su puerto, e islas, donde
Al ensayo con obras se responde.

251

Y que Francisco Draque arrinconado,
Como lo suele estar el que despriva,
Porque volvió de Cádiz arrojado
Del que acuña valor en sangre altiva.
O porque en la ciudad que el desterrado
Ulises dió su nombre, y más arriba,
Adonde tiene límite la tierra,
Tantas vidas dejó de Ingalaterra.

Ayuntamiento de Madrid

252

Sabiendo como estaba en Puerto Rico
Aquella nave y plata sin amparo,
(Aunque en el general que significo
Había esfuerzo valeroso y raro),
A Isabel, al Consejo, al grande, al chico
Hizo creer que no era el sol tan claro
Como el tomarla, si le daban gente
A la famosa empresa conveniente.

253

Y que no solamente prometía
Aquella plata, que también pensaba
Entrar a Panamá, donde podría
Sacar cuanta riqueza en ella estaba.
Con voz tan eficaz la persuadía,
Y lo imposible así facilitaba,
Que persuadida dél, y sus milores,
Le dió su gente y naves las mejores.

254

Contaban los señores del armada,
Capitanes, alféreces, sargentos,
Cual era buen consejo, y buena espada,
Estando todos al suceso atentos.
Dijeron que esforzaban la jornada
Entre sus militares parlamentos,
Don Tomás de Basbile con su hermano
Coronel y soldado veterano.

Ayuntamiento de Madrid

255

Del sargento mayor que era sobrino
Del general, Rodulfo un gran soldado,
Y del padre de aquel que ardiente vino
Por el frígido mar al abrasado,
Que ya os conté la causa del camino,
Que fué hacer a Juan Achines vengado,
Que agora sus designios efectúa,
Por la venganza de San Juan de Lúa.

256

Este arrojó, señor, llegando al puerto
Francisco de Luján con nuestra flota,
Y de ocho naves con suceso incierto,
Con solas tres el mar huyendo azota.
Vivo en la fama, y en el mundo muerto
Con la memoria desta insigne rota
Yace en San Pedro de Madrid honrado
Por general marítimo soldado.

257

¡Oh patria!, ¡cuántos hechos, cuántos nombres,
Cuántos sucesos y victorias grandes,
Cuántos ilustres y temidos hombres
De mar y tierra, en Indias, Francia, y Flandes
No sabes como digas, como nombres
Sus altas obras, ni sus vidas mandes
A los archivos inmortales fuertes
Después de sus hazañas y sus muertes!

Ayuntamiento de Madrid

258

No es falta de escritores, patria mía;
Que el Tajo, el Betis claro en sus arenas
El Pisuerga, el Genil, y el Turia cría
Cisnes que mueren, por faltar Mecenas.
Con esto se adormecen cada día
En la contemplación de las Sirenas.
Pues que tienes quien haga, y quien te obliga,
¿Por qué te falta, España, quien lo diga?

259

No se burlen las ínclitas espadas
De las humildes plumas destos Numas,
Que las que tiene agora el mundo honradas
Dios sabe que lo deben a las plumas.
¿Mas donde voy, las cuerdas destempladas,
Tan lejos del oráculo de Cumas?
Y vos, claro señor, estadme atento.
Y vos, claro señor, estadme atento.

260

Viendo don Pedro Tello cuidadoso
Lo que de sus tormentos resultaba,
Surca el piélago azul tempestuoso,
Y llega al puerto en que la plata estaba.
Pierden el ocio y el común reposo
Con el aviso de que el mar cuajaba
El Draque de sus árboles y velas,
Y no menos ardides y cautelas.

Ayuntamiento de Madrid

261

El general previene y fortifica
Con el gobernador lo necesario,
Y contra aquel Dragón defensa aplica,
Que amenazaba al pájaro Canario.
La fama, que las cosas multiplica
Con el eterno hablar del vulgo vario,
A dar aviso discurrió la tierra,
Sembrando Alecto estrépito de guerra.

262

En el Nombre de Dios previene luego,
Que a su gran diligencia lo atribuyo,
El esforzado pecho de don Diego
Capitán general, y alcaide suyo,
Defensas contra el nuevo Ulises griego:
De cuyo arbitrio y diligencia arguyo
Su ingenio, su valor, su diligencia,
Y en advertir a la Real Audiencia.

263

Responde Panamá que no vendría,
Por ser invierno, allí la armada inglesa;
Don Diego instaba, y su favor pedía,
Que de su remisión le duele y pesa.
Al Virrey del Perú la Audiencia envía,
Que de advertilla el capitán no cesa
Con las cartas del Rey: el Marqués luego
Socorre a Panamá, y ella a don Diego.

Ayuntamiento de Madrid

264

Llegó con una galizabra al puerto,
Que de regir a Chile entonces vino,
El de Soto Mayor, soldado experto,
En paz y en guerra de alabanza dino.
Era tal capitán socorro cierto,
Más que por lo que trajo de camino,
Pólvora, balas, cuerdas, y seis piezas,
Tanto en la guerra importan las cabezas.

265

Por su teniente general venía
Del Marqués y Virrey: pero la Audiencia
De nuevo al mismo don Alonso creía
Por su jurisdicción y preeminencia,
De los dos capitanes que traía
Estima la opinión y la experiencia,
Ques bien que acepto rostro signifique
A Fernando de Ocampo, y Juan Henrique.

266

Llegó el Inglés a Puerto Rico, y quiso
Hacer lo que el ladrón, que con la capa
De aquella encubridora del aviso
Toda maldad se intenta, cubre, y tapa.
Mas como no los halla de improviso,
Mal conocido del rebozo escapa,
Que cuando esperan al que intenta engaño,
Atado en el rebozo lleva el daño.

Ayuntamiento de Madrid

267

Que repartida en puestos diferentes
La tronadora y fuerte artillería,
De todos los lugares eminentes,
El pertrechado puerto defendía.
El mar a sus preguntas entre dientes
Con redoblados ecos respondía,
Y los delfines con cerúleas colas
Herían de temor las crespas olas.

268

Y porque el Inglés tósigo no entrase
Por donde siempre al cuerpo el daño toca,
Al puerto le mandaron que cerrase
Con tres navíos la garganta y boca,
Para que entre sus jarcias encallase,
Que no fuera al entrar defensa poca,
Y las cinco fragatas para abrigo,
Y dientes que mostrase al enemigo.

269

Pues ya que el manto, y el nocturno velo
Sobre los hombros del sereno día
La mar, la tierra, y el alegre cielo
De sus tinieblas frígidas cubría,
Al puerto acometió, mostrando el celo
Que de su plata próspera tenía,
Con veinte lanchas, y con mil ingleses,
Tronando los cañones milaneses.

Ayuntamiento de Madrid

270

Tal humo, y densidad los amparaban,
Que en vano de los tiros arcabuces,
Plomo, piedras, y pólvora arrojaban
Contra su flor de lises, nuestras cruces.
Mas cuando a las fragatas se acercaban,
Permite Dios, que no faltasen luces,
Porque poniendo a dos el Inglés fuego,
Sin poderlo estorbar, ardiendo luego.

271

Arde el bauprés, mesana, árbol, trinquetes
Como si fueran débiles tomizas,
Coronas, aparejos, chafaldetes,
Velas, escotas, brazas, trozas, trizas.
Brandales, racamentas, gallardetes,
Brioles, y aflechates, son cenizas,
Amantillos, bolinas, y cajetas,
Estay, obencaduras, y jaretas.

272

Ya del cabo del balde no se trata,
Porque desde la gavia hasta la quilla
El añudado leño se desata,
Y el fuego hasta las bombas aportilla.
Crece la luz, la llama se dilata,
La aguja, la bitácora, y la silla
Deja el piloto, viendo las estrellas
Del Norte, en la menor de las centellas.

Ayuntamiento de Madrid

273

¿Mas cuál suceso al que refiero iguala?
Que como la dispuesta leña ardía,
Y el sebo que en las gúmenas resbala,
Dulce materia al alquitrán ponía,
Ninguna ardiente, y furibunda bala
De las de Puerto Rico se perdía.
¡Quién vió jamás tan provechoso daño,
Ni el propio bien por el ajeno engaño!

274

Rompen del pecho láminas y planchas
Del acero grabado los mosquetes:
Vuelan los tiros cuerpos de las lanchas
Más altos que en las gavias los grumetes.
Siémbranse de la mar las ondas anchas
De plumas, y sangrientos coseletes,
Y llévanse los aires cristalinos
Brazos, cabezas, piernas, e intestinos.

275

El valor de don Pedro, y Sancho Pardo,
Y Juan Fernández Coronel, famoso,
Por otras plumas referido aguardo
Que presto os digan el caso belicoso.
Que de volver a mi intención me tardo,
Primera idea, y centro mío forzoso,
Pero digamos una cosa extraña,
Oídla por suceso, o por hazaña.

Ayuntamiento de Madrid

276

Cenando estaba un anglo caballero
Que de teniente al general servía,
Vió la luz desde el puerto un artillero,
Y a la mesa inclinó la puntería.
La vela, el blanco, el norte, y el lucero
De aquella noche a su postrero día
La bala ardiente acierta, de tal suerte,
Que quince y él, cenaron con la muerte.

277

La mesa, los manjares, los criados,
El dueño, y todo junto fué al infierno,
Donde no les faltaron convidados
En otra nave de tormento eterno.
Vuelan los platos, y los bien cargados
Frascos de Candía, Rin, Griego, y Falerno,
Hasta la sal vertió, por el agüero,
Sino es que el daño sucedió primero.

278

A cuál que no era convidado, toca
Un plato de la mesa, taza, o pieza:
A cuál entre las manos y la boca,
Le trincha la comida y la cabeza.
A cuál bebiendo la salud que invoca
Responde al brindis con mayor presteza,
Y entre el aplauso y voces diferentes,
Le rompe el brazo, taza, boca, y dientes.

Ayuntamiento de Madrid

279

Volviendo, pues, al general don Diego,
De don Pedro de Acuña, aviso tuvo
Que una fragata ha visto el Inglés, luego
Y que después entre la armada estuvo.
No le dieron, siguiéndola, sosiego,
Ni apresurando el vuelo se detuvo:
Venía de Maracaybo, y sobre el cabo
De la Vela dejaba al Inglés bravo.

280

Llegó tras esta nueva la más cierta,
Es que otra vez don Pedro le avisaba,
Que ya el armada inglesa descubierta
Los pueblos de la costa saqueaba.
Mas su riqueza en Puerto Rico incierta
Trescientas vidas y almas le costaba,
Que las pierden así como animales,
Puesto que son estotras racionales.

281

Ya la fama, el valor claro y notorio
De Juan Fernández Coronel dilata,
Don Pedro Tello, y Sancho Pardo Osorio
En defensa del puerto y de la plata,
Entra en parlamento y consistorio,
Donde el Inglés dejar la empresa trata,
Maldiciendo las llamas que descubren
Lo que las alas de la noche cubren.

Ayuntamiento de Madrid

282

De enojo desto, y no tomar el puerto,
Por su fuerte caudillo defendido,
El general de tierra quedó muerto,
Y el Draque en los dos cargos elegido.
No es el provecho de robar tan cierto
Como parece que al Inglés lo ha sido,
Oímos que llevó esta plata y esta,
Mas no las vidas y almas que le cuesta.

283

Creed, señor, que no hay adarme, o grano
Que no le haya costado treinta vidas.
Al fin de Puerto Rico sale en vano,
Vacío, y lleno de dolor, y heridas.
Anima y mueve el escuadrón britano
Con grandes muestras de valor fingidas,
Y a la villa que dió su nombre el Río
Del Hacha, parte con orgullo y brío.

284

Esta robada, a Santa Marta vuela,
Abrasa la ciudad tan mal prevista,
Mira el incendio, y hácese a la vela,
Sin dar al Bravo y Cartagena vista.
De Panamá, que su intención recela,
Para que del cosario se resista,
Con Pedro de Quiñones a don Diego
Setenta y dos soldados parten luego.

Ayuntamiento de Madrid

285

Era aquel capitán gentil soldado
En Flandes, y otras muchas ocasiones
Por hombre de valor acreditado,
Y hermano, en fin, de Antonio de Quiñones.
Que el tercio de Españoles embarcado,
Como hombre de León entre leones,
En las galeras de Oria a cargo lleva
De sus armas e ingenio, heroica prueba.

286

Ya de Nombre de Dios el atalaya
Descubre en alta mar sola una vela;
Ya dice dos, ya dice tres, ya el fuerte Amaya
Con sus setenta y dos soldados vela.
Ya por el puerto y la vecina playa
Un navío ve entrar la centinela,
Que desde el arrecife sobre el morro
Contra el orgullo inglés pide socorro.

287

Dispárale una pieza que tenía
Para este efecto y ocasión, y luego
Desde la playa la respuesta envía
Con un verso de pólvora don Diego.
De toda la demás artillería
Había hecho a Puertobelo entrego,
Por orden del Audiencia, y no quedaba
Más de una pieza, que en la playa estaba.

Ayuntamiento de Madrid

288

Esta, con una bala por lo alto
Dispara luego, y viendo el enemigo
Las dos respuestas, retiróse falto
De disciplina y militar castigo,
Y con el recibido sobresalto
De que tenía guarnición y abrigo,
Con fuerte que la entrada la resista
Al mar se alarga, y piérdese de vista.

289

Don Diego, dos escuadras forma enfrente
De cuarenta soldados, veinte envía
Al río del Factor, y al Manglar veinte,
Entradas que el Inglés tomar podía,
Quédase con el resto de la gente
En el cuerpo de guardia, aunque sabía
Que era mayor valor que resistencia
Con tan flaca ciudad, a tal violencia.

290

Ya la cándida aurora al hijo muerto
En el troyano fuego, lamentaba,
Cuando en la mar se vieron desde el puerto
Cinco velas que el alba declaraba.
No había el sol las puertas de oro abierto,
Que aún el primer crepúsculo duraba,
Cuando se vieron nueve, y luego quince,
Un marinero, de las aguas lince.

Ayuntamiento de Madrid

291

Ya el sol entre diversos tornasoles
Bordados de topacios y jacintos
Sacaba sus dorados arreboles
Sobre los horizontes ya distintos,
Cuando los desvelados españoles
En términos tan breves y sucintos
Cincuenta y cuatro velas descubrieron,
Y a la boca del puerto las diez vieron.

292

Ninguna entró, que a popa entrar pudiera
Cualquiera dellas, si el Dragón se arrisca,
Temen el fuerte, y como si le hubiera,
La vuelta van del río de Francisca.
Porque allí la demás armada espera,
Creyendo que en el cerro que se enrisca
En aquel arrecife referido,
Estaba todo el mundo prevenido.

293

Quiere reconocerle con cautela,
Antes que en él escaramuce y rife,
Y despacha con una carabela
Un ligero pataje al arrecife.
Sabe lo que es y amaina toda vela,
Y sin quedar el más pequeño esquife
Da fondo, surge en él, llega a la boca,
Y sin nombre de Dios su Nombre toca.

Ayuntamiento de Madrid

294

Guardando su ciudad está a la mira
Don Diego, con su gente en un abrigo,
Con tal constancia y libertad que admira
A la misma virtud, que fué testigo.
Dice que ha de saber quién le retira,
Y que ha de ver la cara al enemigo,
A cuantos le requieren lo contrario,
Pareciéndoles hecho temerario.

295

Acuden a la inglesa capitana
Chalupas, y bateles a consejo,
Por el vacío de la barbacana,
Del muerto general Nestóreo viejo.
Con menos alboroto en tierra llana
El Español de la milicia espejo
Replica a los consejos de su gente
Con ánimo gallardo y voz prudente.

296

El cura y comisario que tenía
Allí la Inquisición le molestaba,
Que mirase al peligro que ponía
Los Danieles que al Dragón echaba.
Y que del monte que la incierta vía
Con ásperas malezas intrincaba,
Tomase los cabellos ofrecidos,
¿Quién vió ocasión por árboles asidos?

297

Al clérigo le dice, que en su oficio,
Para todos piedad con Dios merezca,
Al oficial le obliga a su ejercicio,
Y al soldado le dice que obedezca.
El cura, por guardar su beneficio,
Porque entre los ingleses no perezca,
Fuése a la iglesia, y a la pila santa
Cavando el blanco pie, tal himno canta.

298

Estas dos barras, que de plata pura,
Y de ochocientos pesos bien pesadas,
Pila bendita, te encomienda el cura,
Sean en ti del fiero Inglés guardadas.
Ansí mil veces del traidor segura
En tus aguas benditas y sagradas
Ejercite el divino Baptisterio,
Y tú goces del olio, y del misterio.

299

Guárdala bien, ansí tus blancos bordes
Pueblen hermosas manos y madrinas,
Y destos pueblos juntos y concordes
Hagas las almas de los cielos dinas.
Ansí su manto cual de estrellas bordes,
Labradas en tus aguas cristalinas,
Pues que sin ti, y el que de dos procede,
Que Padre e Hijo son, ninguno puede.

Ayuntamiento de Madrid

300

Por el misterio que su origen tuvo,
Adonde el Jor, y el Dan, el Jordán gozan,
Y donde Elías por el agua anduvo,
Y los viejos, si es cierto, se remozan.
Y por el pozo en que Jacob estuvo,
(Adonde agora beben y retozan
Las cabras de Samaria) y él servía
Por la blanca Raquel, la negra Lía.

301

Por el mar en que Pedro, y Andrés fueron
Pescadores de peces y de almas,
Por la Piscina Santa en que sufrieron
Tantos pobres sin nombre inciertas calmas.
Por la fuente en que al niño Jesús dieron
Sombra los Serafines y las palmas
Mientras María sus camisas bellas
Lavaba con sus manos como estrellas.

302

Por la fuente de Oreb, que vió crecidas
En Rafidín sus aguas y cristales.
Por la mar de Tiberia, en que dormidas
Iban aquellas luces celestiales.
Por las aguas que en vino convertidas
Al acabar las hidras fueron tales,
Por las que divididas se apartaron,
Cuando los montes del Jordán saltaron.

Ayuntamiento de Madrid

303

Por la fuente del huerto de Susana,
Por el Cedrón que mereció la puente
Que pasó de este mar la gente humana
Al puerto de la gracia, al nuevo Oriente.
Por todo, en fin ¡oh pila soberana!
Pues dragón es lo mismo que serpiente,
Y eres de la primera azote y fuego,
Guarda las barras que te doy y entrego.

304

Esto diciendo, las abraza y mira,
Y como si dos hijos enterrara,
Pálido sepultándolas suspira,
Quitándoles al réquiem la luz clara.
Don Diego en tanto que el Inglés aspira
A entrar en la ciudad, piensa, repara,
Intenta, traza, elige, y considera,
Y no habiendo remedio, al fin espera.

305

Un mulato, perdónenme si quieren,
Algunos que hay de su color honrados,
Que en fin los que lo son, como lo adquieren,
Por su virtud merecen ser loados.
Que los que salen tales, no difieren
De hidalgos bien nacidos y enseñados,
Más que en haberles dado el sol más fuerte
En el común camino de la muerte.

Ayuntamiento de Madrid

306

Este, que Andrés (gran Príncipe) se nombra,
Y Amador, aunque ingrato, se apellida,
Con arco y flechas al contrario asombra,
Jurando aventurar por Dios la vida.
Pero no hay que fiar de viento y sombra,
Ni de madera de álamo teñida.
Que cuando aquesto jura, él mismo piensa
Mostrar la entrada donde no hay defensa.

307

De cuentas gruesas un rosario al cuello
Trae por banda el Olfos de Etiopía,
No sé quién fía un átomo, o cabello
De hipocresía, o santidad impropia.
Con muestras de rezar, o de ofrecello
Por el remedio de su gente propia,
Pasaba el oloroso calambuco,
Sino era acaso de Escatior tahuco.

308

Hombre que va rezando por la calle,
Con reverencias a cualquier distancia.
Hombre de risa falsa, con mal talle,
Que huye en falta, y sirve en abundancia,
Dice que hablalle bien, y no fialle,
Es de su cambio la mejor ganancia.
Pasóse Andrés al Draque en acabando
El rosario que veis que va rezando.

Ayuntamiento de Madrid

309

A las señas que hizo, dos bateles
Salen por él, y llévanle a la armada,
Donde con pensamientos infieles
Alentó la ocasión de su jornada.
¡Oh palabras de bárbaros crueles,
Y malicia de esclavo ejecutada!
Ya forma el Draque en Lanchas su teatro,
Que fueron con la suya veinte y cuatro.

310

Camina a la zabana con la guía,
Donde otra vez la pieza le disparan.
Revienta y hiere el hierro el agua fría,
Cuyo grave furor las ondas paran.
Salpicando la lancha en que venía,
La suya y todas con temor reparan,
Que al cobarde la sombra le alborota,
Mas luego vuelve, y sigue su derrota.

311

Y previniendo, en fin, con más cuidado,
Si estaba de emboscada prevenido,
Cien negros echa a discurrir el prado,
Que del Río del Hacha había traído.
Don Diego para ver como soldado
Si el estrépito, voces, y ruido
Era como la fama le pregona,
Acerca al enemigo su persona.

Ayuntamiento de Madrid

CANTO V

RETIRÁNDOSE DON Diego al camino de Panamá, después de haber muerto algunos ingleses, entra Francisco Draque en Nombre de Dios con mil y quinientos hombres; que hallando la ciudad desierta, roban las chozas y buhíos, discurriendo el monte

312

YA por el prado o la zabana verde
Marchando viene el escuadrón formado,
Que de las cajas el compás no pierde,
Más que de acero, de soberbia armado.
No hay eco en tierra o mar, que no concuerde,
Poniendo bríos al menor soldado,
Para que alegre y arrogante marche
Con el acento que despide el parche.

Ayuntamiento de Madrid

313

Con diez banderas de color tendidas
Mil y quinientos hombres juntos vienen
Contra setenta y dos honradas vidas
Que a su Nombre de Dios en guarda tienen.
Mas, aunque para ser tan bien vendidas,
El ánimo español, y armas previenen;
Los despojos, y prendas femeniles
Néstores vuelven los setenta Aquiles.

314

No tienen cerca ni trincheas hechizas,
Ni munición, ni fuertes baluartes,
Ni casas de armas, porque son pajizas,
Y descubiertas por diversas partes.
Basta para volverlas en cenizas
Sin mina, estratagema, ardides y artes,
Un taco ardiente de arcabuz deshecho,
Como la seca paja en el barbecho.

315

Vista su furia, y vistas las razones,
Que todos por su bien ruegan que mire,
Manda don Diego a Pedro de Quiñones
Que tome la vanguardia y se retire.
Porque en tan desiguales escuadrones
La temeraria presunción no admire,
Recoge del lugar la pobre gente,
Como suele el pastor que el lobo siente.

Ayuntamiento de Madrid

316

Ya que de la ciudad la flaca entrada
Tiende el inglés, y el español la pierde,
Dióle con una carga y rociada
La bienvenida, porque dél se acuerde.
Midieron dos ingleses la portada,
Tiñendo de su sangre el campo verde.
Que no ha de entrar a que su gente oprima
En el Nombre de Dios quien no le estima.

317

Ya que escaramuzando van subiendo
De Panamá por el camino, miran
Dos escuadras de ingleses, presumiendo
Atajar los que al monte se retiran.
Guiólos el traidor mulato, haciendo
Contra su mismo Rey cosas que admiran;
Que estrella tan nublada no podía
Sino a gente sin Dios servir de guía.

318

A dos mangas de tanto arcabucero
Con sus doce soldados sale Amaya,
Viendo al falso Amador venir primero
Que del griego Sinon pasó la raya.
También por imitar su engaño fiero
Otro Alberto de Ojeda, el brazo ensaya
Que con años setenta, fué tan ciego,
Que al Draque se pasó, contra don Diego.

Ayuntamiento de Madrid

319

Y como dañe tanto el mal consejo
Del que es ladrón de casa ejercitado,
Más que si por los años diera el viejo
Otros tantos soldados fué estimado.
Mirándose el inglés en este espejo
De todos los peligros avisado,
Tan de veras le amó, que en esta empresa,
Le dió lugar en su consejo y mesa.

320

Cantero fué el autor desta cantera,
Que de San Juan de Lúa había venido;
Donde el mayor del edificio era,
Y que al Nombre de Dios vino perdido.
Quejábase del César que pudiera
Haber remunerado y conocido
Sus servicios y gastos, que esta queja
Contento al noble, con tenerla deja.

321

Sola aquella increada providencia
Puede acudir al mínimo gusano,
Al pequeñuelo pez, a la influencia
De humor de vida en yerbezuela, o grano.
Que un rey con su cuidado, ingenio y ciencia,
Que en fin ha de tener límite humano,
¿Cómo puede acudir a tantas quejas
Si no puede un pastor a treinta ovejas?

Ayuntamiento de Madrid

322

Vuelvo a los doce que contaba, y digo,
Que con tanto valor acometieron,
Que cinco ingleses pierde el enemigo,
Y que a don Diego un solo negro hirieron,
Tan cerca estaba para ser testigo
De la poca venganza que tuvieron,
Que el rostro, y armas, que a su pecho aplica,
La sangre del balazo le salpica.

323

Piensan que estaba herido, y el mancebo
Animoso los honra, y los anima:
Mas viendo que cargando van de nuevo,
La perdición de todos le lastima.
Ya los miraba en lo más alto Febo
Para ofrecelles el laurel que estima,
También don Diego estaba en lo más alto
Lleno de esfuerzo, y de remedio falto.

324

Mira la gran pujanza del Britano,
Y el bien del retirarse considera,
Como el león que sigue el africano,
Que no viéndole huye, y visto espera.
Pues como al fin trujese el viento vano
Con fuertes ecos la tremenda y fiera
Voz de las balas, luz de los reflejos
Al capitán Quiñones desde lejos.

Ayuntamiento de Madrid

325

En el peligro grande sospechando
Que don Diego quedaba, ansí les dice
A los que entonces van imaginando,
Que el aire los detiene, y contradice:
¿Consentiréis que mueran peleando
Donde su nombre y fama se eternice,
Los doce de la fama, y que esta afrenta
Nos llame de la infamia los setenta?

326

Volved, volved, y no permita el cielo
Que de españoles tal crueldad se diga,
Que la ignorancia no dará consuelo
A quien el son de la batalla obliga.
¿Permitiréis que cubra sangre el suelo,
Y que digan, que siendo tan amiga,
De doce que murieron, van ligeros
A Panamá setenta mensajeros?

327

Ansí decía, pero nadie hablaba,
De suerte que el buen Pedro ya quería
Cortar alguna oreja que escuchaba
Con hebrea e indigna cobardía.
Con la espalda volverlos intentaba,
La espada menos que la voz podía,
Solos diez le siguieron, que diez fueron
Los que morir, y no sufrir quisieron.

Ayuntamiento de Madrid

328

Hallóle con el lodo a la rodilla,
Que haciendo alto resistir se quiere,
Mas los diestros del monte hasta la orilla
Del río le aconsejan que no espere.
Al parecer común el suyo humilla,
Que en siendo conveniente le prefiere,
Porque entre las espesas arboledas
La guía es negra, y blancas las veredas.

329

Y habiendo todo el día sustentado
A plátano por hombre (fruta indiana),
En el río descansa, más cansado
De esperar el suceso y la mañana.
Entra el inglés en la ciudad airado,
Desierta, sola, despoblada y llana;
Toma aposento en lo mejor que había,
Que el eco sólo huésped respondía.

330

Van a la iglesia, y como suelen, hacen,
Que no creáis que lo caído adoban;
Que las bárbaras leyes con que nacen
Nunca por miedo del castigo innovan.
La codicia en los Santos satisfacen,
Y aunque poco dejaron, eso roban;
Que a imitación del gran Jacinto el cura
Dos custodias de Dios llevar procura.

Ayuntamiento de Madrid

331

Sacó del fiero incendio luterano
El sagrario del Santo Sacramento,
Y una imagen de hermosa talla y mano,
Las dos arcas del Nuevo Testamento.
Y para ser cristífero troyano,
Un Crucifijo lleva, con intento
De no fiar (aunque la plata entierra),
Lo mejor de los cielos a la tierra.

332

La imagen, pues, de aquel penate en pena
Cristo en la cruz, y de la Virgen Santa
De tantas gracias y excelencias llena,
Que al cielo admira, y a la tierra espanta.
Aquella sierpe en la cruzada entena
Y la que Salomón celebra y canta,
Dejó (dejando Febo su horizonte),
En lo hueco de un árbol en el monte.

333

Y llorando mejor que con las barras,
Dijo a la Cruz así: Lagar divino,
De los racimos de las verdes parras
Que sólo el mismo Dios a pisar vino.
Nave de cuyos árboles y amarras
Pende la vela, a quien el viento indino
De tocar en la vida el cuerpo santo
Obedeció en el mar, y temió tanto.

Ayuntamiento de Madrid

334

José vendido, Isaac santo obediente
Al padre hasta morir cordero muerto,
Al principio del mundo fuego ardiente,
Que ha subido a su esfera y centro cierto.
Moisén orando, capitán valiente,
Pelícano de amor el pecho abierto,
Emperador que sobre el hombro tuvo
Su Imperio, y como Atlante lo sostuvo.

335

Muerto León con el panal sabroso,
Arpa contra el demonio que refrenas
Con tres clavijas, cuyo son piadoso
Se hizo con las cuerdas de tus venas.
Yedra divina en álamo frondoso,
Mejor que la que tuvo en las arenas
Del mar, Jonás, pues nunca tú perdiste
Las hojas verdes que una vez tuviste.

336

Serafín de Esaías de seis alas,
Que cinco llagas tienen descubiertas,
Escala de Jacob que el cielo igualas;
Bandera blanca que la paz conciertas.
Llave de Cruz de las supremas salas
Que para abrirnos sus intactas puertas,
Con óleo de tu sangre estás untado,
Vestido de José, Cordero asado.

Ayuntamiento de Madrid

337

Hostia, altar, sacerdote, precio, prenda,
Piedra angular, Dios fuerte, luz, victoria,
Trigo, león, Emanuel, ofrenda,
Virtud, Divinidad, honor y gloria,
Pastor, juez, sol, vida, verdad, senda,
Libro escrito con sangre, a cuya historia
Quitó los sellos el Cordero tierno,
Consejero admirable, sabio, eterno.

338

Aquí quedad, que otro José no pudo
Ofreceros mejor labrada piedra
Que el pardo hueco deste tronco rudo,
Que de octavo milagro el nombre medra.
En este Mausoleo, para escudo
Deste roble serán mis brazos yedra:
Mirad, señor, que dentro de tres días,
Os vuelven a tocar las manos mías.

339

Si un pino, si un laurel alma tenía,
Y esto la antigüedad tuvo por cierto,
Tened, árbol dichoso en este día,
Un vivo eternamente, y en Cruz muerto.
Y vos, divina y celestial María,
Ciprés, fuente, laurel, plátano, huerto,
Oliva, cedro, lirio, rosa, y palma,
También en éste quedaréis por alma.

Ayuntamiento de Madrid

340

Mirad, Señora, que hay enemistades
Para siempre, entre vos y la serpiente,
Que ansí lo dijo Dios, cuyas verdades
Son más firmes que el cielo eternamente.
Si vuestras plantas para mil edades,
Y mil sin fin han de pisar su frente,
Pisad este Dragón, pues que se atreve,
A vuestros pies, más cándidos que nieve.

341

¡Oh!, estrella de Jacob, sol en quien puso
Su aliento el Sol, que en vos su lumbre encierra,
Fuerte mujer, que al oro se antepuso
Su precio de los fines desta tierra.
Paloma en nido de la piedra incluso,
Iris, oliva y paz de nuestra guerra,
Tú que hiciste en el cielo humildemente
Que saliese la luz indeficiente.

342

Arca, cerca, flor, vara, vellocino,
Trono de Salomón, purpúrea rosa,
Al sol intacto, vaso cristalino,
Virgen santa, Abisag, Raquel hermosa,
Fuerte ciudad del Príncipe divino,
Judith valiente, Abigail piadosa,
Puerta Oriental que Ezequiel decía,
Y que varón ninguno la entraría.

Ayuntamiento de Madrid

343

Vos, Señora divina, a quien fué dada
Del Líbano la gloria, y del Carmelo
La hermosura, que tanto al cielo agrada
Aqueste tronco transformado en cielo,
Estrecho Josafat, corta posada,
Pequeño Nazaret, rústico suelo,
Betlehemítica entrada, aunque divina,
Honrada de la Virgen Palestina.

344

La gente popular también había
La imagen de aquel mártir reservado,
Que a Diocleciano capitán servía,
Y fué de los dos Césares privado.
Aquel que al Hipodromo trujo un día
Después que de las flechas fué curado.
Donde rindió ganando eterna palma,
Más al azote que a la flecha el alma.

345

Sepulta, en fin, a Sebastián la gente,
En lo que el tiempo de los troncos cava,
Mientras el fiero bárbaro inclemente
El resto de la iglesia acuchillaba.
Era el retablo de un pincel valiente,
Donde el Calvario figurado estaba,
Cristo, su Madre, y Juan (¡qué tres divinos!)
Y bueno el cuarto, que lo fué Longinos.

Ayuntamiento de Madrid

346

Tiembla la mano, Melpómene llora,
Fáltame voz, que la garganta añuda,
Para decir, Filipo heroico, agora
Lo que tan solamente el llanto ayuda.
¡Oh! mano de los Angeles autora,
Aquella infame de piedad desnuda
Os vuelve a herir, y permitís que sea
¡Incrédula y cruel como la Hebrea!

347

Diréis que para vos no es esto nuevo
Ni por el hombre la primera hazaña.
Eclipsaos otra vez, rayos de Febo,
Y diga que es Dionisio cosa extraña.
Basta la sangre que a esas llagas debo,
Cordero humilde, que al tondente baña
Virgen, otro dolor: ¿otra vez Padre
Del cielo dais a Juan a vuestra madre?

348

Las puertas del retablo con la historia
De Bárbara divina guarnecían
Del Calvario de Cristo la memoria,
Que los hombres de nuevo en cruz ponían.
Pintaron del martirio la victoria,
Porque por abogada la tenían
Contra las tempestades y aguaceros,
De aquella tierra horrísonos y fieros.

Ayuntamiento de Madrid

349

Cortaban del divino rostro bello
Los bárbaros de Bárbara, a Dios coro,
Imitando en cortar su hermoso cuello,
Su Filicida padre, escita, o moro.
Tal la pusieron desde el pie al cabello,
Con tal codicia y sed de plata y oro,
Que la moldura y guarnición rompían.
Y el oro sin provecho deshacían.

350

No hallando qué robar a gusto dellos,
Desnudan con la espada los pintados,
Ella Bárbara en nombre, en obras ellos,
Quedaron de ser bárbaros pagados.
¿Esto podéis sufrir, Angeles bellos,
O los que estáis del cielo desterrados?
Mas, ¡oh bondad de Dios!, que aún ver querías
Si pudieras mover algún Josías.

351

Como la pila del bautismo vieron
De mármol blanco cándida y lustrosa,
Llevarla a sus navíos pretendieron,
Que fué del cura lástima espantosa.
Apenas por los pies la descubrieron,
Cuando las barras de la plata ociosa
Resucitaron con aplauso y risa,
De los que la ganaron más aprisa.

BIBLIOTECA MUNICIPAL MADRID

Ayuntamiento de Madrid

352

Pues si lo bien ganado luce y dura,
Como era aquello en misas y sufragios,
¿Qué espera quien lo lleva en aventura
Entre tantas fortunas y naufragios?
Pila que tantas almas asegura
De las paternas culpas y contagios,
Por las manos, y voz, oficio, y uso
Del que sus barras en las vuestras puso.

353

¿Cómo perder pudistes el respeto
A sus conjuros?, que de aquella suerte
Decir podrá que encomendó el secreto
Al agua y viento, que se va y se vierte.
Algo de esto tenéis, pero en efeto
El agua era bendita, el mármol fuerte:
La estatua parecéis de la Escritura
De barro el pie, que el barro poco dura.

354

¡Ay! del que en tierra sus secretos fía
Tierra que dijo al cielo, yo prometo,
De no tener secreto, que algún día
No le descubra con notable efeto.
Dinero que se guarda en alcancía
Está más junto, pero no secreto.
Así cantan la falta del Rey Midas
Las cañas del secreto mal nacidas.

Ayuntamiento de Madrid

355

Faltando qué robar en templo, o casa,
Guiados de la noche, del mulato,
Con su fiera codicia al monte pasa,
Como quien de su casa sabe el trato.
Con red le corre, y discurriendo abrasa
Cuanto les muestra su ventor ingrato
De ropa oculta, y de escondidos líos
Por cuevas, ramas, chozas, y buhíos.

356

Hallan a Sebastián mal escondido,
Las saetas del pecho desclavadas
En el hueco del árbol referido,
Y fué yunque otra vez de sus espadas.
No suele, de los Cíclopes herido
Escupir las centellas inflamadas
El tierno hierro al mismo que martilla,
Como del bulto la rompida astilla.

357

Más estupendo es este sacrilegio
Que el robo de los vasos significa
La mano y letras del convite regio
Del templo santo que Esdras reedifica.
Con este victorioso privilegio
Que a la guerra de bárbaros se aplica
Llegaron a una choza los ingleses,
Hecha de las reliquias de las mieses.

Ayuntamiento de Madrid

358

En ella estaba una mujer hermosa,
Con el valor de España por espejo,
De su indispuesto esposo recelosa,
Y de la vida de su padre viejo.
Entra la escuadra entonces victoriosa,
Como siguiendo al tímido conejo
Por los vivares de diversas quiebras
Suelen las veneníferas culebras.

359

Y como ya tragados los gazapos,
Salir apenas pueden de la cueva,
Así de joyas, líos, ropas, trapos,
Cargado cada cual el pecho lleva.
Ya de dragones los convierte en sapos,
Comiendo tierra la serpiente de Eva;
Que como en tierra de platero, a bulto
Imaginan que llevan oro oculto.

360

La mísera española enternecida,
Entre el enfermo esposo y viejo padre,
Mira la furia bárbara encendida,
Sin ver remedio que a impedirla cuadre.
Y a dos hijuelos tiernamente asida,
De que era apenas medio lustro madre,
Los apretó con un abrazo estrecho,
Pensándolos guardar dentro del pecho.

Ayuntamiento de Madrid

361

Llegan furiosos a buscarle el oro,
Con las desnudas puntas señalando
El pecho donde estaba su tesoro,
En dos tan tiernos ángeles llorando.
Como están al furor del Euro, o Coro
Las hojas de los álamos temblando,
Así temblando, en hielo están deshechos
Cabellos, manos, pies, niños, y pechos.

362

Y como el hielo que del sol tocado
Deshaciendo se va si un rato asiste,
Ansí de todos al furor soldado
El hielo se desata en llanto triste.
Al tierno niño en lágrimas bañado
Le parece que el pecho le resiste:
Y afirmando la frente abrirle piensa,
Para esconderse en el de tanta ofensa.

363

El otro, sin volver donde le impelen
Las manos de los bárbaros perjuras,
A quien las carnes cándidas no duelen
Imprimiendo en su cera estampas duras.
Como en la hierba las perdices suelen
Pensar que están de quien las ve seguras,
Todo mientras la madre les responde,
En el camino de marfil se esconde.

Ayuntamiento de Madrid

364

Para buscar las joyas inclementes,
Como de Herodes los ministros duros
Arrojan los muchachos inocentes
De los pechos que tienen por seguros,
Descúbrense las dos hermosas fuentes,
Vertiendo perlas y cristales puros,
Con sola aquella joya de gran fama
Que el pecho honesto en la mujer se llama.

365

Pregúntale que dónde están guardadas,
Responde que no tiene más que aquellas
Que arrojan por el suelo despreciadas,
Y las espera el cielo para estrellas.
Y con las manos puestas, y bañadas
En fino aljófar las mejillas bellas,
Ansí les dice y mueve con sollozos,
Que era gallarda, y los ingleses mozos.

366

Soldados, si de Dios tenéis noticia,
Que no hay bárbaro alguno que le niegue;
Y si el justo temor de su justicia
No hay alma tan remota a quien no llegue,
No os ciegue tanto aquí vuestra codicia,
Puesto que a todos los soldados ciegue;
Que toda mi riqueza es estas vidas,
Que en estos brazos son oro de Midas.

Ayuntamiento de Madrid

367

No tengo yo más plata que el cabello,
Y blanca barba de ese viejo anciano,
Allí podéis las manos henchir dello,
Que desde que aquí estáis está más cano.
No tengo yo más oro en pecho y cuello
Que aquel primero bozo de mi hermano:
Hermano dijo, viendo que ofendido,
Estaba en esto el nombre de marido.

368

Estos dos serafines son mis perlas,
Que ya de aquellas lágrimas se forman;
Estas tomad, mas no queráis cogerlas,
Que sólo con mi nácar se conforman.
Si ocultas presumís que he de tenerlas,
Los que de nuestras casas os informan,
Y ese Andrés Amador que os ha traído,
La hacienda os contarán de mi marido.

369

Por la Reina del cielo, que bendita
Han de llamar por fuerza las naciones,
Desde el Negro abrasado al blanco Escita,
Y de la Equinoccial a los Triones.
Aunque la fiera vuestra resucita
De Eladio las infames opiniones,
Que permitáis que críen estos pechos
A quien os pague cuando grandes, pechos.

Ayuntamiento de Madrid

370

Que si es preciso hado que esta tierra
Y la demás que a su comarca alinda,
Pague tributo injusto a Ingalaterra,
Bien es que crezca quien le pague y rinda.
Dió el cielo a España de Africa la guerra
Por el pecado o fuerza de Florinda,
Si muzárabes fueron sus cristianos,
Dracárabes seremos los indianos.

371

Fama tenéis de blandos y piadosos,
Venciendo el apetito la osadía,
No como algunos piensan virtuosos,
Porque nacido habéis en tierra fría.
Vencidos, quedaréis mas victoriosos,
Creciendo vuestra gloria la voz mía.
Mirad lo que os obliga a tal victoria,
Dios, niño, viejo, hermano, madre, y gloria.

372

De diez que eran, los cinco se movieron,
Fuéronse aquéllos, y éstos se quedaron,
Donde a la dama de comer pidieron,
Y allí tener la fiesta decretaron.
Juntos al triste esposo y padre fueron,
Y de unos traspontines los sacaron
En que pasaban (o furor impío),
El uno la calor, y el otro el frío.

Ayuntamiento de Madrid

373

Es por extremo aquella tierra enferma,
Por los ríos y el mar que se le arrima,
O por estar de casas altas yerma,
O por quererlo el riguroso clima.
Pues para que se coma a gusto y duerma,
Al viejo, que nombrándole lastima,
Atan por las espaldas con su yerno
A un tronco duro, y más que todos tierno.

374

Ligan las manos flacas y arrugadas
Con las robustas del mancebo esposo,
Con cuerdas de arcabuces, empleadas
Siempre en acto mortal y riguroso.
Dejan las armas luego, y las espadas,
Y tratan del comer, y del reposo:
Este degüella el ave, aquél la pela,
O saca especia y sal de la escarcela.

375

Cuál junta leña, y con la cuerda haciendo
Un camino de pólvora debajo,
Va las serojas secas encendiendo
Con poca llama, y con menor trabajo.
Resuena el blando humor del ramo, ardiendo
Escureciendo el humo el techo bajo,
Y cuál espeta en la cobarde espada,
El ave recién muerta, y mal pelada.

Ayuntamiento de Madrid

376

Cuanto mejor sus armas empleadas
Están de Baco en tales oficinas,
Porque en efecto en ellas espetadas
Estaban en su centro las gallinas.
Las manos de la dama delicadas
Sacándoles las obras intestinas
A las que restan, de lavar se encarga,
Con agua de sus lágrimas amarga.

377

Pone la mesa, y siéntanse los cinco,
A no dejar salud que no brindasen,
Poniendo para premio de oro un brinco
A los que más gallardos celebrasen.
El viejo triste que a morir propinco,
Teme que el cuello míseros le pasen,
Con voz trémula y baja, al yerno dijo:
¿Qué furia es esta de desdichas, hijo?

378

En el lugar donde nací, no creo,
Que nacieron los hombres con dos caras
Porque su hidalgo trato, y su deseo
Mostraba en una frente líneas claras.
Cuando seguras mis espaldas veo,
Que en fin puedo decir que las amparas,
Es cuando temo despedir la vida,
Rota la cárcel en que vive asida.

Ayuntamiento de Madrid

379

Por mí ya no me pesa, que en fin llego
De mi camino al término ordinario,
Y sólo sirvo de ocupar el fuego,
O la mesa a su tiempo necesario.
De ti me pesa, mas si mueres luego
A las manos del pirata cosario,
Que eres ya padre de mi hija, y nietos,
Y mío (no en la causa), en los efetos.

380

No pensaba este tronco que pudiera
Llevar a un tiempo verde y seco el fruto,
Ni que regado con la sangre fuera
De aquellos a quien dió siempre tributo.
Si cuando el alma de temor se altera,
(Aunque estar de esta Física disputo)
Huye el humor de la cuartana, hoy quedo
Libre del mal, que yo confieso el miedo.

381

Si mis robustas manos desatadas
Como solía, padre amado, viera
(Responde el joven fuerte), y las espadas
Del mundo opuestas a mi pecho viera,
Yo sacara tus canas respetadas
Sobre mis hombros, deste incendio, y fuera
Otro piadoso Teucro en la partida,
Con esos dos penates de mi vida.

Ayuntamiento de Madrid

382

Pero de aquella cuerda reprimido
Que a ti me liga, estoy rompiendo el suelo,
Como novillo al primer yugo asido
Levanta de los pies el polvo al cielo.
Mas siendo destos Angeles oído,
(A cuyo tribunal divino apelo)
El tierno llanto en él, no pongo duda,
Que alguno dellos por los dos acuda.

383

Ansí lloraban, cuando en risa y fiesta
Los tiene a todos en el campo Elisio
La ambrosía bacanal de la floresta
Del que la antigüedad llamó Dionisio.
Ganóse el brinco de la dulce apuesta
Uno de todos alemán, o frisio,
Mas descuidados todos de su dueño
Cansancio y vino los sepulta en sueño.

384

La dama sale, y como lleva el oso
Por los campos de Misia las colmenas,
Cargada de sus hijos va a su esposo,
Río de olvido de sus largas penas.
Desliga el viejo padre temeroso,
Volviendo sangre a las heladas venas,
Y de común consejo los tres luego
A la casa de paja ponen fuego.

Ayuntamiento de Madrid

385

Arde la seca fábrica reosa,
De los ahumados pinos, y la paja,
De los frascos la pólvora espantosa
Enciende y crece con mayor ventaja.
Cae la fácil máquina y reposa
La empinada techumbre, y amortaja
Los cinco, a quien entre abrasados leños,
Diversos frascos dan diversos sueños.

386

En tanto, los demás van discurriendo
Por una y otra parte la montaña,
Los árboles cortando, y deshaciendo
Del alto pino hasta la humilde caña,
Llegó la voz intrépida diciendo,
Que allí no ha de quedar plata de España
Sin que rinda al Inglés fruto en dinero,
A la choza de un mísero tendero.

387

Con su mujer e hijuelos escondido,
Por no desamparar su pobre casa,
Estaba temeroso y encogido
Cuando el furor de los soldados pasa.
Y como entre la cáscara del nido
(Al mismo dueño por extremo escasa)
Se esconde el caracol cuando le toman,
Ansí los dos se esconden y se asoman.

Ayuntamiento de Madrid

388

Pero entrando el buhío como arpía,
Lo poco que tenían saquearon,
Y discurriendo por diversas vías
De algunas llaves un manojo hallaron.
¡Oh villano!, le dicen, si tenías
Tanto oro que guardar, ¿dónde quedaron
Los escritorios y arcas?, ¿cómo agora
Te finges pobre, y tu mujer nos llora?

389

Negaba el desdichado, pero en vano;
Aunque su oficio y tienda les decía,
Que desnudo al furor del luterano
Mostraba la inocencia que tenía.
Pretina, cuerda, vara, soga y mano,
Le labraron las carnes de ataujía,
De suerte que al salir de las veredas
Quedó cual Salomón, partido a ruedas.

390

Con su mujer el sacristán estaba
En otra choza, tímido y medroso,
Y sintiendo que el bárbaro llegaba
Se descolgaba al monte presuroso.
A discreción de Marte la dejaba,
Con Venus el astrólogo piadoso,
Y cubierto con una y otra rama
Hacía como liebre oculta cama.

Ayuntamiento de Madrid

391

Desnúdala un inglés la vez primera,
Y déjala un vestido razonable;
Vuelve el amante, y al segundo espera
Con rostro amilanado y lamentable.
Y en sintiendo otra vez la escuadra fiera
Húyese como anguila deleznable
De las trémulas manos de la triste,
Que por los dos al bárbaro resiste.

392

Este la desnudó lo que le había
La piedad del primero concedido,
De suerte que la triste parecía
La compañera del primer marido.
Volviendo el sacristán como solía,
Halló del templo el velo dividido,
Robados los altares de su pecho,
Y la pila del agua sin provecho.

393

No descansaba apenas el aliento,
Cuando siente otra vez la gente fiera,
Deslízase furioso más que el viento,
Como el que al toro con la capa espera,
Que viendo el curso que miraba atento,
A brincos abrazando la barrera,
Sólo cuidando que la vida escapa,
Deja por menor pérdida la capa.

Ayuntamiento de Madrid

394

Pues como hallasen la mujer desnuda,
Una negra cautiva la llevaban,
Ella a sus pies movió la lengua muda,
Que ya las sinrazones desataban.
Esta, les dijo, que mi afrenta ayuda,
Cuyas manos me sirven, guisan, lavan,
Por las llagas de Cristo eterno y fuerte
Que no me la llevéis, o me déis muerte.

395

Caso notable, fuerza milagrosa,
Que el uno respondió de los britanos:
Dejarte la cautiva es justa cosa
Por esas llagas, pies, costado, y manos.
Y la boca perjura y rigurosa
(Blasfema de católicos cristianos),
Pidiéndole un rosario que tenía
Puso en la Cruz que a lo último pendía.

396

Besándola mil veces se le vuelve,
Dejando las dos damas, negra, y blanca,
Que cada cual en lo que halló se envuelve
Mientras el fiero inglés el monte arranca.
¡Oh! sangre que nos limpia y nos absuelve,
¡Oh! condición de Dios hidalga y franca,
Nunca de redimir dejaste al hombre,
Allí vertida, con sólo el nombre.

Ayuntamiento de Madrid

397

¡Oh! llagas, más que el sol fúlgido bellas
Del César Cristo, Redentor del suelo
Que entró donde ninguno entró con ellas,
Sino es el que bajó del mismo cielo.
¡Oh! rubíes que admiran las estrellas,
Aunque tiñen la púrpura del velo,
¿Qué mucho que nos diese tantas gotas,
Quien tiene para dar las manos rotas?

Ayuntamiento de Madrid

CANTO VI

RETIRADO DON DIEGO a la sierra de Capira, le va siguiendo con novecientos ingleses el coronel don Tomás Basbile. Y quedando el Draque en la ciudad, procura la amistad de los negros de Santiago del Príncipe; uno de los cuales mata al sargento mayor sobrino suyo

398

DE las tinieblas del oscuro Ocaso
Desatando al cabello el negro enredo
Salta con veloz e incierto paso
La madre del silencio, sueño y miedo;
Cuando dudoso del siniestro caso,
Y en esta incertidumbre firme y quedo,
Don Diego a recoger la gente envía
Que en las estancias derramada había.

Ayuntamiento de Madrid

399

Que puesto que a los viejos retiraba
Con más piedad que de sus propios daños,
Cautivo por enfermo le quedaba
Uno dellos de más de cincuenta años.
Francisco Cano el viejo se llamaba,
Que fué de aquellos bárbaros extraños
Llevado al general a que informase
Por dónde a Panamá su gente pase.

400

Conocido de Ojeda, al Draque dice
Que es arriero, y del camino experto,
Pero, viejo leal, le contradice,
Que no pasó jamás el monte incierto.
Y para que mejor desautorice
La confianza del traidor Alberto,
Dice que era también del mismo oficio,
E iguales en el trato y ejercicio.

401

Mas como de ver hombres mal nacidos
No se maravillaba él, que lo era,
Y de los semejantes conocidos
Es la amistad más llana y verdadera.
No fueron sus remedios admitidos,
Mándale que el camino enseñe, o muera,
Sólo el Real confiesa el viejo honrado,
A morir y callar determinado.

Ayuntamiento de Madrid

402

Ya el rojo y claro padre de Faetonte
Los caballos con ágil movimiento
Sacaba a discurrir nuestro horizonte
Vertiendo espuma de oro y luz de aliento,
Cuando de las estancias de aquel monte
Narváez, alférez, y Ramón, sargento,
Vuelven de recoger por varios cabos
Niños, hembras, decrépitos y esclavos.

403

Al más cercano platanal envía
Seis hombres el de Amaya por sustento
Que sólo de esta fruta ser podía,
Pero volviendo, imitando al viento.
Porque por él de ingleses discurría
Según su miedo, un número sin cuento;
Crece la hambre, y mengua la paciencia,
Ver tan remisa la avisada Audiencia.

404

A quien el general con un soldado
Una carta envió del enemigo
Que le trajo un cautivo en que ha mostrado
Deseos de tenerle por amigo.
Y que por fama le es aficionado,
Y porque fué de su valor testigo,
Midiendo en tan honrosa retirada
No sólo el arcabuz, pero la espada.

Ayuntamiento de Madrid

405

Y que nunca después que era soldado
Había visto a capitán ninguno,
Retirarse mejor, ni más honrado,
Y que pudiera dar envidia a algunos.
Mas que habiendo de paz desembarcado,
Y no como otras veces importuno,
Que debiera esperarle, y que pudiera,
Pues alzó por señal blanca bandera.

406

Que se viese con él o que enviase
Para tratar negocios de importancia,
Con quien por su persona los tratase,
Pues era tan pequeña la distancia.
Don Diego, con temor que le engañase,
El juramento griego y paz de Francia
Ni estima, ni responde a sus razones,
Si no despacha a Pedro de Quiñones.

407

Parte con veinticinco arcabuceros
A recoger la gente por las huertas,
Donde emboscados los ingleses fieros
Estaban con las armas encubiertas.
Pasando el río, sienten los primeros,
Que el alma rompe al corazón las puertas,
Ven la celada, y descubierto el robo,
Como en las zarzas el ganado al lobo.

Ayuntamiento de Madrid

408

En orden ven las cajas y banderas,
Que tocaron al punto que los miran,
Y dando buena carga en las primeras,
Honradamente de ellos se retiran.
Viendo don Diego ya sus armas fieras
Dentro del monte y que a pasarle aspiran,
Como lo hicieron seis banderas luego,
Amenazando guerra, sangre, y fuego.

409

Retírase a la sierra de Capira,
Para poder fortificarse en ella,
Aunque a la retaguardia el Inglés tira,
Picándole, y siguiéndole por ella.
De novecientos hombres se retira,
Hermosa tropa, y por gobierno della
Don Tomás Coronel de aquella armada,
Por la sangre estimado, y por la espada.

410

Dos días en el monte más seguro
Sufrió la hambre nuestra gente goda,
Abrese el cielo, y el Olimpo oscuro,
Despide un mar aquella noche toda.
Adonde sin comida, amparo, y muro,
En la sierra Don Diego se acomoda,
Y el enemigo amenazando guerra,
Se aloja a media legua de la sierra.

Ayuntamiento de Madrid

411

Entretanto, señor, en nuestro puerto
Quedó Francisco Draque con la armada,
Posando en tierra, del suceso incierto
De la difícil y áspera jornada.
Los ingleses sin orden ni concierto
Iban al río para hacer aguada,
Pero si el agua ha sido su contraria,
Sábenlo los pastores de Canaria.

412

Es Santiago del Príncipe, de aquellos
Etíopes llamados cimarrones,
Que en el primero Canto dije dellos,
Su origen, libertad, y condiciones.
Estos que hasta cuarenta son, y entrellos
Jalonga, un negro en obras y razones,
Como si natural fuera de Europa,
Daban asaltos a la inglesa tropa.

413

Cuando se rebelaron eligieron,
Rey, que a la guerra y paz su ingenio aplique
Y por esta razón obedecieron
Al famoso don Luis de Mozambique,
Negro, en cuyo valor las partes vieron,
Que conviene que un príncipe publique,
Y más cuando ha de ser tan gran Licurgo,
De aquella fuerza, ciudadela, y burgo.

Ayuntamiento de Madrid

414

Era don Luis etíope atezado
Doblado en cuerpo, en ánimo sencillo,
De barba hasta los pechos prolongado,
Aunque parezca fábula el decillo.
Lo blanco de los ojos relevado
Con algo junto al círculo amarillo,
Cano el mostacho, que a enlazar se atreve,
El tiempo al fin, el ébano y la nieve.

415

También para sus guerras y ocasiones
Un maestro de campo señalaron,
Su nombre era don Pedro, y sus blasones
Los que muchas hazañas confirmaron.
A los demás valientes cimarrones
Con oficios repúblicos honraron;
Y así desde que al Rey obedecieron,
Como Monteros de Espinosa fueron.

416

Pues con esta lealtad, al enemigo
Salían por momentos de Santiago,
Que fué de los ingleses gran castigo
No ver la mano autora del estrago.
Ialonga estaba entre ellos como digo,
Moreno Cipión sobre Cartago;
Hombre de quien un hecho heroico estimo
Y a quien don Luis el Rey llamaba primo.

Ayuntamiento de Madrid

417

Este, de la ciudad fué carnicero,
Y ansí enseñado a derribar las reses,
Aquí con plomo, allí con el acero
Mataba desde el monte los ingleses.
Era Ialonga diestro arcabucero,
Ejercitado en víctimas monteses,
De que mejor que el Príncipe de Atenas
Las aras de Diana tuvo llenas.

418

Pues como si esperara liebre, o ciervo,
Ansí detrás del árbol aguardaba,
Que a veces al azor persigue el cuervo
Y el duro pico entre los pechos clava.
Si el monte lleva siempre el fruto acervo,
Aquí por cierto, ejemplo se mostraba,
Que en descubriendo manga, pluma, o trapo
No acertara mejor un turco a zapo.

419

Finalmente con flechas y arcabuces
Por el monte escondidos los tiraban
De donde vían sólo el humo y luces,
Y el son mucho después que disparaban.
En esta alegre caza de avestruces,
Los libres negros de Santiago andaban;
El Draque viendo su designio fiero,
Intenta su amistad por un tercero.

Ayuntamiento de Madrid

420

Parte un embajador de paz, pensando
Una larga oración, los negros luego
Juntáronse a consejo imaginando
El servicio del Rey, y de don Diego.
Al consistorio etíope llegando,
Los senadores puestos en sosiego,
Comienza Tulio al capitolio grave
Esta oración en español que sabe:

421

El general, ¡oh, etíope senado!,
De tierra y mar, por Isabel inglesa,
Que otra vez por amigo habéis jurado,
Si del rompido juramento os pesa.
Está de vuestra fe maravillado,
Pues que sabiendo todos que profesa,
Vuestro remedio, libertad y vida,
Le habéis dado tan áspera acogida.

422

Es la amistad un vínculo que liga
Los hombres en un lazo tan estrecho,
Que quien le rompe, a cielo y tierra obliga,
Para el castigo de su ingrato pecho.
Que una vez comenzada se prosiga,
En la adversidad como el provecho,
Es de almas generosas, que el ser vario,
Fué vicio siempre a la verdad contrario.

Ayuntamiento de Madrid

423

Pues acordaos de la amistad pasada,
Por vuestra parte sin razón rompida,
Cuando otra vez les distes llana entrada,
Y por estas montañas acogida.
Allí su hacienda, su valor, su espada,
Quedó para serviros ofrecida,
Que él hubiera venido de su tierra,
Si le hubiera llamado vuestra guerra.

424

El general es bueno para amigo,
Tendréis en él un protector piadoso,
De cuya autoridad tema el castigo
El Español, vuestro tirano odioso.
Pues ya sabéis lo que es para enemigo,
Temido por su brazo belicoso,
¿Qué nación no tuviera a gran ventura,
Alabarse que de él está segura?

425

Cuantos en puertos, montes, mares, ríos,
Habitan los dos trópicos templados,
Y cuantos los dos círculos más fríos,
O viven de la Tórrida abrasados,
Y cuantos en distintos señoríos
De tierras firmes gozan sus estados,
Los istmos, islas, y penislas todas,
De Dania a Java, y de Sajonia a Rodas,

Ayuntamiento de Madrid

426

Temen su furia, y su amistad estiman;
Vosotros que tenéis ventura en esto,
Porque cuatro españoles os animan,
En romper su amistad os habéis puesto.
No aguardéis que sus fuerzas os opriman
Con tan bárbaro trato y presupuesto,
Porque después sin tiempo arrepentidos,
No seréis perdonados ni admitidos.

427

¿Qué merced os ha hecho el Rey de España,
Que no se acuerda de que hayáis nacido,
Ni sabe si habitáis esta montaña,
En mayores cuidados divertido?
¿Quién como el español ofende y daña
Vuestra nobleza y libertad, que ha sido
Aquel que trujo a mísera bajeza
Vuestra libre e igual naturaleza?

428

Este cruel que vuestras costas corre,
Engaña vuestra crédula inocencia,
Y del cebo que os pone se socorre
Para fingir su trato y conveniencia.
Que puede ser que no os afrenta y corre
De vuestra patria la llorosa ausencia,
La esclavitud sin armas engañosa,
La vida miserable y trabajosa.

Ayuntamiento de Madrid

429

Pues desde que Filipo os dió la Crisma,
Por el eunuco, y predicó Mateo
En vuestra India y Trapobana misma,
El Evangelio recibido veo.
Dejando aquella bárbara morisma
De Telme, hasta Zaquen del Eritreo,
¿En qué os diferenciáis? En que sois viles,
Siendo inocentes donde sois gentiles.

430

Seguid a vuestra Reina como ingleses,
Dejad los españoles desvaríos,
Huyendo los engaños portugueses,
Que lastran con vosotros sus navíos.
Que de los muertos anglos y escoceses
Que desde vuestros montes y buhíos
Habéis tirado mal, Draque os absuelve,
Y a la paz y amistad primera os vuelve.

431

Dijo, y habiendo entre ellos prevenido
La respuesta y la plática primero
Don Luis de Mazambique, el que elegido
Fué de su rebelión por Rey primero,
Lo blanco de los ojos encendido,
No demudado el rostro, aunque severo,
Responde así como orador discreto,
Del moreno consejo este decreto.

Ayuntamiento de Madrid

432

Buen Rey tenemos; si amistad hicimos
Con enemigos suyos fué ignorancia,
De que perdón a su piedad pedimos,
Con fe jurada de inmortal constancia.
Si entonces su grandeza deservimos,
No sabiendo del caso la importancia,
Agora es tiempo de cobrar aquello,
Que entonces no supimos conocello.

433

Que no sepa quién somos poco importa,
Si sabemos quién es, ni que tú digas
Que tiene para vernos vista corta,
Que no repara un águila en hormigas.
Y sólo el ser embajador reporta,
Que el poder de Filipo contradigas,
Que de otra suerte, tan sin lengua fueras,
Que por señas al Draque respondieras.

434

El cautivarnos es en buena guerra,
Que unos con otros en Guinea tenemos,
Donde los naturales de la tierra,
Al mercader extraño nos vendemos.
Si engaño imagináis que nos destierra,
Nunca a menor de edad le llamaremos,
Que es rico engaño, y no fingido celo,
Mejorarnos de tierra, y darnos cielo.

Ayuntamiento de Madrid

435

Pobres, sin Dios, sin leyes y desnudos,
Vivimos en desiertos arenales,
Como animales rústicos, y rudos,
Y a su selvatiquez en todo iguales.
En fin, aquí, dejando de ser mudos,
Conocemos las almas racionales;
Si es nuestra vida esclavitud, o empeño,
Es el mejor del mundo nuestro dueño.

436

Dile a tu general, que no queremos
Su amistad desigual tan engañosa,
Y que sus amenazas no tememos,
Ni el poder de su Reina belicosa.
Católico Señor obedecemos,
Que puede vuestra armada poderosa
Hacer del fondo de la mar despojos,
Con sólo el movimiento de sus ojos.

437

Si habemos muerto gente, aquí nos pesa,
De que no fuese más, que si no sale
Del puerto luego con su armada inglesa,
Verá si hay rayo que este brazo iguale.
Más cara ha de costarle aquesta empresa,
Si luego de las velas no se vale,
Que no somos por negros hombres viles,
Sino las sombras de Héctor, y de Aquiles.

Ayuntamiento de Madrid

438

Negra de pronóstico la ventura,
Y que lo ha de salir la suerte en blanco,
Si este arcabuz y pólvora me dura,
Que a cien pasos, cien veces clava un blanco.
Para engañarnos, el Inglés procura
Mostrarse agora liberal y franco;
Viva Filipo, y viva de Austria el nombre,
Aunque el Dragón de Escocia al mundo asombre.

439

Santiago es deste pueblo el apellido,
Y del Príncipe a honor del gran tercero,
Pues hoy a tal patrón favor le pido,
Y por mis dos Filipos morir quiero.
Dijo, y el pueblo a su furor movido,
Triste despide al calidonio fiero.
Sabida por el Draque la respuesta
Con otros dos recados los molesta.

440

Al tercero le dice el buen Ialonga
Que vuelva las espaldas, si no quiere,
Que al negro serpentín la cuerda ponga,
Y la respuesta en otro mundo espere.
Viendo que es imposible que componga
La negra furia que el Inglés refiere,
Draque feroz una angla compañía,
Con los que iban a hacer el agua envía.

Ayuntamiento de Madrid

441

Con blancos y grabados coseletes
Los reflejos del sol reverberando,
Con arcabuces, picas, y mosquetes
El sargento mayor los va guiando.
Con un vestido verde y mil corchetes,
Que de bruñida plata van cuajando
Una casaca que vestida lleva,
Mete en la tierra el pie, y el aire eleva.

442

Rojas las dos mejillas sobre nieve,
El bozo nuevo al oro semejante,
La planta y el bastón al compás mueve
De la caja belísona delante.
Para exceder a los famosos nueve,
Al despedirse en Londres arrogante,
A quien tuvo por alma, y por tesoro,
Prometió de pagar el alma en oro.

443

Era del Draque general sobrino,
De él en extremo por su talle amado,
Y porque fué por otras partes dino
El mozo ilustre en guerra y paz honrado.
Enamorado a la conquista vino,
Que todo es guerra, amar, y ser soldado,
Todo es batalla, espía, y centinela,
Estratagema, ardid, ira, y cautela.

Ayuntamiento de Madrid

444

Revuelta como vid entre los brazos
Del árbol de que Alcides se corona,
Mezclando sus racimos y sus lazos,
Que amor cualquiera desatino abona.
Al desdichado joven con abrazos,
Que era en extremo de gentil persona,
Estas amargas quejas les decía,
De la partida el miserable día.

445

Vaste a la guerra, déjasme en la guerra,
Rodulfo hermoso de su ausencia triste,
Donde la paz del alma se destierra,
Que destos ojos en la luz consiste.
Si el corazón cuando sospecha yerra,
A tiempo tu partida resolviste,
Que volverás a Londres con victoria,
Con cierto aumento de tu incierta gloria.

446

Pero si acierta el corazón amante,
Cuando sospecha el venidero daño,
De la vida a la suya semejante,
No volverás acá del polo extraño.
Si alguna vez el sueño fué importante,
Para el humano bien y desengaño,
También mi sospecha ha dado aumento
Con la visión de un áspero portento.

Ayuntamiento de Madrid

447

Ayer al descubrir la fresca Aurora
La máscara del Sol, de cielo, y campo,
Soñé que una paloma arrulladora,
Cándida más que de la nieve el ampo,
En el jardín donde la planta agora
En puro hielo convertí la estampo,
Un cazador la derribó del nido,
De pluma y hierba, en un ciprés tejido.

448

Maldito cazador, si acaso tienes
De ser la mano que a Rodulfo acabe,
Principio de mi mal, fin de mis bienes,
De mi primero tu furor se alabe.
¡Oh!, cuán injustamente me detienes
Con esa voz Parténope süave,
Rodulfo le responde, y con los brazos
Rompe la yedra los hermosos lazos.

449

Esa paloma cándida que sueñas,
Es la India a que voy, no me maldigas,
Que soy el cazador en talle y señas,
Y a que me parta más veloz me obligas.
Mira esas selvas de árboles y peñas,
Contra las fuertes armas enemigas,
Que eso parece en mar la armada nuestra,
Verás qué fuerza inaccesible muestra.

Ayuntamiento de Madrid

450

Ni el mar, ni el viento, ni el valor de España
Que es mayor que el mar, aquel fuego y viento,
Contrastarán la altísima montaña,
Que ha de agobiar el húmedo elemento.
Deja el agüero y sueño que te engaña,
Tristezas de amoroso pensamiento,
Que por las esperanzas de la vuelta,
Hasta el alma de verde llevo envuelta.

451

Pues este verde al campo reducido
Rodulfo entonces (gran señor) llevaba
Por esperanza, empresa, y por vestido,
Cuando la dura muerte el arco armaba.
Ya en el jardín, en el ciprés, y el nido,
Con simples ojos la paloma estaba,
Y el cauto cazador, que nunca vemos,
Juntando a la ballesta los extremos.

452

Ialonga que otras veces desde el día,
Que el mensajero dió mala respuesta
Con los demás el monte discurría,
Matando ingleses con aplauso y fiesta,
Estaba con su negra compañía
En el repecho de una excelsa cuesta,
Cuando llegó el mancebo descuidado,
A pagar a la muerte adelantado.

Ayuntamiento de Madrid

453

Viéndole ansí sus compañeros, mira
Ialonga alegre, y dice; al de lo verde,
Apunta, dale fuego, enciende, tira,
Y el pobre inglés la amada vida pierde.
Con súbito temblar el cuerpo estira,
Los ojos vuelve en blanco, el labio muerde,
Prueba a tenerse, pero vuelto en hielo
Perdió vista y color midiendo el suelo.

454

Y como el conejuelo temeroso
Alargado en la hierba, sangre vierte
Al golpe del virote cauteloso,
Que desde el árbol le tiró la muerte.
Verde vestido y hierba, el mozo hermoso
Tiñe de sangre de la misma suerte,
Que entrando el plomo, y dando puerta al alma,
Con fácil paroxismo se desalma.

455

Trocando el oro en plomo fácilmente
Hace que el pecho la codicia tape,
Siendo blanco del negro más valiente
Que ha nacido jamás en Congo, o Zape.
Alzale en hombros la turbada gente,
Que estando muerto estima que se escape,
Y cargando en los ojos mayor río
Esta agua amarga llevan a su tío.

BIBLIOTECA MUNICIPAL MADRID

Ayuntamiento de Madrid

456

Causaba compasión el olmo nuevo
Cortado por el verde tronco en mayo,
El racimo en agraz, y árbol de Febo,
Que siendo intacto le deshizo el rayo.
El bello Adonis, el inglés mancebo,
En sueño eterno, y en mortal desmayo,
Verde salió, volvió marchito el fruto,
Que la esperanza es víspera del luto.

457

Draque furioso, los despojos viendo
Que traen en lugar del agua amarga,
Arráncase las canas, maldiciendo
Su larga edad, para nosotros larga.
Y luego el triste entierro previniendo,
Hácele todo armar, y el cuerpo carga
A los hombros más nobles de su gente,
Y parte a la zabana tristemente.

458

Iban dos compañías enlutadas
De negras plumas, y toquillas dando,
Indicio de dolor las destempladas
Cajas, que el aire entristecían sonando.
Las lises de las armas despreciadas,
Las banderas y picas arrastrando,
Y los mosquetes de los más feroces,
Las bocas adelante, atrás las coces.

Ayuntamiento de Madrid

459

Cavan el prado por lo más enjuto,
Y entierran el mancebo mal logrado,
Porque el hombre que vive como bruto
Es justo que le entierren en el prado.
Su tío lleno de funesto luto,
Ya de la pompa funeral dejado,
Fué a ver de aquella secta un grande amigo,
Que por predicador traje consigo.

460

Hallóle ya expirando, porque había
Salido de la mar enfermo a tierra,
Donde quiso con falsa profecía
Pronosticar el fin de aquella guerra.
No tengas pena, general, decía,
De volver sin Rodulfo a Ingalaterra,
Pues llevarás tan célebre victoria,
Que dure por mil siglos tu memoria.

461

No niego que es dolor haber perdido
Un mancebo de tales esperanzas,
Mas hoy quedando el Español vencido
Tomarás de su vida mil venganzas.
Tendrás a Panamá con vil partido,
Con cuya plata, vientos, y bonanzas
Volverás a tu patria a gozar luego
Rica vejez, y general sosiego.

Ayuntamiento de Madrid

462

Diciendo ansí con rostro horrible y fiero
El dogmatizador perdió la vida,
Partióse a ver a su inventor Lutero
Mintiendo más que nunca en la partida.
Y siendo un vil perjuro y hechicero,
Mecánico sin ciencia conocida,
Anatema, lascivo, y revoltoso
Su tránsito alabaron por glorioso.

463

Vístenle un alba y cándida casulla
Que hallaron en el monte andando a caza,
Y en confuso escuadrón, trápala, y bulla
A un lado le enterraron de la plaza.
Con tres gargantas el Cerbero aúlla,
Y el alma del apóstata amenaza,
Y al cuerpo sepultado en vino y ocio
Las insignias le dan del sacerdocio.

Ayuntamiento de Madrid

CANTO VII

HALLA DON DIEGO EN la loma de Capireja al capitán Juan Henrique con algunas herramientas y soldados: fortifícase, determinando de esperar al enemigo. Cuéntase el valor de Francisco Cano arriero, y el que tuvieron en defenderse los negros de Santiago del Príncipe, hasta quemar su mismo pueblo

464

DEJABA ya el Aurora el Oceano,
Los rotantes cabellos descogiendo
Y del Ida frondoso, a lo más llano
Iba el lucero fúlgido saliendo,
Cuando entretanto que el Dragón britano
Estaba sus designios previniendo,
Mojados, flacos, sin sustento y fuego
Acuden sus soldados a don Diego.

Ayuntamiento de Madrid

465

¿No miras, dicen de tropel, que estamos
¡Oh! general, tres días sin sustento,
Y que pasados de las aguas vamos,
Que éste ha sido el mejor alojamiento,
Y que el poco socorro que esperamos,
Aunque viniese agora por el viento,
No ha de llegar más presto que el contrario,
A quien sobra el sustento necesario?

466

Si a disparar probamos, los mojados
Mosquetes y arcabuces por de dentro,
No toman fuego, y donde están cebados,
Burlado el polvorín, no pasa el centro.
Pues nosotros también debilitados
Nos rendiremos al primer encuentro:
De suerte que este Reino, y nuestras vidas
Por precio de tu fama están vendidas.

467

Llévanos a lugar que estando enjutas
Las municiones y armas que traemos,
Flaquezas de que agora nos imputas,
En españoles ánimos troquemos.
Con hierbas solas, con silvestres frutas,
Que ya ni vino, ni maíz queremos,
Haremos cara a novecientos hombres,
Dando a la fama nuestros pocos nombres.

Ayuntamiento de Madrid

468

Pero sin herramientas que nos puedan
Fortificar aquí, sin pan, sin lumbre,
No te espantes que hablen, y que excedan
De su valor, y natural costumbre.
Haz cuenta, general, que a morir quedan,
Y que pasa el Inglés la inculta cumbre,
Haciendo en Panamá por tu osadía,
La suya estrago en este mismo día.

469

¿Qué pertinacia es esta? ¿Tú no sabes
Que aventurar la gente siempre ha sido
De heroicos capitanes, y hombres graves,
Como era el Duque de Alba defendido?
Las victorias más altas y suaves,
Que reyes y monarcas han tenido,
Cuando copia de sangre les costaban,
Trágicos vencimientos los llamaban.

470

Jerjes considerando que no habría
De su famoso ejército en cien años
Un hombre vivo de un millón que había,
Lloró del vano mundo los engaños.
Y tú con temeraria valentía
Ofreces nuestra sangre a los extraños;
Que aunque es verdad que es de pastor tu oficio,
No nos has de llevar al sacrificio.

Ayuntamiento de Madrid

471

Con estos y otros mil requerimientos
Consultado con Pedro de Quiñones,
Y con otros alférez y sargentos
Satisfizo don Diego sus razones.
No falta de valor, de bastimentos,
La pólvora mojada, y municiones,
Le llevó con honrosa retirada
A la venta que llaman la Quebrada.

472

Enviada una espía diligente,
Volvió con grande priesa y alboroto,
Diciendo que marchaba con su gente
El Inglés que imaginan tan remoto.
Pónese en arma valerosamente,
Y luego de común acuerdo y voto,
Dos negros dejan que la venta quemen,
Que tres caminos de cercarla temen.

473

Pero esto había de ser cuando llegase,
Mandando a cada negro treinta pesos,
Y un vestido también porque esperase
Del coronel britano los sucesos.
Esto ordenado, con su gente vase
Por entre robles y árboles espesos
De Capireja a la nombrada loma,
Por ver qué arbitrio el enemigo toma.

Ayuntamiento de Madrid

474

El capitán Henrique en ella estaba,
Que don Alonso de socorro envía,
Treinta y cinco soldados gobernaba
Y algunas herramientas le traía.
Porque al llegar la tarde declinaba,
Sólo cortado un álamo tenía,
Por donde Amaya pasa diligente
Con su animosa y desmayada gente.

475

De bizcocho, y de queso trae refresco,
En que la pobre y desvalida gente,
Como si fuera en pan sabroso y fresco,
Como lebrel de Irlanda hincaba el diente.
No fué el convite, ni el beber tudesco,
Porque a trago de vino solamente
De dos botijas cupo a cada boca,
Que con menos dolor Tántalo toca.

476

Para los que pudiese haber heridos,
La una manda reservar don Diego,
Y cobrados los ánimos perdidos,
Las herramientas desligaron luego.
Ya los árboles gimen sacudidos,
(Que no les dió tras el comer sosiego)
De las hachas y brazos, y en lo hueco
De los opuestos valles suena el eco

Ayuntamiento de Madrid

477

Ase don Diego un hacha, y a su ejemplo,
Lo mismo hacen los demás soldados,
Donde en su punto el ánimo contemplo
De aquellos que llegaron desmayados.
Ya estaba en Delfos adornando el templo
De sus cabellos rubios y dorados
El pastor del Oráculo, Criseo,
Y llamando la noche al gran Morfeo,

478

Cuando fortificados por sus puestos
Estaban con las armas alistadas,
Al fiero coronel Basbile opuestos,
Con velas de Mercurio recatadas,
Para poder saber los presupuestos,
Los arbitrios, las machinas trazadas:
Tres espías, perdidas por la venta,
Van a saber lo que el Inglés intenta.

479

Vuelven diciendo que se apresten luego,
Porque en pasar estaban pertinaces,
Y que la venta a que pusieron fuego
La empiezan a cubrir llamas voraces.
Que se confiesen, ordenó don Diego
Para la guerra, haciendo con Dios paces;
Que el cura de la plata referida
Pensaba con valor perder su vida.

Ayuntamiento de Madrid

480

Llegado el coronel junto a la venta,
Al Cano en nombre y barba persuadía
Del monte (que pasar con daño intenta)
Le enseñe alguna oculta senda, o vía.
Porque si a Panamá sin que le sienta
Don Diego que estorbar se lo porfía,
Puede pasar seguro y sin ofensa,
Robar la plata al Rey, y al común piensa.

481

Responde a las promesas y amenazas
El valeroso viejo español fino:
Vanos designios y caminos trazas
Para sacarme del real camino.
Estas fueron mis lonjas y mis plazas,
Nunca mi recua por atajos vino.
No sé más quel real; y bien decía,
Quel camino real del Rey seguía.

482

Viéndole firme, a un capitán le entrega,
Que con palabras blandas y feroces
A un tiempo mismo le amenaza y ruega,
Mas era como dar al viento voces.
Que no sabe las sendas jura y niega,
Y a los tormentos se apercibe atroces:
Fijan un palo, a ver si desta suerte
Cantaba como cisne con la muerte.

Ayuntamiento de Madrid

483

Atan al viejo noble, y en el cuello
Ponen la cuerda, y tuercen el garrote;
Y aunque los ve coléricos torcello,
No hay cosa que le mueva y alborote.
Confiesa, dice, asiéndole el cabello,
Y el viejo, haciendo al cielo sacerdote,
Sus culpas y pecados le decía,
Pero no las veredas que sabía.

484

A nadie le parezca barbarismo
Querer morir ansí Francisco Cano,
Pues fué morir por Dios su intento mismo
Librando tantas almas de un tirano.
Que estando en el primero paroxismo,
Y diciendo el bárbaro britano,
Confiesa, perro, en porfiar prolijo,
Estas palabras entre dientes dijo.

485

Señor, si yo confieso este camino,
Segura en Panamá pongo esta gente,
Donde el Inglés furor y desatino
Vertiendo sangre triste e inocente,
Profanará los templos, y el divino
Sagrario Santo, en que vivís presente
Como en el cielo, haciendo excesos tantos
En reliquias, e imágenes de Santos.

Ayuntamiento de Madrid

486

¿Ha de poner la mano rigurosa
Sacrílega y cruel, en vuestra Madre?
¿En aquella purísima y hermosa
Que os tuvo por su hijo, esposo, y padre?
¿Seré total ruina lastimosa,
Porque la vida mísera me cuadre,
De todo aqueste Reino, siendo un hombre
De muchos años, y de poco nombre?

487

Sirvo a Filipo, Rey y señor mío,
Conservo un Reino a costa de una vida,
En cuya sin igual piedad confío
Que la tendrá del alma en la partida.
En este tiempo el draconario impío
La cuerda aprieta al cuello flaco asida,
Que viéndole sacar toda la lengua,
Vió su lealtad, y conoció su mengua.

488

Volviendo el coronel a donde estaba
El valiente español semidifunto,
Creyó que las veredas ignoraba,
Por verle reducido al postrer punto.
Mandóle desatar cuando expiraba,
Y un irlandés católico, que junto
Estaba al palo, le volvió la vida
Ya casi de los miembros desasida.

Ayuntamiento de Madrid

489

Préciese Esparta de Climene fuerte,
De Codro Atenas, Grecia de Teseo,
Y de Bulides de la misma suerte
Lacedemonia con igual trofeo.
Frigia de Ancuro, y de su incierta muerte,
Alba del sabio Numa semideo,
Y Roma por haberle dado auxilio
De Curcio, Decio, Cévola y Atilio.

490

Que las Indias de España, fuerte Cano,
Aunque hombre bajo, y de tan bajo oficio
Se preciarán de tu valor cristiano
Que dió de un alma noble claro indicio.
Mi verso, lengua, pluma, ingenio y mano
Ensalzarán tu heroico beneficio,
Tu constancia, tu fe, tu fortaleza,
Que la virtud es la mayor nobleza.

491

Pompeyo los secretos del Senado
Calló, poniendo el dedo en una vela.
De Falaris, Zenón atormentado
Calló de sus amigos la cautela.
Mató Nerón a Traseas desangrado,
Y honró de los sofísticos la escuela,
Por este viejo a todos aventajo,
Que no era obligación de un hombre bajo.

Ayuntamiento de Madrid

492

Un soldado español por cierto exceso
Sentenciado a morir, puso en la lumbre
De un hacha el brazo, y rechinando el hueso
Género no mostró de pesadumbre.
Libróle en fin el general por eso,
De su valor teniendo certidumbre,
Y ansí también el coronel dió vida
A quien mejor la tuvo merecida.

493

¡Oh!, famoso arriero, no quisiera
Que aquel profeta vil lo hubiera sido,
Sino que el trajinar oficio fuera,
Que le hubieran mil Cónsules tenido.
El Sol te preste el carro de su esfera,
De su eclíptica ardiente desasido,
Y sus caballos de doradas crines
Para recua famosa en que trajines.

494

Lleves perlas y el ramo colorado
Que tierno y verde se cortó primero
El oro rubio en tejos no labrado,
La plata en barras del mejor minero.
En efecto (gran César), que librado
Nuestro famoso e ínclito arriero
De las manos incrédulas y viles
De aquel Tomás, como un cristiano Aquiles.

Ayuntamiento de Madrid

495

Un cautivo soldado de honor dino
Examinó también, por ver si acaso
Sabía las veredas del camino,
Y del fragoso monte oculto el paso,
Nuevo (responde) soy, y peregrino,
Ni sé si hay monte, río, cuesta, o raso,
Nunca le vi, ni le pasé, ni creas
Que aunque me mates informado seas.

496

Es español, les replicó, dejalde,
No dirá más atormentado y muerto,
Y prosiguió diciendo, ese tu alcalde,
Y capitán de la ciudad y puerto,
Que piensa que a su tierra viene en balde
Mi general por tanto mar incierto,
¿Qué señas tiene, edad, partes, y nombre?
¿Tenéisle por muy sabio, o por muy hombre?

497

Que pues en la ciudad, en puerto o playa
Nos hizo rostro, sin tener de dónde,
Y agora en esta sierra tiene a raya,
A buena sangre y ciencia corresponde.
Don Diego, que de Suárez y de Amaya
Tiene ilustre apellido, le responde
El cautivo español, es un soldado,
En Flandes, y en Italia ejercitado.

Ayuntamiento de Madrid

498

Cuando sus años treinta y cuatro sean,
Es a mi parecer la edad que tiene,
Guarda los tuyos que con él se vean,
Si en la campaña a la batalla viene.
Estos soldados que con él pelean,
Con disciplina militar detiene.
Riéndose el inglés, dijo al soldado,
Verle deseo, soile aficionado.

499

Esto pasaba en la fragosa sierra,
Mientras Francisco Draque prevenido
Intenta hacer a fuego y sangre guerra
A los negros del pueblo referido.
Que durmiendo la misma noche en tierra
Que le trajeron a Rodulfo herido,
Vió su figura pálida, que en sombra
Con alterada voz le llama y nombra.

500

¡Oh, tío!, dice, ¿así te mueve el pecho
La sangre de tu sangre derramada,
Por un bárbaro negro autor del hecho,
Que no de blanca mano, o hidalga espada?
¿Con enterrarme quedas satisfecho,
Dejando en tierra extraña sepultada
Tu misma carne, que infamado della,
Vendré a ser español resuelto en ella?

Ayuntamiento de Madrid

501

Cuatro bárbaros dejas sin castigo,
Ladrones de mi vida en parte oculta,
¿Qué hicieras con más áspero enemigo,
Si aquéllos tu venganza dificulta?
De que esta ingratitud uses conmigo,
Más infamia que gloria te resulta,
Que en enterrarme, ¿qué grandezas hallo?,
Pues enterró Alejandro a su caballo.

502

Apretábale tanto aquella sombra,
Que prueba a despertar, y no es posible,
Pero medio despierto el muerto nombra
Con voz interrumpida y compasible.
Luchando, al fin cayó sobre una alhombra,
Donde despierto vió que era invisible,
Y a la primera estrella matutina,
Al pueblo con su ejército camina.

503

Está de la ciudad el lugar fuerte
Media legua en un cerro levantado,
Pegado al río del Factor, de suerte
Que está de monte alrededor cercado.
Claro el camino, a la ciudad se advierte,
Mas tiene un puentecillo atravesado
En el río que llaman de Meceta,
Que puede resistir quien le acometa.

Ayuntamiento de Madrid

504

Mandó el Inglés que por el monte, y puente
Por divertirlos fuese combatida
La máquina de paja fuertemente,
Del varonil Ialonga defendida.
¡Ved qué Roma, o qué Troya tiene enfrente,
El Dragón Minotauro que le impida!
El mismo ardid parece que promete,
Pues tal pasta de casas acomete.

505

Repártense los negros por el monte,
Y puestos en celadas diferentes,
Envían a las aguas de Aqueronte
Algunos enemigos inocentes.
Porque por más que el escocés desmonte,
Menos halla los negros diligentes,
Y por más que al pasar le desocupen,
Más balas, peñas, y árboles escupen.

506

Guardaba el puente un español que trujo
Su madre al hombro, a Eneas semejante,
Y al pueblo de los negros se retrujo
No pudiendo seguir los de adelante.
De Aquiles el borrón, sombra y dibujo,
Ialonga valeroso y arrogante,
A éste y a otros dos soldados blancos
Dió el paso, y los demás se hicieron francos.

Ayuntamiento de Madrid

507

Cargó tal furia en ellos, que forzoso
Retirados los otros, y seguidos,
Fué preso nuestro Eneas valeroso,
Que era Diego Rodríguez su apellido.
Draque admirado del valor famoso,
¿Qué causa, le pregunta, os ha movido,
A quedaros aquí tan loco, y ciego
Y no seguir al general don Diego?

508

Truje mi madre aquí, responde Eneas,
Que me guardó en su vientre nueve meses,
Y no es mucho que tú, guardar me veas
Una hora su vejez de tus ingleses.
¡Oh cuán bien, replicó, tu vida empleas!
¿Qué puedes hacer más, cuando inglés fueses?;
Mas di, ¿cómo ese Amaya tan valiente,
Se retira de mí con tanta gente?

509

Setenta y dos soldados, ¿te parece,
El soldado responde, tanta copia?
Burlas, replica el Draque, y no merece
Esta piedad respuesta tan impropia.
En el monte que agora fortalece
Mil hombres tiene de su gente propia,
Estos sacó de aquí, con éstos mira
Que estoy en su ciudad desde Capira.

Ayuntamiento de Madrid

510

Si quinientos, responde, solos fueran,
Es don Diego soldado tan valiente,
Que nunca en la ciudad los pies pusieran
Tus capitanes y bisoña gente.
Y aun con menos, tu armada resistieran,
Mas no son todos cuatro veces veinte;
Anda, le respondió, que esa es bravata
De bizarro español que hablando mata.

511

Volviendo a los valientes cimarrones,
Digo, señor, que muerta gente alguna,
Porque los calidonios escuadrones
No tuviesen victoria allí ninguna,
Con encendidas hachas, y tizones,
No siendo a tales ruegos importuna,
La doméstica paja, dieron luego,
A su Numancia honrada, civil fuego.

512

Don Diego, dos trincheras fabricadas,
Puso un cabo de escuadra en la primera,
Con doce arcabuceros, que guardadas
Las espaldas mejor, el rostro espera.
Estas de una vereda amenazadas,
Ponen en retaguardia; considera
De Henrique y de Quiñones, dos sargentos,
Y dijo en alta voz: ¡todos atentos!

Ayuntamiento de Madrid

CANTO VIII

ANIMA DON DIEGO SUÁrez de Amaya sus cien soldados a resistir mil ingleses; llega el coronel don Tomás al fuerte de San Pablo, asalta dos veces la trinchera, y a la tercera, venciendo los españoles, los ingleses desbaratados huyen; llega el capitán Hernando de Agüero, y de allí a poco tiempo los capitanes Baltasar Callejo, y Luis Delgado y el maestre de campo don Jerónimo de Zuazo

513

ESPAÑOLES hidalgos, envidiados
Por las armas de todas las naciones,
Temidos, perseguidos, y estimados
Por vuestros indomados corazones.
Sangre de los católicos soldados,
Que han puesto los cristíferos pendones
En las remotas playas de Occidente,
Peregrina ocasión tenéis presente.

Ayuntamiento de Madrid

514

Hoy es el día en que podéis al mundo
Mostrar que fuisteis de las armas soles,
Y a Filipo Católico Segundo
Servir como leales españoles.
¿Es bien que el nuevo Tifiso iracundo
Dirija a nuestras Indias sus faroles,
Todas las veces que robar las quiera,
Sin que una vez a nuestras manos muera?

515

Mirad que no es razón que aquella gente,
Que el valor de los godos acrisola,
Sufra un ladrón, un pirata inclemente,
Que con nuestra Fe pendón arbola.
Cuando fuera cobarde y no valiente,
La sangre, la nación nuestra española,
Hombre a quien Dios no ayuda, es más cobarde
Si de Jerjes hiciese el mismo alarde.

516

Estos vienen sin Dios, tú, Dios, nos guías,
Luego para tu daño Acab te empleas
En dar crédito a falsas profecías,
Que no podrán faltar las de Micheas.
Con tantas confianzas Ezequías
(Porque fuera de Dios todas son feas)
Un Angel vió poner en tal martirio,
Del gran Senaquerib el campo asirio.

Ayuntamiento de Madrid

517

Ríndese Nicanor al Macabeo,
Con este nombre que de Atila en Roma
Detuvo el fiero y bárbaro deseo,
Y Josafat los Mohabitas doma,
David humilde vence al filisteo,
Contra el Rey de Basam las armas toma
El mismo eterno Dios por Esaías,
Porque juzga su causa en tales días.

518

Cuando diezmo pagó de los despojos
De la guerra, Abraham reconocía,
Que con su brazo al revolver los ojos,
El Dios de los ejércitos vencía.
En la prisión de Lot, cuyos enojos
Vengó con sus domésticos un día,
Contra los Reyes de tan altos nombres,
Más fué la fe, que los trescientos hombres.

519

De treinta mil soldados sólo estriba
Gedeón en trescientos que Acab beben,
Pasa el Jordán, y a Jericó derriba,
Josué con que sólo el Arca lleven.
Del macedón la majestad altiva,
A quien las armas tanta gloria deben,
Adora humilde el sacerdote Jado,
Y de Jerusalén sale turbado.

Ayuntamiento de Madrid

520

Pues si quien lleva causa tan divina
Vemos que con tan justa confianza
A la victoria próspera camina,
Que de la multitud contraria alcanza.
O cubran la montaña, o la marina,
Que llevó de vencerlos esperanza,
Que justamente hacello me resuelvo,
Si a vencimientos de Españoles vuelvo.

521

Cien moros en Jerez para un cristiano
Vencieron la batalla milagrosa,
La cruz del Arzobispo toledano
Venció la de las Navas de Tolosa.
El gallego patrón al africano
Con la cuchilla roja poderosa
Quitó el tributo de las cien doncellas,
Armas a quien se humillan las estrellas.

522

Pelayo restauró del moro a España,
Que desde Gibraltar y de Sanlúcar,
Ocupó con llegar a la montaña,
El Tajo, el Betis, Duero, Darro y Júcar,
Y en la bella ciudad que el Turia baña
El Cid venció la multitud de Búcar,
No hay imposible a quien espere y crea:
Detuvo el sol el portugués Correa.

Ayuntamiento de Madrid

523

Y fuera de que el cielo nos ampara,
Sólo el ser españoles nos obliga
A no volver al fiero Inglés la cara,
Cuando con más poder nos busque y siga.
Que por ventura volverá la jara
Al arco y mano alarbe y enemiga,
Y cuando no, para morir nacemos,
Y después de la muerte viviremos.

524

No costó la conquista de esta tierra
De balde a sus primeros moradores,
Que sufrieron por ella en paz, y en guerra
Del inclemente cielo mil rigores.
La riqueza bellísima que encierra,
No la gocen extraños labradores,
Que no se han de llevar a sus cortijos
Lo que le cuesta a España tantos hijos.

525

Que vosotros no habéis peregrinado
Con el fuerte Colón, ni habéis sufrido
Al lado de Cortés lo que han pasado
Los ánimos que España ha producido.
Ni cómo estuvo, habéis tampoco estado,
Desnudo Fernán Núñez y perdido
Diez años entre monstruos inhumanos,
Más fieros que abarimos, y bracmanos.

Ayuntamiento de Madrid

526

De los hielos de Flandes no habéis visto
Hasta agora el rigor, escarcha y hielo,
Que sufren por el Polo de Calixto,
Los que calientan con su sangre el suelo.
Ni por el clima antártico de Cristo
Habéis puesto las armas, luz del cielo,
Sufriendo el cancro ardiente, ni el veneno
Del rebelado bárbaro chileno.

527

Esto sufre el español, a tanto obliga
El nombre de español, y de cristiano,
¿Y qué pensáis, cuando verdad os diga?
¿Qué puede ser este Dragón britano?
Basta que la Escritura le maldiga,
Que el Apóstol de Patmos soberano,
Si el número contó de quien le sigue
Sabe que habrá quien su furor mitigue.

528

Romper de los Dragones la cabeza,
De Cristo fué contra Luzbel victoria,
O en el agua con tanta fortaleza
De Faraón la miserable historia.
Es nombre del demonio su fiereza,
Por la lengua veloz, aunque en la gloria,
Que cayendo, perdió, le puso freno
El Angel vencedor de gracia lleno.

Ayuntamiento de Madrid

529

Aquellos tres espíritus inmundos
Que Juan escribe, que el dragón vomita,
O de aquellos caníferos segundos.
También aqueste en otros tres imita.
Rodulfo, y don Tomás, que tantos mundos
Vencer con su arrogancia solicita,
Juan Achines tercero, aunque ya tiene
El primero, lugar que le conviene.

530

Fórmase de tres partes la quimera,
León, cabra, y dragón: el león sangriento
El temor del que es reo considera,
La cabra aquel lascivo fundamento.
Muestra el dragón la variedad ligera
Del uno y otro frívolo argumento,
Aquí está todo junto, y deste modo,
León, cabra, y dragón, quimera es todo.

531

Beben la sangre asiendo las orejas,
A los índicos fuertes elefantes,
Los dragones que mueren con mil quejas
A hidrópicos hinchados semejantes.
Aquellos dragones de erizadas cejas,
Del oro que nos roban abundantes,
Tan preñados se vuelven, que algún día
Los matará su misma hidropesía.

Ayuntamiento de Madrid

532

Que por eso Alejandro, a sus soldados,
Una vez que los vió volver vencidos,
Los despojó, y el oro antes ganados
Quitó y quemó sin serle resistidos.
Vencistes, dijo, pobres y cargados
De los ricos tesoros adquiridos,
Volvéis vencidos por guardar el oro,
Estos lo mismo harán por su tesoro.

533

En fin, el nombre de rapiña al cielo
Es de manera odioso, que solía
Hasta en el sacrificio odiar el celo
De lo que hurtado alguno le ofrecía.
Pues odiosos a Dios, al cielo, y suelo,
¿Qué han de poder en este alegre día,
Que nos ofrece esta victoria, y llama
Al templo de la gloria y de la fama?

534

Visto habéis, españoles valerosos,
De la divina, y de la historia humana
Ejemplos de batallas milagrosos
Y del Dragón el arrogancia vana.
Apretad en los puños belicosos,
Contra la bestia indómita britana
Las cruces que rematan el acero,
Que ha de envainarse por su pecho fiero.

Ayuntamiento de Madrid

535

Mirad del templo el lamentable estrago
Que el rápido furor sin duda ha hecho,
Hagamos con la sangre de este Drago
Blancos los dientes, y contento el pecho.
Santiago, españoles, Santiago
Ensanche el corazón lo más estrecho,
¡Oh gran Pablo eremítico!, y del fuerte
Consagrado a tu nombre el daño advierte.

536

Dijo el mancebo generoso en todo,
Discreto y gran soldado, y todos luego,
Como a español, como a caudillo godo,
Juran seguir su general don Diego.
Alerta estaban todos deste modo,
De cuerdas y ojos sacudiendo el fuego,
Confiriendo entre sí lo que platica,
Y alabando el valor se significa.

537

Ya el fiero coronel marchando, parte
Con novecientos hombres para ciento,
El duro acento armísono de Marte,
De cajas y clarines dando al viento.
Y no creyendo que en ninguna parte
Hubiera a resistille atrevimiento,
Como quien ya para robar se apresta,
La pólvora gastaba en salva y fiesta.

Ayuntamiento de Madrid

538

Con algunos soldados adelante
El falso explorador mulato vino,
Que desde un alto a Judas semejante,
Reconoció la loma, y el camino.
Como el silencio fué tan importante,
No vió lo que de noche se previno,
Y sentado esperó, seguramente
Que se acercase el resto de la gente.

539

Viendo tan cerca el escocés contrario,
Las tres espías con silencio vuelven,
Previénese el esfuerzo necesario,
Y a la famosa hazaña se resuelven.
Llega el mulato al campo draconario,
Y de la duda a su caudillo absuelven,
Pero en fin le mandó que se adelante,
Que era el cuidado entonces importante.

540

Viendo el atajo Andrés en el camino,
Avisa a don Tomás, y parte luego
Un capitán inglés, que a ver se vino
A tiro de ballesta con don Diego.
No le tiró ninguno, mas previno
Todo soldado el polvorín, y el fuego,
Para cuando el camino se cubriese,
Recelóse el inglés, y huyendo fuése.

Ayuntamiento de Madrid

541

Que no suele más pálido el villano,
Que en el camino la culebra mira,
Volver atrás el pie, y alzar la mano,
Como de ver la gente se retira.
Habla en su lengua el coronel britano,
Que armado de desdén, de enojo, e ira,
Cubre el camino de su gente inglesa,
Lloviendo en ellos una carga espesa.

542

La trinchera acomete el Anglo fiero,
Que el fuerte de San Pablo se decía,
Aquel Pablo eremítico primero,
Por ser de su glorioso nombre el día,
Con aqueste apellido que refiero,
Y el de Santiago de españoles guía,
Se comenzó la singular defensa,
Contra la multitud de tanta ofensa.

543

De las ocho a las once los britanos
Tres veces asaltaron la trinchera,
Donde don Diego, con la lengua y manos,
Aquí la gente anima, allí pelea.
Entre los enemigos inhumanos
Tiñe el acero en sangre, el brazo emplea,
Y con esfuerzo y militares modos,
Discurre, esfuerza, acude en todo a todos.

Ayuntamiento de Madrid

544

Saltan de la rodela golpeada
Astillas y centellas; caso extraño,
Que una de tantas balas desmandada
No llegase jamás a hacerle daño.
No están con menos fuerza en la estacada,
Contra el Dragón y su violento engaño
Los dos jamás vencidos corazones
De Juan Henrique, y Pedro de Quiñones.

545

A cuál derriba el brazo, a cuál la pierna
El valiente Quiñones encendido,
A cuál envía a la prisión eterna
De una punta de puño el pecho herido.
A cuál que sube, arroja y desgobierna,
Casi a los brazos cuerpo a cuerpo asido,
Y como toro que la frente eriza
En ellos hace sanguinosa riza.

546

Acude allí don Diego, y sacudiendo
La hidalga espada, los aceros vibra
Al ronco son del fiero Marte horrendo,
Allí presenta el pecho, allí le libra,
Las astas de las picas, que blandiendo
Viene el Inglés como delgada fibra
Cortada y desvía de los mismos ojos,
Haciéndolas astillas y despojos.

Ayuntamiento de Madrid

547

Helado en pie (como el sagaz podenco)
Tal vez dejaba al Anglo con la pica,
Como en los valles de Coquimbo y Penco
El que a la maza bárbara se aplica.
Y a Juan Henrique Conebut flamenco
Los tajos de su patria certifica:
Aquí, y allí destroza, rompe, y hiere,
Y nuevo nombre de español adquiere.

548

Llega un soldado inglés a la trinchea
De miembros desigual, fornido, y bronco,
Y en medio de la rígida pelea
Afirma el pie sobre el primero tronco.
Para trepalla anhela e ijadea,
Gimiendo con el pecho bajo y ronco:
A quien siguiendo un escocés aplica
Al mismo puesto el ánimo y la pica.

549

Pero dos españoles arrebatan
Las astas con que entrar los dos aspiran,
Ya los de afuera defenderlas tratan,
Ya los de adentro por ganarlas tiran,
Dos balas de contienda desbaratan,
Con que a un tiempo los dos sueltan, y expiran,
De las astas haciendo estanteroles
A su opinión los fuertes españoles.

Ayuntamiento de Madrid

550

Una manga de ingleses llega junta
Viendo que se resisten como rocas,
Y los mosquetes a una escuadra apunta
Escupiendo relámpagos las bocas.
Allí una vida de español difunta
No cuesta de la tropa inglesa pocas,
Cayeron diez, y un capitán entrellos,
Rojo de plumas, barbas, y cabellos.

551

Don Diego asiste, vuelve, y solicita
El ánimo de todos si faltaba,
Estos pone en un puesto, aquéllos quita,
Esfuerza al flaco y al valiente alaba.
Quiñones las hazañas resucita
Del Cid, que las fronteras conquistaba;
Henrique aprieta el puño de la hoja,
Que hasta la cruz desde la punta moja.

552

Y ellos y los demás obedecían
Como a su general al fuerte Amaya,
Que la jurisdicción reconocían
Que al río Pequenil términos raya.
Ya que el segundo asalto acometían
Echó por todas partes atalaya,
Oyó un clarín donde la escuadra puso,
Y de las armas el rumor confuso.

Ayuntamiento de Madrid

553

Partió el remedio, y viendo que cesaba,
Al lugar que dejó, la vista emplea,
Que su gente mejor desamparaba,
Subiendo los contrarios la trinchea
No de otra suerte el escuadrón trepaba
De las picas y gente dragontea
Que el vulgo sin respeto ni decoro
A los andamios cuando sale el toro.

554

Arremete furioso, y con la espada
La retirada gente deteniendo
Con el acero y la razón honrada
Semejantes palabras va diciendo:
¿Es esta la esperanza y fe jurada
De defenderos, y vivir muriendo
Españoles hidalgos? ¿Es aquesta
La honrada aceptación de mi respuesta?

555

Volved, volved, que no es razón que quepan
Tales cosas en tales corazones,
Que más vale morir, que no que sepan
Esta infamia de vos, otras naciones.
Estos que agora valerosos trepan,
No son hombres cual veis, sino dragones;
Venid y cortarémosles las alas,
De que para subir han hecho escalas.

Ayuntamiento de Madrid

556

¿Agora, los que tienen hecho tanto
Quieren volver atrás por lo que es menos?
Eso no es de españoles: y me espanto
De mí, que os he tenido por tan buenos.
Fiad en Dios, llamad a nuestro santo,
De fe, y de esfuerzo, y de esperanza llenos:
Santiago, aquí soldados, cierra España,
Que a quien defiende a Dios, ninguno daña.

557

Con esto entre ellos arremete al puesto,
Poniéndose el primero a resistillos,
Donde Henrique a morir está dispuesto,
Haciendo de los brazos dos castillos.
Llega Quiñones con su gente en esto,
Y ciérranse del todo los portillos,
Derribando a la tierra los ingleses,
A tajos, estocadas, y reveses.

558

Cuál mide de cerebro el suelo rojo
De la enemiga sangre, y cuál de frente
En la fajina cae lánguido y flojo,
Donde muere pisado de la gente.
Cuál manco, estropeado, herido, o cojo,
Se descuelga del árbol diligente,
Y va huyendo a socorrerse luego,
Como de casa en que se enciende fuego.

Ayuntamiento de Madrid

559

En el tercero asalto acometieron
Con tal tibieza, hielo, y cobardía,
Que ya sus capitanes no pudieron
A palos animar la infantería.
A diestro y a siniestro heridas dieron
En la mísera gente que corría
Como si fueran los contrarios ellos,
Pero no fué posible detenellos.

560

Como suele el ganado cuando salta
El primero algún hoyo, o valle ameno,
Que no puede el cayado, o la voz alta
Del mísero pastor ponerles freno.
Ansí a los oficiales fuerza falta
Para que el escuadrón, de temor lleno
No siga atravesando por su ira
Por donde el más cobarde se retira.

561

Dejan en una calle que subía
A la trinchera, cuatro, o seis soldados
De las picas mejores que traía,
Y cuatro mosqueteros empeñados.
Pues viendo el Capitán que los regía
Que habían de morir, quiso que honrados,
Y viendo que los nuestros ya se alargan,
Calan las picas, los mosquetes cargan.

Ayuntamiento de Madrid

562

En este punto el capitán Agüero
Que cuarenta soldados le traía,
Adelantóse por llegar primero,
Oyendo la confusa batería.
Diego Sánchez su alférez fué el tercero,
Y dos soldados de su compañía,
El licenciado Vera, y Feliciano,
Caja y clarín hiriendo el aire vano.

563

Con deseo de ver al enemigo
Agüero sale, aunque pasado el plazo
Con Pedro de Quiñones, buen testigo
De su deseo y animoso brazo.
Mas los nueve que estaban donde digo
Se le pasaron luego de un balazo,
Que si agüeros no es bien que tema un hombre
Aquí no se excusaban por el nombre.

564

Esto es lo que se llama llegar tarde,
Y negociar temprano, mas yo creo
Que tarde olvide el escuadrón cobarde
De Agüero el mal agüero, y buen deseo.
Arremete la gente al anglo alarde,
Haciendo de las hojas fuerte empleo,
Que aunque nueve su número se llama,
Serán los de la infamia, y no la fama.

BIBLIOTECA MUNICIPAL MADRID

Ayuntamiento de Madrid

565

Allí era ver las hojas de Toledo
De Francisco Ruiz, maestro raro,
Cortar sin que de mellas tenga miedo,
El casco, y dueño inglés sobre el reparo.
Fué la pieza menor, oreja, o dedo,
Por vengar el agüero entonces claro,
Sin ver la perspectiva de Carranza,
Por cuál ángulo más la espada alcanza.

566

Llegó un hora después de estos agüeros
Su compañía a paso apresurado,
Y luego con noventa arcabuceros
El capitán Callejo, y Luis Delgado.
En el río de Chagre los primeros
Por la creciente, tímidos del vado,
No le osaban pasar, y detenidos
Estaban animosos y corridos.

567

Mas como suele el nadador que mira
Al amigo en el agua que se ahoga,
Arrojarse vestido donde expira,
Y con manos y pies, y aliento boga,
Los capitanes con valor que admira
La romana virtud, clámide, y toga,
Se arrojan por el agua hasta los pechos,
Y a la temida margen van derechos

Ayuntamiento de Madrid

568

El pez león del mar es tan piadoso,
Que se le allegan otros infinitos,
Que van siguiendo el curso presuroso,
Como en la lista de su gente escritos.
El escuadrón primero temeroso,
Y que buscaba medios exquisitos,
Desta manera sigue los dos peces,
Ya Buzanos, ya Tántalos a veces.

569

No en balde los romanos enseñaban
Orilla el campo Marcio a los tirones
Que en el Tibre senígeno nadaban
Para las militares ocasiones.
Ya los rayos de Febo se apartaban
Del estrellado plaustro y los Triones,
Callaba el mar, el campo, y los ganados,
El céfiro, y los pájaros pintados.

570

Cuando para mostrar su heroico brazo
El maestre de campo al fuerte llega
Don Jerónimo ilustre de Zuazo,
Que tantas plumas a la fama entrega.
Mas viendo que llegó pasado el plazo,
Y que cabellos la ocasión le niega,
Atrás vuelve una legua hasta la venta
De Pero Cano, y dar la vuelta intenta.

Ayuntamiento de Madrid

571

Ciento y cincuenta del Inglés murieron,
Sin doscientos heridos que se valen
De los ligeros pies con que se fueron.
Mirad entre los ciento a cómo salen.
También dos capitanes fenecieron,
Aunque con este número se igualen,
Y de su coronel el propio hermano,
Hombre de estima, y capitán britano.

572

Los muslos un balazo le atraviesa,
Y al fin vino a morir entre las lajas,
Que fueron su sepulcro, y desta empresa,
Adonde hicieron alto gente y cajas
Hábito tuvo de la Reina inglesa,
Honra, privanza, título, y ventajas;
Pero cruces que sirven a ladrones
Desamparan en tales ocasiones.

573

Alojado el contrario entre los ríos,
Una legua de allí, desesperado,
Puso a los españoles nuevos bríos,
Y de su vuelta general cuidado.
Y aunque las urnas y cristales fríos
De Acuario mostraban rostro airado,
Gastan la noche toda en atalaya
Los capitanes, y el valiente Amaya.

Ayuntamiento de Madrid

574

Mirad, señor, cuán importante hazaña
Fué la deste mancebo y de su gente,
Y de cuánto provecho para España,
Y para todo el polo de Occidente.
Olmos del río que mi patria baña,
Creced los ramos, coronad su frente,
Alcides fué la envidia, no lo niega,
Mas ¡ay!, que fuisteis de mi humilde vega.

575

Tiempo vendrá que cante en otra lira
Con otro plectro si lo quiere el cielo,
El valor español que al mundo admira,
Con fuerza del amor del patrio suelo.
Que puesto que la envidia me retira,
No me conocerá trocado el pelo,
Y entonces cantaré sus alabanzas,
Si llegan hasta allí mis esperanzas.

576

Podré cantar, si la fortuna en popa
Me toca de su dueño soberano,
Cómo cierra los términos de Europa,
Y comienza el Poniente el suelo hispano.
Si es abundante de oro, plata, y ropa,
Templada en el invierno, y el verano,
Si es copiosa de Ceres, y Libeo,
Y en ella tuvo fama el gran Leteo.

Ayuntamiento de Madrid

577

Su costa a quien le sirve de guirnalda,
El mar que en Francia le cortó Pirene,
Del monte Sacro la temida falda,
Que tal tesoro en sus entrañas tiene.
La distancia de Orospeda a Iubalda,
Que hasta la mar desde Vizcaya viene,
Los montes Marianos y sus tierras,
Que ahora llaman las nevadas sierras.

578

Diré del Ebro que a Jalón recibe,
A Pisuerga, Tiron, Ega, Arga, y Baya,
Y cómo templa el hierro el río Calibe,
Antiguamente célebre en Vizcaya.
Lo que del claro Tajo Plinio escribe,
Hasta que ve de Portugal la raya,
Las aguas dulces del corriente Segre,
Y el Rubricato de color alegre.

579

Los caballos feroces en la guerra,
Ligeros en la paz, que al viento exceden,
Los frutos abundantes de la tierra,
Cuyas olivas celebrar se pueden.
Las fuentes salutíferas que encierra,
Pues es tan justo que en memoria queden,
Y la que pasa por la piedra azufre,
Cuyo calor tocarse apenas sufre.

Ayuntamiento de Madrid

580

Su origen, y sus Reyes de los godos:
De Hispan hasta Rodrigo desdichado,
Y de Pelayo hasta Filipo todos,
Filipo que nos dió siglo dorado.
Reinos, ciudades, armas, leyes, modos,
Desde el primero hasta el presente estado,
Colonias, edificios, y calzadas,
Los conductos y puentes celebradas.

581

Darán lugar para discursos varios,
Más en mármol guardados que en papeles,
Decios, Cornelios, Silutos, Pimentarios,
Que ahora Dezas son, y Coroneles.
No son Silvios de Silvas muy contrarios,
Ni de los Pimentarios Pimenteles:
También diré de aquellas torres claras
De Velascos, Mendozas, y Guevaras.

582

Los moros africanos y andaluces,
Las conquistas de Reyes castellanos,
Las órdenes e insignias de las Cruces.
Al pecho trasladadas de las manos.
Y las estrellas fúlgidas y luces
Que al cielo dieron Decios, y Dacianos,
De españoles ilustres por martirio,
De laurel coronados, palma, y lirio.

Ayuntamiento de Madrid

583

También diré de Carlos Quinto historias,
De aquel don Juan, terror del Asia, hazañas
De Filipo conquistas y memorias
De un Cortés español cosas extrañas.
De un Toledo y Bazán tantas victorias,
Cuantas celebran hoy las dos Españas,
Y de los otros capitanes hechos grandes,
En Alemania, Italia, Francia, y Flandes.

584

Cantaré del famoso descendiente
Del gran Fernando, gloria de Beamonte,
Aquel valor divino y excelente,
Alba de nuestro hispánico horizonte.
Y aquel milagro de la edad presente,
Ya en el campo Marcial, ya el Pindo monte
De un Condestable de Castilla, solo
Marte en la espada, y en la pluma Apolo.

585

Las altas esperanzas y blasones
Que en tierna edad su claro ingenio abona,
De aquel Pedro que adorna sus jirones
De oro y laurel tejiendo la corona.
Por quien el agua clara de Corbones
Se humillan los cristales de Helicona:
Y allí la fama, Duque, Marqués, Conde
De Osuna, Ureña, y Peñafiel responde.

Ayuntamiento de Madrid

586

Aquella espada belicosa y fuerte,
Si del ingenio bastan fuerzas y arte
Para poder quitársela a la muerte
Cuelgue en el templo del sangriento Marte.
De aquel mancebo ilustre que la suerte
Tuvo tan corta en el vivir, en parte
Que el gran nombre de Silva, y de Pastrana
Viven con fama eterna y soberana.

587

Y si de versos dulces numerosos
Propios de España, honrar quiero la fama,
El Conde de Salinas, los famosos
Del mundo excede con su honesta llama.
Si envidia y tiempo injustos envidiosos
Desde la cuna a la postrera cama
Al Marqués de Tarifa libre dejan,
Ya de la fama que ganó se quejan.

588

Los versos dignos de una ilustre empresa
De aquel Francisco de los Borjas gloria,
Que con la mayor cruz honra a Montesa,
Y con su pluma, la española historia.
Y el Pimentel que de loar no cesa
De España agradecida la memoria,
Y el heroico varón Marqués de Denia,
Digno del griego que pintó a Ifigenia.

Ayuntamiento de Madrid

589

Con letras de oro, escritos en diamantes,
Del generoso Duque de Gandía,
Los versos elocuentes y elegantes
Celebrará también la historia mía.
Y pues que no se vieron claros antes
Que amaneciese de su ingenio el día,
Los montes de Helicón que hoy vemos claros
Cantaré del Marqués de Montes claros.

590

Y de los dos hermanos honra y gloria
Del español vandálico horizonte,
La heroica vida, y la inmortal memoria
Música eterna del Castalio monte.
Cisnes del Betis, ocupad la historia
Del Marqués valeroso de Ayamonte,
Y del gran capitán Don Luis su hermano,
Como su antecesor en nombre y mano.

591

Y de aquella ribera ilustre y nueva,
Llena de discreción, gracia, y blandura
De aquel Francisco, por quien Tajo lleva,
Ventaja a las demás en hermosura.
Y cuando aquella palma se le atreva,
Algún laurel de nuestra fuente pura,
Suba del Conde la gloriosa palma
Donde viven las obras, cuanto el alma.

Ayuntamiento de Madrid

592

Para dar a mi canto un gran trofeo,
Aunque en loarle, el que merece agravio
Diré de España el nuevo Tolomeo,
Purbaquio, Sacrobosco, Regio, y Clavio.
Honrando a Murcia de un cristiano Orfeo,
En todas artes liberales sabio,
Vuele la fama con su voz sonora,
Del docto don Ginés de Rocamora.

593

Las letras, la bondad, la cortesía,
De aquel don Juan de Arguijo Sevillano,
En quien se ve por gracia y gallardía
La imagen de un perfecto cortesano.
De aquel varón insigne que podía
Llamar el mundo Macedón cristiano,
Donde tantas virtudes resplandecen,
Que eternos versos y laurel merecen.

594

Aquel alma real, aquella suma,
Cifra de cuanto bien conoce el suelo,
Aunque como otro Dédalo presuma
Mirar los rayos del ardiente Delos.
Seguro del honor, no de la pluma,
Podré cantar venciendo al arte el celo,
Con la virtud que por el mundo esparce
El valor de Rodrigo Vázquez de Arce.

Ayuntamiento de Madrid

595

Y el grande ingenio que regir podría
Cuanto ganara en Alejandro Mano,
De aquel navarro a quien Castilla fía,
Con gran razón la de su estado hispano.
Y aunque es difunta ya la Vega mía,
Secando a mi Fonseca soberano,
Diremos, como el Fénix se renueva,
De aquel Fernando en otra vida nueva.

596

También la santidad de aquel Manrique,
A quien la flor de mis primeros años
Este tributo es justo que publique,
Como a primero puerto de mis daños.
Y aunque su gloria la del mundo aplique
Para ejemplo de propios y de extraños,
Celebraré su claro entendimiento,
De tan altas virtudes ornamento.

597

Por la luz de los Avilas, que debe
Llamarse ansí virtud tan digna y sola,
También es justo que a la fama lleve
La historia de Prelados española.
Para que en nuestro siglo se renueve,
De Julián y Paulino en Cuenca, y Nola.
La vida inimitable en Cartagena,
De aquel don Sancho que la envidia enfrena.

Ayuntamiento de Madrid

598

Y si de aquel mi peregrino objeto
Recogiere algún tiempo la gran suma,
Que dirigida al celestial sujeto,
No es justo que el olvido la consuma.
De su hermosura, y mi amoroso afeto,
Cuando cantando hubiere, lira, y pluma.
Ha de vivir donde el amor me dice,
Que su nombre y mi fe se inmortalice.

599

Mas ya es razón que el prometer ligero
Límite ponga al imposible, tanto
Que desmayara el venusino Homero,
Y que al pastor del Mincio diera espanto.
Volviendo a mi propósito primero,
Digo, señor, pero el siguiente canto
Proseguirá mejor, con qué fortuna
Tocó la frente del Dragón la luna.

Ayuntamiento de Madrid

CANTO IX

LLEGA DON TOMÁS Basbile desbaratado al Nombre de Dios; el Draque pone fuego a la ciudad, y se embarca con el resto de la gente; cuenta Guillermo Inglés su vida a don Diego Suárez. Miran España, Italia, y las Indias, su destrucción de la armada: porfía en tomar a Panamá, y desembarca en Puerto Belo, a cuya defensa sale el general don Alonso de Sotomayor

600

TRISTE, afligido por tan varios casos,
Cubierto el corazón de sangre y hielo,
Midiendo el suelo de una sala a pasos
Y con el pensamiento, mundo, y cielo;
Temiendo de la guerra los fracasos,
Y de don Diego el generoso celo,
En el Nombre de Dios el Draque espera
El cierto fin de la batalla fiera.

Ayuntamiento de Madrid

601

Sin duda, dice el referido Ojeda,
(Traidor al Rey y a la nación cristiana)
Que nuestro coronel vencido queda,
Y lo está desde ayer por la mañana.
¿Cómo es posible, le responde, pueda
Vencer la nuestra a la feroz britana?
Vuestra Excelencia esté con mucho gusto,
Y deje el melancólico disgusto.

602

Setenta hombres no más, don Diego tiene,
Sin armas, sin cabeza, y sin milicia,
Y si de Panamá socorro viene,
Más saben, que de guerra, de codicia.
Es gente que del trato se entretiene
La Audiencia de gobierno y de justicia,
Y con Mercurio, y Júpiter no hay parte
Que más se aleje de Belona y Marte.

603

La gente de Basbile no es bisoña,
Sino de largo tiempo ejercitada,
No usada entre el ganado a la zampoña,
Sino al pífaro y tántara templada.
Dragones de Aníbal, cuya ponzoña
Hizo temer a la contraria armada,
O como aquella gente Dragontea
Que tiene su señal porque lo sea.

Ayuntamiento de Madrid

604

No dudes de gozar tanta riqueza
Como de Panamá te ofrece el hado,
Que a su triunfo tus pasos endereza
Por Chagre, desde el Támesis helado.
Draque, con bajos ojos y cabeza,
Oye el traidor, que la razón de estado,
Ha puesto en la lisonja que se usa,
De donde viene a ser razón confusa.

605

Debía de saber el mal suceso,
Que familiar se dice que tenía,
Y pues ahora llego a tratar deso,
Escuchad lo que dél, Londres decía.
Que sea verdad este notable exceso,
No lo afirma, señor, la historia mía,
Lo que se dice, os digo, eso divulgo,
Si es voz de Dios allí la voz del vulgo.

606

Su misma patria afirma que el demonio,
Con él tenía pacto y conveniencia,
De que era cierta prueba y testimonio
Una cédula escrita en su presencia.
Está el dragón del monte Calidonio,
Y el que cayó para su eterna ausencia,
Del monte del excelso Testamento
Hicieron con infame juramento.

Ayuntamiento de Madrid

607

A cierto plazo el alma le mandaba,
Que si es verdad, señor, es prodigiosa,
Y que mi musa por decirle estaba,
Erizado el cabello, temerosa.
Desta manera su nación le alaba
Que no es en esto España mentirosa,
Y de hombre que ha negado a Dios, ¿quién duda,
Que a su enemigo por favor acuda?

608

Con esto tiene aviso, y con él priva,
Sirviendo en un anillo conjurado;
Soldados de la nave en que yo iba,
A Ingalaterra, aquí me lo han contado.
Que en ocho años de prisión esquiva,
Que en la corte de Londres han pasado,
Oyeron estas cosas que refiero,
Que alma tan conforme a un cuerpo fiero.

609

Doce lanchas envía, que acometan
Por el río de Chagre, y él se embarca,
Aunque por más que todos le prometan
Teme que coge el sol, y el viento abarca.
Agüeros melancólicos le aprietan
De que le llama la funesta Parca,
Y aquí, y allí, sin fuerza y sin sosiego,
Maldice el pensamiento de don Diego.

Ayuntamiento de Madrid

610

Llega Andrés Amador, y dale aviso
De cómo don Tomás perdido viene,
Pierde el color, y aunque vencer se quiso
No halla risa que su pena enfrene.
Manda volver las lanchas de improviso,
Y recoger el coronel previene,
Cubriendo el monte las ocultas vías
Tres fuertes y lucidas compañías.

611

Manda poner al Nombre de Dios fuego,
Digo aquella ciudad del nombre suyo,
La casa en que vivió se emprende luego,
Que desta hazaña su bajeza arguyo.
A voces dice: ¡Ay, español don Diego,
Bastaba ser aqueste nombre el tuyo.
Debes de ser el Santo que en su tierra
Venció de tantos bárbaros la guerra!

612

Levanta la materia salitrada
La excelsa llama, y a su misma esfera
Envuelta en humo sube apresurada
Consumiendo en ceniza la madera.
Estalla el pino, y crece derramada
La tea o su licor de dentro y fuera,
Crujiendo el fácil bálago y la paja,
Que de centellas y humo el aire cuaja.

Ayuntamiento de Madrid

613

Como el villano que el Agosto hecho,
Y en las trojes guardado el blanco trigo
A las reliquias rubias del barbecho
Pone fuego que abrasa el monte amigo.
Ansí donde vivió con vil despecho
Abrasa la posada el enemigo,
Que siempre el hombre mal nacido deja
Cuando se va, los huéspedes con queja.

614

Suelen dejar los Príncipes exentos
Los pueblos donde fueron recibidos,
Los huéspedes hidalgos y contentos,
Y los villanos siempre destruídos.
Mas pienso de los altos pensamientos
De aquellos moradores bien nacidos,
Que cuando los ingleses no lo hicieran,
Fuego a sus casas al volver pusieran.

615

Daba el divino César vuestro abuelo
Casa a Borbón francés en la de un grande
Y respondióle con honrado celo:
Yo debo hacer lo que mi Rey me mande:
Pero en saliendo della ¡vive el cielo!
Que apenas del portal seis pasos ande,
Cuando la ponga con mis manos fuego;
Esto hiciera también después don Diego.

Ayuntamiento de Madrid

616

Al cual, de la victoria el mismo día
Alzando un blanco lienzo en una vara,
Vino un mancebo inglés que parecía
Católico en las obras, y en la cara.
No me tiréis, no me tiréis, decía,
Y ansí el furor de los soldados para;
Que sube la trinchera resbalando,
Por la caliente sangre de su bando.

617

Misericordia de rodillas pide,
Don Diego le promete acogimiento,
Dale a comer, que el sobresalto impide
Hallar entre los huéspedes sustento.
Tras el bizcocho y queso, el que preside
En toda fiesta y mesa le da aliento,
Bebe, y dice su patria, intento, y nombre,
Que el vino alegra el corazón del hombre.

618

Guillermo soy, católico Don Diego,
Valeroso español, y Marte indiano,
En el error de Ingalaterra ciego
Con algunas centellas de cristiano.
Que en las cenizas del primero fuego
Si las revuelve tu piadosa mano,
La piedra de mi alma no está fría,
Ni el gran nombre de Cristo, y de María.

Ayuntamiento de Madrid

619

Tuve un hermano, compañero santo,
De aquel Jesús que tantas veces nombra,
Pablo su Apóstol, y se humillan tanto,
Cielo, tierra, e infierno, a quien asombra.
Deste, cuya memoria alegre llanto
Baña mis ojos, comencé a ser sombra;
Mas cuanto más mi sol iba a su ocaso
Creció mi sombra, y alargó su paso.

620

Niño estudié con él en su colegio,
De Antonio el Arte, y el de amar a Cristo,
Para escapar con este privilegio
Del nuevo error entre nosotros visto.
Que ya es notorio aquel edicto regio
De la estrellada Virgen a Calisto,
En que Henrico más ciego que Tiresio,
Se quiso hacer cabeza de la Iglesia.

621

Pasaba la gramática de Antonio,
Y entraba en la retórica del cielo,
Dando de entrambas ciencias testimonio,
Mi honesta vida y continente celo,
Cuando el Rey, inducido del demonio,
Perturbador de la quietud del suelo,
Manda prender aquel mi santo hermano,
Con otro viejo fraile cartujano.

Ayuntamiento de Madrid

622

La ocasión ya la sabes, que en efeto
Era darle obediencia como al Papa,
Llega el tropel facineroso inquieto,
Y allá le llevan sin boneto y capa.
Si nombra a Dios, o al Papa en este aprieto
La honrada boca tan sangrienta escapa,
Que no hay cuello ni barba que no ocupe,
Y algunos dientes con la sangre escupe.

623

Cristiano era su nombre, ved si había
Defendiendo el romano Capitolio,
De morir por el nombre que tenía
Desde la pila del Bautismo y Olio.
No suele el áspid que la Libia cría
Huir naturalmente del trifolio
Con más velocidad que huyó mi hermano
De las honras que el Rey le daba en vano.

624

Viéndole ansí con una gran cadena,
En una oscura cárcel importuna
A la lumbre del sol, y siempre ajena,
Ceñirle manda a un mármol o coluna.
¿Posible es, dijo, que merezca pena
Que imite en parte de mi Cristo alguna?
Dichoso mármol blanco del hidaspe,
Si de mi sangre se volviese en jaspe.

Ayuntamiento de Madrid

625

Yo como Pedro desde el atrio estaba
Mirando mi maestro y los jueces,
Y aunque en fuego de sangre me abrasaba,
Ser mi hermano, también negué tres veces.
A las robustas ramas imitaba,
Que a palos dan las verdinegras nueces,
Que sólo con palabras de mi hermano,
Lágrimas derramaba de cristiano.

626

Lloré en efecto oyéndole decirme:
Guillermo, toma ejemplo en propia sangre,
Al Vicario de Cristo adora firme,
Cuando el tirano a azotes te desangre.
Que si en esta opinión no has de seguirme
Haré que mis fraternas venas sangre,
De suerte que no tengas parte en ellas,
Pues no la has de tener de las estrellas.

627

Mira los siete hermanos Macabeos
(Aun sin tener del muerto Cristo ejemplo),
Mostrando en el martirio los deseos
De ser columnas firmes de su templo.
Tú que has visto su cruz y los trofeos,
Que el dolor de su pasión contemplo,
Corona, azotes, clavos, lanza, esponja,
Huye la adulación y la lisonja.

Ayuntamiento de Madrid

628

Deja del Rey el ínclito palacio
Sepultura dorada de hombres vivos,
Que siendo nuestra vida corto espacio
Vienen a ser sus bienes fugitivos.
Esto decía aquel cristiano Horacio
Entre muchos católicos cautivos,
Que en la puente del mundo defendía
La multitud que el alma combatía.

629

Llegando el día del rigor, ¡ay! triste
(¡Ay! alegre, diré mejor, don Diego),
Atado a un palo de su sangre viste
La dura tierra de su pueblo ciego.
Sus tormentos, sus máquinas resiste,
Su yerro infame, y su encendido fuego,
Asistiendo a su bárbaro suplicio,
Mis tristes ojos con piadoso oficio.

630

Matar pudiera el fuego el agua amarga,
No le mató, que la lloraba lejos,
Él desde allí su mano santa alarga,
Y de su sol me tocan los reflejos,
Que no obedezca al fiero Rey me encarga
Oyendo yo sus lastimosos dejos,
Puesto a mi cuello tan extraño nudo
Que iba el alma a salir, pero no pudo.

Ayuntamiento de Madrid

631

Rompe del cruel verdugo el vil cuchillo,
El pecho santo, de aquel alma velo,
De donde saca el corazón sencillo,
Y palpitante se le arroja al suelo.
Jesús, dijo tres veces, que de oíllo
Se alegraron los Angeles del cielo,
Que a un tiempo abrieron el cuchillo y alma
El pecho y cielo en que le dieron palma.

632

Quedé triste y alegre, y por un año
Tuve siempre su rostro en la memoria,
Viviendo libre del común engaño,
Que propagaba su maldad notoria.
Pero amor, que nació por nuestro daño,
Y como sabes comenzó su historia
Primero que la envidia, y que la muerte,
Mis sinceros propósitos pervierte.

633

Amé una dama, que entre hielo y nieve
En el Septentrión crió Suecia,
Que en hermosura y castidad se atreve
A competir con Lamia, y con Lucrecia.
Pues cuenta desde trece a diez y nueve
Las vueltas que el hermano de Lampecia
Al mundo pudo dar con rayos de oro,
Que tantos años ha que a Claudia adoro.

Ayuntamiento de Madrid

634

Y tantos ha también, que descuidado
Del santo hermano que la luna pisa
De la palma de mártir adornado,
Que con el sol resplandeciente frisa,
Sigo como su cómplice y soldado
De amor, y de Lutero la divisa,
Que todo pienso que es de una manera,
Bárbara secta, indisputable, y fiera.

635

Mas como todo el mundo esté sujeto
A la mudanza y vuelta de fortuna,
Y no haya estado sólido y perfeto
Debajo de la esfera de la Luna,
Y haga en la mujer tan presto efeto
El nuevo amor que llora, y que importuna,
Dejóme por quien yo jamás pensara
Que en su lealtad acogimiento hallara.

636

Galas entonces trágicas me visto
Para que mi desdicha el tiempo aplaque,
Y por soldado en Cicestria me alisto
Entre la gente de Francisco Draque.
Alguno de vosotros puso en Cristo,
Que quiere el mismo Dios que yo le saque
En un hueco de un árbol que cubrían
Ojos que al tronco sin humor nacían.

Ayuntamiento de Madrid

637

Bien dicen que de sierpe fué figura
Que como el labrador que vió la sierpe,
Hurtó mi rostro aquella nieve pura,
Que baña el campo de Namur, o Antuerpe.
Allí, para llorar mi desventura
Quisiera de un David tener la Euterpe;
Al fin, al árbol dije arrepentido,
Como Absalón por el cabello asido.

638

Arbol, si vos con ser de inútil nombre
Tenéis el corazón de carne tierna,
¿Por qué le ha de tener de piedra un hombre
A quien el alma racional gobierna?
Mi loca vida, que aun Alarbe asombre,
Y la pasada corrección fraterna
Piden piedad, oh árbol santo y puro,
Al alma tierna dese tronco duro.

639

Besándole mil veces, el camino
Tomé del monte, y a mi campo llego,
Donde en esta batalla el alma inclino
Al son de vuestras armas, gran don Diego.
Volver a Dios procuro y determino
Aquel pseudo profeta infamo y niego,
Doleos de mí, pues ya sabéis mi historia,
Que es obra para el cielo meritoria.

Ayuntamiento de Madrid

640

Dijo, y moviendo el general cristiano
A compasión, con tierno acogimiento,
De procurar su bien, le da la mano
Con español y noble juramento.
Diciéndole también, que el Rey hispano
Estimaría su cristiano intento,
Como columna santa alabastrina
De aquella piedra triangular divina.

641

Saca Guillermo dos naranjas luego,
Y partiendo la una, della come;
La otra ofrece al general don Diego,
Y sin sospecha dice que la tome.
Pregúntale después con blando ruego
(Que no hay pecho tan fiero que no dome),
Los arbitrios del Draque en esta empresa,
Que ansí por sus capítulos confiesa.

642

En todo lo que toca a la jornada
Lo mismo dijo que a don Pedro Tello
La gente en el tormento confesada,
Que nunca sabe sin tormento hacello.
Cuanto a la gente en Londres alistada,
Sin discrepar un mínimo cabello,
Dice que cinco mil, los tres de guerra,
Y los dos de la mar, y de la tierra.

Ayuntamiento de Madrid

643

Y que el río de Chagre acometieran
Antes que al Puerto de común acuerdo,
Si el Draque solo, a quien matar esperan,
No reprobara parecer tan cuerdo.
Y que si acaso ahora consideran
Volver al río por el rumbo izquierdo,
Será en su daño, porque ya la gente
Perdida, poca, y sin valor se siente.

644

Contó luego la entrada de Canaria,
Y en la de Puerto Rico el daño fiero,
Y dijo su intención, siempre contraria
A la secta del bárbaro Lutero.
Y no fué en esto mentirosa y varia,
Que fué del cielo vocación primero;
Pues enviando a Panamá a Guillermo,
Sanó del alma, de que estaba enfermo.

645

Abría el sol las puertas del Aurora,
Los pimpollos de plantas y de flores
Enjugando las lágrimas que llora,
Que paran siempre en agua los dolores,
Cuando después que las montañas dora
Aquel Soto Mayor de los mayores,
Don Alonso famoso, y diligente,
Al fuerte llega, aunque con poca gente.

Ayuntamiento de Madrid

646

De la casa de Cruces vino, adonde
Con Bautista Antoneli, un ingeniero
De los que Italia diestros tiene, esconde
La entrada a Chagre al calidonio fiero,
Que le siga le ruegan, y responde,
Puente de plata al que huye, y si de acero
Para su gran codicia se la hiciera,
Sin duda que por ella le cogiera.

647

Levantóse del triste alojamiento,
Que no sufre el temor tan largas calmas,
Marchando a la ciudad con paso lento,
O heridos en los cuerpos, o en las almas,
Y esto con tanta falta de sustento,
Que de cogollos de silvestres palmas,
Y de cañas virotes animaban
Los cuerpos que a los troncos arrimaban.

648

No pudiendo llegar a la bajada
De la nombrada sierra de Capira,
Quedó la gente mísera alojada
Que de los españoles se retira.
En fin, de los soldados alcanzada,
La que descansa, o la que herida expira,
Cuatro heridos trajeron, que don Diego
A la Audiencia Real despacha luego.

Ayuntamiento de Madrid

649

Halló un soldado un capitán herido,
Que estaba entre los muertos desangrado
Blanco el cabello, y rojo de teñido
En sangre hasta la barba y pecho honrado.
Llevarle quiso, a lástima movido:
Y el fuerte, aunque decrépito soldado,
Asió una pica, y sin temer la muerte,
Terciándola, le dijo de esta suerte.

650

Español desbarbado y atrevido
Que a tan extraño punto me reduces,
De color de bastardo mal nacido
Aunque traigas disculpas andaluces.
Mal color, mala cara, y mal vestido,
El alma baja por cristal trasluces;
Y un hombre como yo, que quiere, advierte,
Más que tu vil prisión, su honrada muerte.

651

Tengo yo mucha barba para dalla
A quien apenas tiene el primer bozo,
Y muy blanca también para manchalla
En la tinta de un bárbaro tan mozo.
Ven, cuerpo a cuerpo, a singular batalla,
Sin esperar de mi prisión el gozo:
Que aquesta poca vida que me queda
Bien es, que esta licencia me conceda.

Ayuntamiento de Madrid

652

Inglés, responde el soldadillo loro,
Que soy mejor que tú, sin duda es llano
Pues la ley evangélica que adoro,
La sigo sin error como cristiano.
Si la virtud de la piedad ignoro,
En apretar al arcabuz la mano,
Es porque a falta de razones quiero
Que conozcas por obras a Lutero.

653

Dijo, y poniendo al salitrado grano
El elemento más voraz, adonde
Por la pequeña entrada al viento vano
En el cañón horrísono responde.
Afloja el fresno de la fuerte mano,
Y en el infierno la arrogancia esconde;
Que sacándole el alma por el lomo,
Le mete dentro un ánima de plomo.

654

Llegando el coronel desbaratado
Con los demás al general perdido,
Viendo enfermo el ejército mojado,
De la humedad el agua corrompido.
Que los ríos pasando a pie, y a nado,
Enjuto jamás vieron el vestido:
Embárcase con ellos, y en un punto
Los cubre color pálido y difunto.

Ayuntamiento de Madrid

655

Estaba encima de la inglesa armada
La religión cristiana victoriosa,
De divinos espíritus cercada,
Con su espada de fuego rigurosa.
Y sobre la santísima celada
Una paloma cándida y hermosa,
Que daba luz a siete plumas bellas,
Con pico de rubís, y pies de estrellas.

656

En una isla enfrente, sobre un prado
De esmeraldas, diamantes, y jacintos,
Por la florida margen esmaltado
Entre varios pensiles laberintos.
Por el tranquilo mar sesgo y salado,
Con ojos de mortal vista distintos,
España, Italia, América, miraban,
Las llamas que sobre ellos arrojaban.

657

Cayó la Babilonia España, dice,
La madera en ceniza se resuelve:
Ezequiel armada te maldice,
Del fuego sale quien al fuego vuelve:
Dad gritos, naves, que ya el mar predice
Vuestra fortuna, y en su arena envuelve;
Decid con Esaías: ¿Quién creyera
Que Tiro coronada esclava fuera?

Ayuntamiento de Madrid

658

A tu carne dará Dios enojado
Baruch, porque buscaste grandes cosas,
La desventura y daño inopinado,
Y porque en vicios duermes y reposas.
Ya del Proverbio estabas avisado
Que a las riquezas vanas, codiciosas,
Y de imposible y áspera conquista,
No levantarás corazón ni vista.

659

Draque entre tanto al mar con grandes pesas
Y gran pesar, los cuerpos arrojaba,
De aquellas naves míseras inglesas
Que la espada crucígera quemaba.
Y aunque iban hasta el fondo a los pies presas,
Como sustento vil los vomitaba,
Y fluctuando muchos dellos trujo,
Al arrecife y playa el gran reflujo.

660

Con esta pestilencia y desventura
Dos naves quema, que sin gente lleva,
Y con el resto enfermo, dar procura
Velas al viento, disparando a leva.
Como era la sazón áspera y dura
Quel Saturnino Acuario el rostro eleva,
La corrompida gente se le pasma
Mintiéndole el Profeta, y la Fantasma.

Ayuntamiento de Madrid

661

La vuelta del Escudo de Veragua
El rumbo tuerce el bárbaro, y fabrica
Seis lanchas, que por donde Nicaragua
A Cartagena su corriente aplica.
Lleguen a la laguna en que desagua,
Con esperanza de la presa rica,
Que no teme de Acuña los asombros,
Al mar del Sur pasándolas en hombros.

662

Ya pone en Panamá su pensamiento
(Que sólo el pensamiento poner pudo),
Llega a Veragua con el mismo intento,
Mas no pudo jamás montar su escudo.
No sólo se lo niegan mar, y viento,
Neptuno airado, y Aquilón desnudo,
Sino la muerte de trescientos hombres
De enfermedades de diversos nombres.

663

¡Oh! castigo de Dios, ¡oh! santa espada,
¡Oh! justicia rectísima del cielo,
Que presto Babilonia levantada
Humilla con Nembrot su extremo al suelo.
Arriba, en fin, la miserable armada
Una luna pasada a Puerto Belo,
Con veinte y siete velas solamente,
Desesperado el resto de la gente.

Ayuntamiento de Madrid

664

Y aunque era la sazón en que los peces
Mostraban sus escamas argentadas,
Y los Tritones, de la mar jueces,
Las frentes de corales coronadas,
Anima su escuadrón, como otras veces,
Con palabras fingidas y trabadas;
Y hasta ponerle todo en aventura,
Su centro Panamá sigue, y procura.

665

Como el que muchas veces ha perdido,
Y para desquitarse a perder vuelve,
Hasta que de picado, y de corrido,
A perderse del todo se resuelve,
Jura de no volver al patrio nido,
Si el cielo con la tierra se revuelve,
Hasta que funda en Panamá crisoles
Del oro de los tejos españoles.

666

Ya no tenían distinción las cosas,
Robadas las colores, y confusa
La máquina del mundo en las medrosas
Fantasmas de la noche circunfusa.
Los Fhebeos caballos de las rosas
Paciendo ambrosía, por su olor difusa,
En la Calpe asperísima Tartesia,
Daban sus rayos a la diosa Efesia.

Ayuntamiento de Madrid

667

Cuando el silencio y sueño rompen voces
En Panamá, que el enemigo viene,
Y que ya, con sus bárbaros feroces
Por Puerto Belo caminar previene.
Ya los caballos, fuertes y veloces
Relinchan, porque el dueño los enfrene;
Ya la gente se altera, y armas toma,
Y con cualquiera luz el Draque asoma.

668

Ya don Alonso de la cama salta
Y antes las armas toma que el vestido,
Ya le parece que la espada esmalta
Con sangre del Dragón fiero atrevido.
En todo está presente, en nada falta,
Y en su entendimiento prevenido,
Influye a todos corazón y aliento
Con este breve y cuerdo parlamento.

669

Españoles, ya veis cómo porfía
El enemigo Inglés a darnos guerra;
Esta es honra de Dios, del Rey, y mía,
Y vuestra, que perdéis hacienda y tierra.
El que roba de noche teme el día,
Que ha de acertar quien al principio yerra,
Y que ha de errar quien ley y Rey defiende,
Ley de Dios, Rey Filipo cuanto emprende.

Ayuntamiento de Madrid

670

A la ventana ya también se armaba
Don Diego a toda priesa, que don Diego
Calderón de Moscoso le llamaba,
Porque a las ventas caminasen luego.
Vestido apenas pues, don Diego estaba,
Cuando como cometa ardiendo en fuego
Y con alas, más ágiles y exentas,
Pasó de las ventanas a las ventas.

671

El maestro de campo fué el primero
Que allí se halló, don Diego fué el segundo
Y don Alonso el general, tercero,
Primero entre los que hoy celebra el mundo.
Con él venía el capitán Agüero,
Aunque herido, gallardo, e iracundo;
Con ellos luego el capitán Ocampo
Y toda la ciudad cubriendo el campo.

672

Don Diego, al fuerte de San Pablo parte
Con sesenta soldados de su gente,
Que si el Inglés la pone en él, no es parte
A defender que su designio intente.
Guárdale, fortifícale, y reparte,
Linces, espías, y Argos diligente,
Y sobre la trinchera con trofeo
Mira al Dragón tristado, y a Zaqueo.

Ayuntamiento de Madrid

CANTO X

MUERE FRANCISCO DRAque, eligen los ingleses por su general al coronel don Thomas Basbile, a quien don Alonso de Sotomayor inquieta desde tierra: finalmente se hace a la vela, y de cincuenta y cuatro velas con que entró en el puerto de la ciudad de Nombre de Dios, sale de Puerto Belo con diez y ocho, y llega a Ingalaterra con solas cinco

673

SALE la fiera abominable Aleto
Por mil volcanes de diversas quiebras
Del Erebo espantoso, a un triste efeto
Crinada la cabeza de culebras.
En el Estige turbio e inquieto
Bañó de azufre las disformes hebras,
Y como pez que sacudió las ovas,
Atrás dejó las hórridas alcobas.

Ayuntamiento de Madrid

674

Brama con raudas aguas el Cocito,
Hinchado suena el turbio Flegetonte,
Y entre uno y otro lamentable grito
Almas voltea el túmido Aqueronte.
Escapada del pálido distrito
Miró la luz del índico horizonte,
Y adonde el triste Inglés calafatea
La ribera marítima pasea.

675

Viendo enterrar los cuerpos desdichados,
Adonde los espíritus superbos
Bajaban por las almas regostados
Como a cadáver de animal los cuernos.
Donde estaba una tropa de soldados
Más temerosa que cobardes ciervos,
Se mete en forma de un sargento ausente,
Y dice ansí con arrugada frente.

676

¿Hasta cuándo, britanos, seguiremos
Este fiero Dragón, y Basilisco,
Que por su atrevimiento le veremos
Muy presto del Cáucaso atado a un risco?
¿Hasta cuándo las armas llevaremos
Por el gobierno deste vil Francisco,
Sobre nuestras cervices quebrantadas,
Fuego en la mano, y sangre en las espadas?

Ayuntamiento de Madrid

677

¿Hasta cuándo veremos este Chagre
Los ríos del Perú, Chile y Mapocho
Porque él sus triunfos a Isabel consagre
Con millones que van de en ocho en ocho?
Aquí nos dan el áspero vinagre,
El carcomido y mísero bizcocho,
Con el salado atún, y queso rancio,
Más escaso que a esclavos de Bizancio.

678

Él come la gallina y la ternera,
Que engorda el mar, y que la tierra escota,
Y bebe el vino que el sentido altera
De la aromaticada candiota.
Llévase el oro de la presa entera,
No viendo que la sangre nos agota,
Que a peso de la nuestra lo ha comprado
Que el feroz Español nos ha quitado.

679

¿Qué tiene este soldado, aquel sargento
Sino esa rota cuera acuchillada,
Un estrecho calzón del ornamento
De la Iglesia, cortado con la espada?
¿Un jubón de gamuza, vil, mugriento,
Una pluma, de sangre jaspeada
En un sombrero del cabello almario
Pasado de las balas del contrario?

Ayuntamiento de Madrid

680

Tras esto, ¿no miráis los compañeros
Ya por los arrecifes blanqueando,
Y los demás con mil suspiros fieros
Las almas de los cuerpos arrancando?
¿No veis con qué propósitos y aceros
A don Alonso viene amenazando,
Con cuatro miserables que restamos,
Que al matadero de oro a morir vamos?

681

¿No basta la refriega de Canaria,
Y la de Osorio y Tello en Puesto Rico,
La de don Diego, a todos tan contraria,
Que todo el daño a su defensa aplico?
Ya le ha dejado la fortuna varia,
Si en el Soto Mayor que os significo,
Entra una vez: es soto tan espeso
Que en él se ha de perder, o muerto, o preso.

682

Toda la desventura ha procedido
Del gran valor de aquel don Pedro Tello;
Que por dar el aviso referido,
Hallamos la ocasión sin el cabello.
Guardaos de aqueste joven atrevido,
Que agora cual león eriza el cuello:
No ve el Sol tal soldado en cuanto mira
Desde la sierra Orospeda a Capira.

Ayuntamiento de Madrid

683

Matar podéis al Draque, pues doliente
De aquel sangriento flujo está en la cama,
Con tósigo, y veneno, que reviente
Hinchado, como Midas, de oro y fama.
Siguiendo a don Thomas, la demás gente,
Volveremos a Londres, donde os llama
Con abrazos y nuevos regocijos,
La multitud de esposas, padres, e hijos.

684

De tal manera en ellos se reviste,
Que luego apercibieron el veneno,
Hablan al camarero que le viste,
Y aun deste nombre estaba entonces lleno.
Conoce ya su desventura el triste,
Y hace primero prueba en cuerpo ajeno,
Una hora aguarda y más, aunque se pruebe,
Y con aqueste salva, come y bebe.

685

Viendo que ya lo sabe, o lo adivina,
Buscan otro remedio, y fué notable,
Porque el tósigo en una medicina
Halló camino al corazón mudable.
Mirad la desventura y la ruina
De aquel hombre atrevido e indomable,
Mirad qué triste género de muerte,
Del cuerpo el alma a los infiernos vierte.

Ayuntamiento de Madrid

686

Ya con el fiero tósigo basquea,
Ya las heladas manos enclavija,
Ya levantarse, ya dormir desea,
Y apenas sabe qué remedio elija.
Con la vida frenético pelea,
Que no tiene sentido que la rija,
Y en cuanto ve del negro camarote
Mira de Dios el vengativo azote.

687

Allí se le presentan sus derrotas,
El oro conquistado, el mar, la tierra,
El Norte, el Sur, las Filipinas flotas
Con el estruendo y máquinas de guerra.
Mira las jarcias, y las armas rotas,
Y al fuego general los ojos cierra,
Parécele que escucha grandes gritos,
Y publicar a voces sus delitos.

688

Algo debió de ver tras estas cosas
Que dijo en voz ya trémula y turbada:
Ya voy, ya voy, ¡oh sombras espantosas!,
Y con ella quedó la lengua helada.
Paráronse las niñas temerosas,
Y la cárdena boca traspillada,
A que la eterna del infierno ocupe
El alma pertinaz del pecho escupe.

Ayuntamiento de Madrid

689

Miserable de ti, Dragón cogido
Del cuerpo del exánime elefante,
A quien la sangre frígida has bebido,
Castigo a tus soberbias semejante.
Agora que del águila vencido
Ya no erizas las conchas arrogante,
Su planta pone en tu cerviz britana
La religión Santísima Cristiana.

690

Pasaste el duro estrecho de la muerte,
Que es otro Magallanes de la vida,
Y fuiste a ver de Radamanto fuerte
La India más adusta y encendida.
Si te engendraste de la misma suerte
Que el Dragón de Proserpina, vencida
Del gran poder de Júpiter su padre,
Verás agora el reino de tu madre.

691

Mas consolar te puedes, que has tenido
Penates compañeros de tu agravio,
Como Conrado, y Ladislao lo han sido,
Carlos Francés, y Mahometo Arabio.
El agua te ha bajado y te ha subido,
Cesó tu matemático astrolabio,
Tus naves dieron como dado el tumbo
Y tú seguiste del infierno el rumbo.

Ayuntamiento de Madrid

692

Cuán bien, si este Dragón subiera al cielo
De intercesión excéntrica sirviera,
Y eclíptica también, cuando su vuelo
Por el Septentrión la Luna hiciera.
Genzahar fuera del arabio suelo,
Cabeza y cauda del Eclipse fuera;
Mas no le verá más la luna inglesa,
Que más oscuros círculos profesa.

693

Suele el padre al dragón semidifunto
Con la hierba balín volver la vida,
Esto hiciera Isabel, si en este punto
Le fuera de los cielos concedida,
Pues pensar que por todo el mundo junto
Le puede agora ser restituída,
Es locura mayor, ni que su ciencia,
O su ventura es vínculo de herencia.

694

La piedra draconites que se adquiere
De la cabeza del dragón indiano,
Para que no aproveche, cuando muere
La enturbia y la maltrata con la mano.
Lo mismo del Dragón inglés se infiere,
Que muerto ya, será buscarla en vano,
Mejor a España salvia ilustre vino
Contra las fuerzas del dragón marino.

Ayuntamiento de Madrid

695

El águila y dragón que Plinio escribe
Ya dejaron la rígida batalla,
Que el César español premio recibe,
Y el Draque inglés entre sus plantas calla.
Ya la gente sepulcro le apercibe,
No con la gola y la acerada malla,
No con entierro, cajas, y banderas,
Mas como echando cuerpo muerto a fieras.

696

Una caja lastrada y dos anclotes
Para que el fondo frígido aferrasen,
Fueron el ataúd y sacerdotes
Que el corrompido cuerpo acompañasen,
Allí los protestantes y hugonotes
No tuvieron sufragio que rezasen;
La caja sepultada en el arena
Quedó de conchas y langostas llena.

697

Sobre elección de general bastante
Mil nuevas diferencias comenzaron;
Aunque siendo Basbile su almirante
Injustamente el cargo le negaron.
Llamólos agraviado y arrogante,
Y cuando a parlamento se juntaron,
¿Cuál de vosotros, dijo, se me opone,
Y a pretender el cargo se dispone?

Ayuntamiento de Madrid

698

¿No sabéis que soy yo coronel vuestro,
Y que soy almirante desta armada,
Más bien nacido, y capitán más diestro
En tierra y mar, en galeón, y espada?
Después del general difunto nuestro
A mí me toca, y a quien no le agrada,
Pasión le mueve, y no razón alguna,
Y envidia de mi próspera fortuna.

699

Eduardo del Draque apasionado
De quien el coronel era enemigo,
No lo has de ser, Thomas, responde airado
Que bien me puedo comparar contigo.
Tan bien nacido soy, tan buen soldado,
Del muerto general mayor amigo,
No te compares, le responde Uberto,
Ni a Thomas vivo, ni a Francisco muerto.

700

Era Uberto robusto de persona,
Atrevido, colérico, y bermejo,
Por los Bolenos deudo a la corona,
Capitán de una nave, y del consejo.
Eduardo solícito se abona
Con los servicios de su padre viejo,
Y ansí porfía que elegir le tienen,
Que de palabras a las manos vienen.

Ayuntamiento de Madrid

701

Ya las espadas cruzan, ya golpean,
Ya se tiran disformes cuchilladas,
Estos a aquellos sugetar desean
A pesar de las jarcias embreadas.
Ya los más viejos en la paz se emplean,
Y en medio de la cólera y espadas
Atraviesan las picas y escopetas,
Venablos, alabardas, y ginetas.

702

Por bien que defendieron a Eduardo
Los amigos que tuvo, en brazos coge
Su cuerpo, Uberto capitán gallardo
Y sobre el mar al viento le descoge.
Allá, le dice, bajarás, bastardo,
Neptuno entre los brazos le recoge,
Y con la furia que le baja al centro
Le vuelve a echar sin consentirle dentro.

703

Nadando pasa el joven a la nave
Que de la capitana vió más cerca,
Él, coronel se elige, y como sabe
Que la armada de España se le acerca,
Deja la empresa peligrosa y grave
Temiendo al fin que con Filipo alterca,
Y sale del primero parlamento
Dar las proas al mar, y el lienzo al viento.

Ayuntamiento de Madrid

704

Despacha un portugués cautivo luego,
Y por su guía al buen Francisco Cano
Que entre la enfermedad, tormenta y fuego
Venía el viejo honrado salvo y sano.
Llegan los dos, y cuentan a don Diego
La justa muerte del Dragón britano,
Y para rescatar le muestran carta
Los cautivos, del Hacha y Santa Marta.

705

Don Diego avisa a Panamá al Audiencia,
Que con notables fiestas y alegrías
Del fiero monstruo la final sentencia,
Y muerte infame celebró dos días.
No vuelve el portugués a la presencia
De don Thomas que por diversas vías
Intentaba mostrar valor fingido,
Al fuerte don Alonso prevenido.

706

Viendo de la respuesta la tardanza,
De Ojeda aquel traidor que dije arriba,
Le vino a la memoria la privanza,
Que aborrece el que hereda al que antes priva.
Y crédito fingiendo, y confianza,
Poder y cartas manda que reciba,
Para que vaya a Panamá, castigo
Que da por galardón el enemigo.

Ayuntamiento de Madrid

707

Don Alonso entretanto, pretendiendo
Inquietar al Inglés, la gente mueve
De todo el Reino, alarde y campo haciendo
Para que el premio de sus obras lleve.
Jerónimo Ferrón reconociendo
La armada, vió venir con veinte y nueve
Soldados, una lancha a tierra sola,
Segura de topar gente española.

708

Venían a lavar su ropa a tierra
Por unas ensenadas y recodos,
Y descuidados de celada y guerra
Traían tres mosquetes entre todos.
El seguro escuadrón la lancha aferra,
Levántase las mangas a los codos,
Y tendiendo los paños, lava y tuerce
Sin que el temor a prevención les fuerce.

709

Sale Ferrón del monte oculto a ellos,
Y con doce soldados, y tres cargas
Mata los veinte y seis, que los tres dellos
Por tierra huyeron, y por sendas largas.
Que eran los tres etíopes de aquellos,
Del río del Hacha, y fabricando adargas,
De las ramas del monte, al plomo ardiente,
Escaparon del tránsito presente.

Ayuntamiento de Madrid

710

El capitán Guerrel, de infantería,
Que vino allí después viendo el suceso,
Con generosa envidia espera el día
Toda la noche por el monte espeso.
Veinte negros flecheros que traía
Imaginando algún inglés exceso,
Pone en alerta, y por defensa dióles
Otros tantos mosquetes españoles.

711

Ya se mostraba Hiperión Titano
Con su rosada boca al nuevo mundo,
Dorando el sesgo mar cerúleo y cano,
Y el vientre al suelo próspero y fecundo.
Con ocho ingleses un batel britano
Vieron cortar las aguas iracundo,
Y una lancha tras él, llena de gente
Romper la plata al húmedo tridente.

712

Al apartarse de la inglesa armada
Tocaron sus trompetas y clarines,
Despertando su voz y salva usada,
Lobos marinos, focas, y delfines.
Sale al batel primero la emboscada,
No viendo que la gloria está en los fines,
Mata los ocho ingleses, y la lancha
Las alas libres a la mar ensancha.

Ayuntamiento de Madrid

713

¡Oh! cuánto la española furia yerra,
Y el capitán Guerrel perdió aquel día,
Que el general a recrearse a tierra
Con la flor del ejército venía.
Si aguarda oculto, y con la gente cierra,
Mejores plumas que la inculta mía
Le llevaran al templo de la Fama,
Que quien pierde ocasión tarde la llama.

714

En viéndola volver, la capitana,
Una tras otra disparó tres piezas,
Donde el ruido y apariencia vana,
Mostraba las burladas gentilezas.
A la gente culpada de liviana
Amenazan por alto las cabezas,
Haciendo al escupir las portañolas,
Fuego, humo, y balas, rimbombar las olas.

715

La Audiencia, imaginando que tenía
Don Alonso del Reino la más parte,
Y que si don Thomas lo conocía,
Pudiera caminar por otra parte.
Por muchas causas, a llamar envía
Al valeroso e invencible Marte,
Que con alas del ánimo procura
Rendir la armada en alta mar segura,

Ayuntamiento de Madrid

716

El general, que en la turbada idea
Pensada tiene la forzosa huída,
A don Alonso divertir desea
Aprestando entretanto la partida.
Y para que mejor, que aguarda crea,
Para el rescate, manda que resida,
En Panamá con su poder Ojeda,
Que lleno de temor e infamia queda.

717

Y para no llevar leños vacíos
Del número de gente en ellos muerto,
Echó a fondo, y quemó, nueve navíos,
Y dejó los cautivos en el puerto.
Y quebrantados los soberbios bríos,
De bastimentos y salud incierto
A la vela se hace ardiendo en ira,
Y el mar del Norte a Ingalaterra gira.

718

Arrasó por el suelo la trinchea
Que al Rey nuestro Señor costado había
Más de cincuenta mil pesos, que emplea
Hasta en las piedras su infernal porfía.
La codicia del oro que desea,
En tres piezas trocó de artillería,
Maíz, pólvora, herraje y herramientas
Carga de bajos hurtos y de afrentas.

Ayuntamiento de Madrid

719

De suerte que del daño recibido
Del gran don Diego en la trinchera y fuerte
Y de la mortandad que en negro olvido
Tantos ingleses míseros convierte.
A diez y ocho velas reducido,
Muerto su general, y él a la muerte,
Con cinco solas entra por Plemúa,
Como el que vino de San Juan de Lúa.

720

La religión cristiana con sus hijas
Volvía a entrar por el rosado Oriente,
Cuando del Aries de oro las vedijas
Iba a tocar el sol resplandeciente.
Y del suyo mayor las luces fijas
En el rostro del Padre omnipotente
Que entonces vió, con júbilo divino,
Dijo alegre, en llegando al trono Trino.

721

Gracias te doy, Señor de cielo y tierra,
Que al gran Dragón y la mujer sentada,
Que la abominación infame encierra
En la copa del tósigo dorada,
Con el cordero tuyo hiciste guerra,
Y con la cruz de su sangrienta espada,
España, Italia, América, contentas,
Están a tu servicio siempre atentas.

Ayuntamiento de Madrid

722

Gregorio te bendice, el gran Filipo
Hijo de Carlos, te da eternos loores;
Yo a todos, que de todos participo,
Cuento la obligación destos favores.
De hoy más al fiero bárbaro disipo,
Ya no estimo el Dragón ni los azores,
Que el águila del Júpiter eterno
No teme al Anglia, al Asia, ni al infierno.

723

Tú quebrantaste del Dragón la frente,
Que por sustento a los adustos diste,
A Etón secaste la raudal corriente,
Y el mar seguro en tu virtud hiciste.
¡Oh! cómo eres, Señor omnipotente,
Que al soberbio la rueda deshiciste
En tus manos está la mar, la tierra,
La blanda paz, y la sangrienta guerra.

724

Tú sacaste al Dragón en el anzuelo,
Su lengua ataste, y diste su cabeza
A la garganta vil del pecezuelo,
Por más que estaba armada de fiereza.
Tú mismo, que le echaste de tu cielo,
Al centro de la mísera bajeza,
Con el armella, y la acerada hebilla,
Agujeraste su feroz mejilla.

Ayuntamiento de Madrid

725

Ya come el gran Behemot árido heno,
Como el humilde buey, y ya ha caído
En el lazo su rostro de veneno,
En polvo juntamente convertido.
Este que estuvo de arrogancia lleno,
Que se pensó ¡famélico atrevido!,
Tragar todo el Jordán, ya queda muerto,
Ocupando del mar el centro abierto.

726

Como el alba sus párpados abría,
Estornudando resplandor intenso,
Lámparas de su boca despedía,
De sus narices humo negro y denso,
De escamas relucientes guarnecía
El verdinegro lomo que inofenso
A las vibrantes astas se mostraba,
Cuando el oro precioso despreciaba.

727

Ya dejó la riqueza miserable
En la mitad del curso de sus días,
Que el corazón del hombre, inescrutable
Tú le entiendes, Señor, que tú le crías.
La maldición le alcanza irreparable,
Que un tiempo a Selo el hijo de Josías;
No volverá a la tierra en que ha nacido,
Quien codicioso de oro y sangre ha sido.

Ayuntamiento de Madrid

728

En sepultura de animales rudos,
Y de Jerusalén la puerta afuera,
Que no en su templo con trofeos y escudos
Quedarás para siempre, bestia fiera.
Que bien te llorarán los peces mudos
Que roen en el fondo tu litera,
Al lastre mismo de las tablas presos,
Para gastar tus miserables huesos.

729

¡Oh! gran Señor, que humillas al gigante,
Al humilde David vuelve tus ojos,
Al moro agora pirata arrogante
Cargado de católicos despojos.
Revuelve, eterno Júpiter tonante
Los rayos de tus ímpetus y enojos
Sobre mis enemigos, y de España,
Que su daño, Señor, me aflige y daña.

730

Guarda la gran columna en que sostengo
Mi peso todo, y si descansa Atlante,
El Fénix de Austria, en quien socorro tengo,
Asista al peso con valor bastante.
Hoy con España a suplicarte vengo,
Que su próspera vida se adelante,
Y que entre los fenicios y sabeos
Aromas suba al cielo sus deseos.

Ayuntamiento de Madrid

731

Ocúpense mil cisnes en historias
De heroicas, y católicas hazañas,
Para que resplandezcan las memorias
Que pudieron hallar nuevas Españas.
Cante la fama triunfos y victorias
Del Príncipe de Asturias y Montañas,
Y yo, señor, tus alabanzas diga
Mientras el sol su eclíptica prosiga.

732

Alábente los Angeles del Cielo,
Los hombres, aves, peces y animales,
Agua, aire, tierra, plantas, fuego, hielo,
Montes, valles, peñascos, minerales.
Cuanto criaste en cielo, aire, mar, suelo,
Con gracias y alabanzas inmortales,
Con incesable voz, con dulce canto,
Digan eternamente, Santo, Santo.

L. D. & M.

LOPE DE VEGA CARPIO

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Terminóse de imprimir este primer volumen
de LA DRAGONTEA, que publica el
Museo Naval en conmemoración del
III Centenario de Lope de Vega,
el día 30 de mayo de 1935,
en los talleres de la
Imprenta Aldecoa.
Burgos.

321

Ayuntamiento de Madrid

7 5 fot. A. Mallos 2 €.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

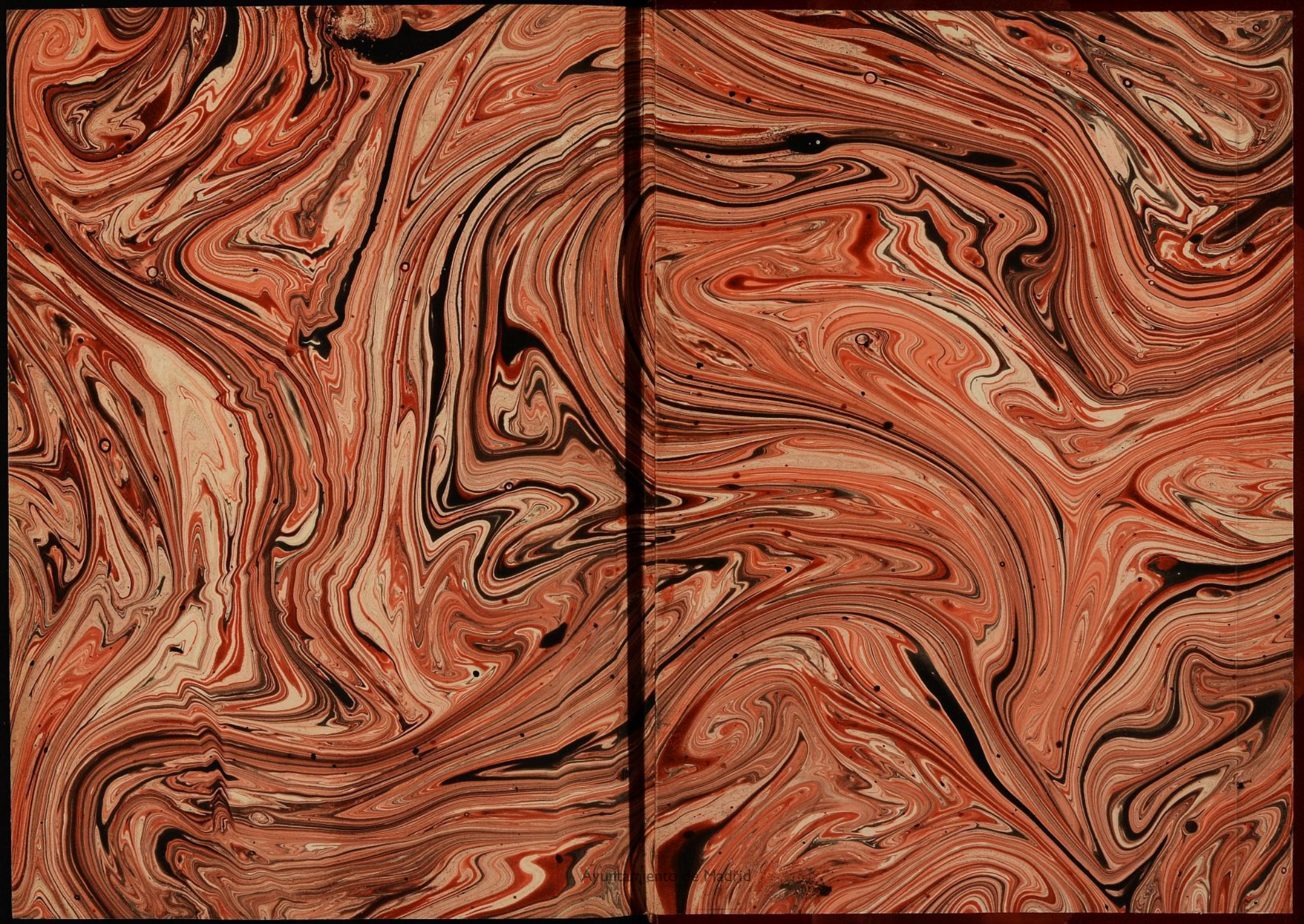
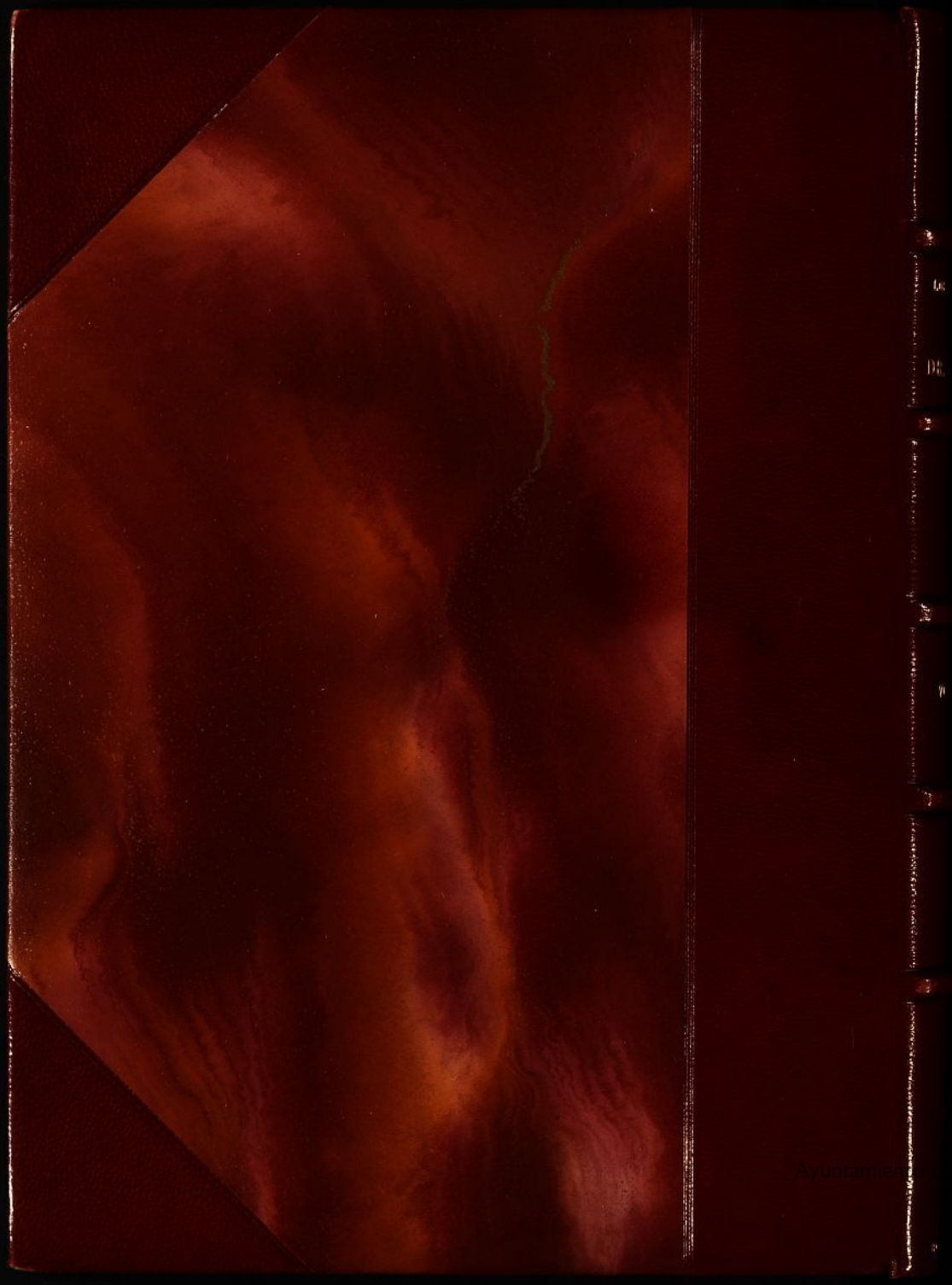
Ayuntamiento de Madrid

BIBLIOTECA HISTORICA MUNICIPAL
1200031542
Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

8º
I-5-J


Ayuntamiento de Madrid